BORIS LAVRENEF y OTROS AUTORE

Cuentos de la Revolución y de la Rusia

Excelsior

N: 10
EN CHIL
$ 3.
EXTRAN

OBRAS COMPLETAS PUBLICADAS en Excelsior

PRECIO DEL EJEMPLAR:
en Chile, $ 3.-, en el Exterior $ 4.-

PSICOLOGIA DEL SOCIALISMO, por Gustavo Le Bon.
CONFLICTOS Y PROYECCIONES DEL SOCIALISMO (continuación del anterior), por Gustavo Le Bon.
MIRABEAU, EL AMANTE Y EL POLITICO, por Pierre Nezelof.
VIDA DE AUGUSTO COMTE, por Augusto Gouhier.
MERGY, EL HUGONOTE, por Próspero Merimée.
SIN TOMAR ALIENTO, por Ilya Erenburg.
IDEARIO ESPAÑOL, por A. M. Ganivet.
LAMIEL, por Stendhal.
VIDA DE BEETHOVEN; VIDA DE TOLSTOI, por Romain Rolland.
EL ARTE Y LA VIDA SOCIAL, por Jorge Plejanov; en un volumen con VIRINEYA, por Lidia Sefulina.
HORIZONTE PERDIDO, por James Hilton.
VIDA DE CYRANO DE BERGERAC, por L. R. Lefevre; en un volumen con MANZANA DE ANIS, por Francis Jammes.
SOCIALISMO, por Ramsay Mac Donald.
LAS NOCHES CLARAS, por Johan Bojer.
ROMANCERO DEL CID.
DE REGRESO, por Erich Maria Remarque.
ELENA WILLFUER, ESTUDIANTE DE QUIMICA, por Vicky Baum.
EI DIFUNTO MATIAS PASCAL, por Luigi Pirandello.
EMPERADOR JONES, por Eugenio O'Neill.
CASTA DE HIDALGOS, por Ricardo León.
EL DERRUMBAMIENTO DE LA MONARQUIA, por el General Mola.
NELSON, por J. Edinger y E. I. C. Neep.
KIM, por Rudyard Kipling.
HISTORIA DE CRISTO, por Giovanni Papini.
INTERNADO PARA SEÑORITAS, por Christa Winsloe.
LA ISLA DE LOS PINGÜINOS, por Anatole France.
DISRAELI, por André Maurois. (Continúa en la tapa 31.

BORIS LAVREÑEV Y OTROS AUTORES

CUENTOS DE LA REVOLUCION Y DE LA NUEVA RUSIA

EXCELSIOR (M. R.) Núm. 100
Publicación Semanal 2 - VI - 38

CUENTOS DE LA REVOLUCION Y DE LA NUEVA RUSIA

La actual literatura rusa no es suficientemente conocida. Este volumen viene a demostrar que los rusos de hoy han sabido recoger ampliamente la herencia de los antiguos maestros. Comienza el libro con dos interesantísimas narraciones de Boris Lavreñev, admirablemente traducidas por el Dr. Boltman. Lavreñev es un recio pintor de la vida. Luego viene un relato de Jelim Sesulia, dominador de la presa breve y el humorismo. Tenemos en seguida a Nicolás Ognicv, el célebre autor de "Kostia en la Universidad", libro en que se describe la vida de la juventud soviética. Después: Panteleimón Romanov, que adquirió la celebridad con su comedia "Terremoto". Wsievolod Ivanov, el famoso autor de "El tren blindado 14-69" y "La arena azul". Ovadi Savitsch, que desde 1921 hasta ahora ha escrito numerosas obras: "La isla de los cisnes", "Wanika Wstanika" "El acompañante imaginario", etc. Fiodor Gladkov, cuya obra "El cemento" ha sido traducida a todos los idiomas y publicada por esta Editorial. Alejandra Kollontay, una de las más prestigiosas figuras de la revolución de octubre y excelente narradora, como puede apreciarse en "Hermanas".

BORIS LAVREÑEV

Historia de una cosa simple

(Traducción directa del ruso
por el doctor J. Bronfman)

Cinematógrafo.

Una calle... El amanecer... Sobre la pared un aviso torcido, pegado a la ligera.

COMUNICACION URGENTE

Los rojos abandonan la ciudad. Destacamentos de la guardia blanca ocupan los suburbio. Se ruega a los habitantes conserven tranquilidad.

Delante del anuncio pasa un soldado rojo cubierto de polvo. Penosamente arrastra la carabina. Ve el aviso... Lo arranca en un acceso de ira.

Sus labios se mueven... Se adivina que lanza indecibles juramentos.

Un extranjero.

El espejo, en su marco destenido y con manchas verdes por el revés, hace tiempo se partió por la mitad. Lo encolaron manos inexpertas, y ambas partes se juntaron en ángulo, disparejas.

Por esto, la cara se partía también en dos en forma grotesca y la boca se estiraba hacia la oreja izquierda en una mueca idiota.

Sobre el respaldo de la silla colgaba un vestón y tren-

BORIS LAVREÑEV

Historia de una cosa simple

(Traducción directa del ruso
por el doctor J. Bronfman)

Cinematógrafo

Una calle... El amanecer... Sobre la pared un aviso torcido, pegado a la ligera.

COMUNICACION URGENTE

Los rojos abandonan la ciudad. Destacamentos de la guardia blanca ocupan los suburbio. Se ruega a los habitantes conserven tranquilidad.

Delante del anuncio pasa un soldado rojo cubierto de polvo. Penosamente arrastra la carabina. Ve el aviso... Lo arranca en un acceso de ira.

Sus labios se mueven... Se adivina que lanza indecibles juramentos.

Un extranjero

El espejo, en su marco destenido y con manchas verdes por el revés, hace tiempo se partió por la mitad. Lo encolaron manos inexpertas, y ambas partes se juntaron en ángulo, disparejas.

Por esto, la cara se partía también en dos en forma grotesca y la boca se estiraba hacia la oreja izquierda en una mueca idiota.

Sobre el respaldo de la silla colgaba un vestón y fren-

te al espejo se afeitaba un hombre elegantemente vestido de pantalón gris y calzado de zapatos americanos de color café y puntas redondeadas.

La taberna, en los suburbios, entre las ruinas de los depósitos de municiones, era sucia, sitiada de moscas y con olor a aguardiente ordinario, a ropa sucia y papas podridas.

Igualmente sucio, no del todo sobrio, el dueño de esta taberna, instalada no se sabe para qué en ese lugar donde sólo los perros llegaban a levantar una patita, estaba sentado al lado de la ventana y con cara ofendida observaba de reojo al visitante raro que llegó al amanecer, casi echando abajo la puerta, y que en un ruso desfigurado pidió agua caliente y una navaja.

Los vidrios sucios de la pequeña ventana se estremecían con el ruido sordo de los cañonazos que se acercaban. Y a cada detonación fuerte, el que se afeitaba miraba hacia la ventana con sus ojos grises, atentos y tranquilos.

En la tacita de aluminio y entre los copos d ela espuma de jabón, brillaban con reflejos de oro anaranjado los rizos de la barba y bigote afeitados.

El que se afeitaba dejó la navaja a un lado, mojó su pañuelo fino en agua caliente, se frotó la cara, y sacando del bolsillo una polvera de plata se empolvó.

Pasó los dedos por las mejillas lisas y el hoyuelo del mentón, y en su boca firme y apretada floreció bruscamente una sonrisa de tranquila despreocupación.

Pero la ventana tembló de nuevo por un estampido de cañón.

El patron se estremeció y como despertando dijo con voz ronca:

—¡Rugen!... ¡Y tan cerca!

—¿Comment? ¿Qué Ud. decir?

El extranjero se volvió rápidamente hacia el patrón y oyo su rezongar:

—¿Lo que digo? ¡Ahí tiene! Dicen que los hombres están más inteligentes... pero yo no los entiendo... Como si no fueran cristianos.

—¡Ah! —masculló el extranjero.

Y para admiración del patrón sacó del bolsillo un

frasquito chico, extrajo con la uña el corcho muy mordido y vació su contenido, de olor penetrante, sobre un platillo. Mojó el cepillo y con movimientos regulares se lo pasó por el pelo desde la frente hasta la nuca.

Con la boca abierta, el patrón vió cómo los pelos dorados poco a poco se obscurecían, quedando finalmente negros.

El extranjero se levantó, se secó la cabeza con el paño y cuidadosamente se peinó con una raya al medio. Se puso el cuello, hizo el nudo de la corbata, y cuando se ponía el vestón oyó la voz monótona del patrón:

—¡Oh, demonio! ¿Qué hizo Ud. con su pelo? Parece un clown o un comediante.

El extranjero se sonrió:

—No, no estoy comediant pas. Estoy comerciant. Mi nombre es León... León Couturier.

—Eso es. Se ve que no es cristiano. Hasta el nombre es más de perro que de hombre... Kutiu... Kutiu. Cuánta mierda queda aún en el mundo.

Y el patron, con desprecio, escupió en el suelo.

León Couturier sacó de la percha su delgado abrigo, hundió el sombrero hongo hasta la nuca, y metió en la mano del patrón un grueso billete.

El patrón parpadeó, pero antes de que volviera en sí ya el extranjero estaba en la calle y caminaba a lo largo de las huertas hacia la ciudad, donde entre las chimeneas lejanas asomaba, soberano absoluto, el sol encarnado.

El patrón, pensativo, arrugó el billete en la mano, la red de arrugas de sus mejillas se cruzó en una sonrisa picaresca, miró por la ventana, meneó su melenuda cabeza y sentenció convencido:

—Es un loco.

"Au revoir, valient jeune homme".

Era un día apacible y tibio de principios de otoño. León Couturier caminó tranquilamente por la vereda en la misma dirección que seguían grupitos de hombres que parecían hormigas.

Tras la ancha calle, dominada por un silencio intranquilo, apareció un antiguo parque sobre la ladera abrupta

de la río verdoso que lamía las arenosas orillas amari-
llentas.

A la base de la ladera serpenteaba la cinta de una
vereda, protegida por una reja de fierro forjado y som-
breada por anchurosos tilos centenarios.

La reja desaparecía bajo el peso de cuerpos huma-
nos que la cubrían.

Al otro lado del río, sobre la ribera cubierta de ama-
rillentas hierbas, por entre las insinuaciones azules del
aire cuando en cuando con chispas metálicas.

Cuando León Couturier, continuamente disculpándose
y levantando su sombrero, se hizo un lugar al lado de la
reja, desde la izquierda, de allá lejos, donde estaba la es-
tación del ferrocarril, sonaron cuatro estampidos pesados;
en lo alto sonó la nota aguda del aire cortado y en el la-
do opuesto sobre el verdor de los álamos, más allá de la
ribera, aparecieron cuatro globos blancos.

Un solo grito lanzó la reja cubierta de gente.

—¡Ah!

—Se pasaron —dijo una voz fuerte y segura.

No alcanzó a terminar la frase; el aire silbó de nue-
vo, y los globos blancos flotaron esta vez por encima de
la misma ribera, envolviéndola en una sábana espesa.

—¡Esto es apuntar!... ¡Trabajo limpio!

Un coloráo macizo, con lentes dorados, que estaba al
lado de León Couturier, se pasó la lengua por los labios
en un gesto de satisfacción malvada.

Se vió cómo se dispersaban al otro lado los insectos
pardos.

—¡Ah! ¡No les gusta! ¡Ya les llegará, canallas!

—Lástima, se escaparán a pesar de todo.

—Pero no todos, muchos quedarán.

—A todos habría que aniquilarlos. Siervos, malditos
bandidos.

Los estallidos de los disparos se hicieron más segu-
dos, caían más espesos y más seguros.

Un vejete de abrigo ancho, que tenía del brazo a una
hermosa rubia, se dirigió a León Couturier:

—¿Cómo se llama eso con que disparan?

—Chrapnel, m'sié... Un tubo que tiene muchas ba-

lits chiquits... muy desagradable... Tres desagréable.

El vejete volvió su mirada hacia el horizonte. La rubia, con los labios entreabiertos, y con un guiño prometedor, sonrió a León Couturier.

—¿Es un ataque con ametralladora? — preguntó ella, orgullosa del término específico.

—Oui, Madame. Ametralladora.

León Couturier levantó el sombrero y se separó de la reja. Vió la desilusión en los ojos de su interlocutora, le envió un beso por el aire, y siguió por la avenida decapitando con una varilla las flores del césped.

Descendió por la arena hacia el portón, sobre el que brillaba la dorada águila imperial separando las alas aplastadoras. Sus cabezas habían caído bajo las pedradas de los rapaces.

Ya en la calle se dirigió hacia el muelle, pero oyó atrás gritos confusos:

—Miren. Ahí vienen.

Y el sonar de cascos de caballos en carrera.

León Couturier se detuvo al borde de la vereda y miró a lo largo de la calle.

Levantando en alto sus delgadas patas, cubierto de espuma y con el freno mordido, un alazán casi dorado, de pura sangre inglesa, llevando con agilidad a su jinete, precedía a un destacamento de caballería.

Un oficial joven y delgado, con la cara excitada por la carrera, por el azar y por el vértigo del triunfo, traía en su mano caída el sable desenvainado; y a su espalda flotaban las puntas de la bufanda.

Bruscamente detuvo el caballo, haciéndolo levantarse sobre las patas traseras frente al farol donde se apoyaba León Couturier, y miró hacia la vereda como buscando una cara conocida.

Por lo visto la tranquila posición del extranjero y su buena vestimenta le impresionaron bien, y agachándose en la montura le preguntó:

—Caballero, ¿cuál es el camino más corto hacia los muelles?

—¡Oh, mon lieutenant! Ud. ver esta calle. Galopar hasta primera esquina, torcer esta mano... a droit. Allí encuentr una bajadá brusca y llegar al muelle.

El oficialito saludó con el sable y agregó:

—¿Es Ud. extranjero?

—Oui, monsieur, soy francés.

—¡Ah, sí, sí!... ¡Viva la Francia! Escriba a París, que hoy hemos destrozado en astillas a esta canalla.

León Couturier, encantado, apretó la mano contra el pecho.

—¡Oh, sí, teniente! ¡Oficial ruso... eso... eso... le plus beau! El mariscal Foch dijo: Armad ruse a puño limpio romper cabeza boche — terminó diciendo con un inconfundible tono de ironía en la voz.

El oficial rió.

—¡Merci, monsieur! —y dirigiéndose a su destacamento:

—Seguirme... Al galope... Arr... — el sonar de los cascos en el pavimento se alejó hacia la bajada.

León Couturier saludó amablemente en pos de los que se alejaban, y siguió su camino.

En la esquina se detuvo ante la vitrina destrozada de un negocio, se apoyó en los maderos que tapaban la ventana y se dedicó a observar atentamente los restos de mercadería sucia y en desorden que aún quedaban en los estantes.

Levantó la mano y con desagrado notó una mancha en el puño de su camisa.

—¡Sacrebleu! —dijo enojado el francés, y sacando un pañuelo del bolsillo comenzó a limpiar cuidadosamente la mancha.

Hasta la noche vagó sin fin por las calles, encontrando destacamentos de voluntarios de infantería y caballería que entraban a la ciudad; jugueteaba con su varilla, saludaba con el sombrero, sonriendo amablemente, se entremezclaba con la infantería, entablaba conversaciones con los soldados y oficiales, felicitaba por el triunfo, volvía a saludar, hacía reverencias.

Tenía la cara amable e insulsa de un habitué de los boulevares de París. Los oficiales y soldados se reían de risa por su pronunciación desastrosa, pero el francés no se ofendía, se reía a su vez, se agitaba, y de vez en cuando parecía preocuparse de su puño sucio

cio, porque sacaba el pañuelo del bolsillo y profiriendo juramentos en francés se dedicaba a borrar la maldita mancha.

El día se deslizó tras los bosques. Junto con aparecer el frescor y la humedad, la gente se escondió por costumbre en sus casas, temerosa de tropezar con la bala de un centinela nervioso o con el puñal de un bandido.

Los fuertes tacos de León Couturier sonaron en una callejuela desierta. Desde lejos vió las ventanas iluminadas de un chalet, antes propiedad de un rico comerciante en caballos y ocupado bajo el dominio de los rojos por el comité central.

Frente a la fachada descansaba un enorme "Benz" y sobre los cojines dormía el chofer cansado.

Sobre los peldaños de la escala de entrada, estirado e inmóvil — encarnación del deber ilimitado o irracional—, estaba de centinela un cadete. Sobre la manga del abrigo, apenas perceptible por la obscuridad, se veía la cinta negro-roja quebrada en ángulo.

León Couturier se acercó a las ventanas y vió pasar en el interior del cuarto a dos oficiales que gesticulaban con animación. Se detuvo para poder ver mejor, pero oyó el sonido de la carabina alzada y un grito áspero:

—¡Prohibido!... ¡Pasar de largo!...

Couturier dió un paso hacia adelante.

—Nada, señor soldat... Yo estoy un ciudadan tranquil, si me permite: León Couturier. Tengo mayor gusto felicitar ejercit cristianó con victoire.

La voz tranquilizadora del francés tenía una entonación tan amable y tontona que el cadete bajó la carabina. El francés, iluminado por la angosta faja de luz que brotaba de la ventana, estaba con su sombrero hongo recinazado sobre la nuca, las piernas separadas, y sonriendo amablemente; y le recordó al cadete el festivo héroe de la pantalla, Max Linder, que tanto le hiciera reir en el cine, en el tiempo en que su mano, en véz del gatillo de la carabina, prefería apretar la delicada mano de una señorita en la tranquila obscuridad de la sala.

Pero dijo seriamente:

—Está bien m'sié. Pero pase, está prohibido conversar con un centinela.

—¡Mille pardons! Yo no saber. No estoy militar. Ud. seguro calder un grand cañón.

El cadete largó una risa sonora:

—No, aquí está el estado general. ¡Pero pase, m'sié!

León Couturier siguió su camino. Pasado el chalet entró hacia atrás.

La inmóvil figura del cadete parecía una estatuita de bronce sobre los peldaños. En la delgada hoja de la bayoneta jugueteaba un brillo plateado y frío.

El francés alzó su sombrero y gritó:

—¡Au revoir, señor soldat! Yo querer mucho valiente ese joven hombre

el puño.

La calle Vasilev era tranquila y somnolienta, sumergida en medio de viejos jardines entre los que asomaban chalets bajitos.

Dos semanas antes de que los blancos ocuparan la ciudad, a la casa del doctor Sokovnin fué destinada, por el Departamento de la habitación, la actriz Margarita Ana Couturier, que ocupó dos cuartos.

La esposa del doctor se irritó en un principio. (Alojar a una mugrienta, capaz de robarse la ropa e irse; y luego no habrá a quién quejarse.) E irritada contra la alojada, evitaba encontrarse con ella y no la saludaba.

Pero la artista no sólo no sacó nada, sino que trajo un piano y varias maletas de cuero repletas de vestidos, de ropa interior y libros de música.

Resultó tener una voz de soprano dramática muy bien timbrada, un perfil bíblico, unos brazos bien torneados y una magnífica pronunciación francesa.

Y cuando una tarde cantó varias arias de óperas con su voz firme, lanzando las notas con seguridad y facilidad, se rompió la cuerda de la enemistad humana.

La señora del doctor entró en los cuarto de la actriz, alabó su voz, conversó, y le ofreció comer siempre con ellos para no estropear su salud con los alimentos soviéticos. Y Margarita Couturier se hizo persona grata en la familia de los Sokovnin.

Madame Margot encantaba a los dueños de casa con

su tacto, sus finas maneras y el amor entrañable y delicado que profesaba a su marido, detenido en Odessa desde la primavera, y a quien Margot esperaba con la llegada de los blancos.

Aquel día intranquilo, después de los disparos, del ruido de galopes, de los rumores de la gente en las calles alborotadas, madame Margot regresó a la hora del té excitada y alegre.

—¡Oh! ¡Ana Andrievna! He encontrado en la calle a un oficial conocido. Me dijo... León viene en el tren del comandante en jefe, que estará aquí hacia las ocho de la tarde, en cuanto arreglen las líneas del ferrocarril destrozadas en los suburbios por una bomba.

—La felicito, querida —dijo la esposa del doctor.

Por esto, cuando todos se encontraban reunidos en la cena: el doctor, Ana Andrievna, Margot y la hija Liolia, y desde la calle sonó impaciente el timbre, todos siguieron a Mme. Margot, que con un grito: "C'est mon marie", corrió hacia la puerta.

En la puerta estaba León Couturier. La esposa, con una risa feliz, le besó en la mejilla, él la acarició el hombro y sonreía avergonzado a los dueños de casa.

—¡Oh, mon León! ¡Oh, mon petit! ¡Je vous attandait depuis longtemps!

El francés dijo algo en voz baja a su señora. Ella lo tomó de la mano, y dándose vuelta:

—Oh, estoy tan feliz que se me olvidó... Permitidme presentarles a mi marido.

León Couturier hizo una inclinación profunda, besó la mano a la señora, y saludó con un fuerte apretón de manos al doctor.

—Pero ¿por qué estamos en el hall? Sírvase pasar al comedor. Además, Ud. querrá lavarse después del viaje.

El francés se inclinó.

—Gracias. ¿Parlez vous française, madame?

—Un peu... trop peu... — respondió turbada la señora Sokovnin.

—Lastim... yo hablar ruse muy mal. Yo no desear baño. Por costumbre me hecho conducir desde estación a una instalación de baños. El administrador asustad decir: "Qué baño cuando disparar". Pero le di dos-

cientos rubl y me bañé, mientras que en la calle ¡bum! ¡bum!

Contaba con tanta vida y alegría la incidencia de su viaje, que todos se reían a carcajadas, tanto los Sokovnin como Margarita, que de vez en cuando dirigía una mirada encantada a su marido.

Durante el té el visitante comió con apetito; sonreía luciendo su dentadura blanca, y en su ruso desfigurado contaba los sucesos de Odessa, la fuga del os bolcheviques...

—Luego nosotros tener orden completa... Yo ocuparme de nuevo de le commerce, fábrica de conservas...

Margarita va cantar operá.

Se sonrió y miró a su esposa con interrogación. Ella entendió.

—¿Tú es talegué León, n'est pas?

—Oui, ma petite, je veu dormir.

—Claro, claro, Ud. necesita descansar después del viaje. ¿Y dónde está su equipaje, León Franzovich?

—Oh, yo sólo tener una pequeña malet, la dejar en los baños hasta mañana.

—Entonces puede usar por ahora la ropa de Pedro Nikolaievich.

—No se moleste, Ana Andreievna; yo traigo ropa interior de León —dijo la francesa sonrojándose delicadamente.

—¡Merci, Madame!

León Couturier besó de nuevo la mano de la señora, y siguió a su esposa.

Una vez en el cuarto, a medias ocupado por el piano, se acercó rápidamente a la ventana y miró hacia abajo, donde apenas se divisaban las baldosas del patio. Bruscamente dió vuelta y preguntó a media voz:

—Camarada Bela: ¿Conoce Ud. bien toda la casa? ¿Adónde da la puerta de servicio?

—Hacia el patio junto al galpón. A la izquierda está el portón de salida. Por la noche se cierra. Hay una red divisoria con el patio vecino, de unos tres metros de alto, pero junto al galpón hay una escalera liviana.

—¡Es Ud. un acierto, Bela!

Ella rió en voz baja y melodiosa.

—Sabe... es algo maravilloso... si yo no hubiera

sabido que es Ud. el que tenía que llegar a las ocho y media, jamás lo habría reconocido... Es una transfiguración.

—Sss... más despacio, las paredes pueden tener oídos. No conversemos en ruso; esto puede parecer raro en un matrimonio francés. Bela levantó la tapa del piano y tocó unas notas profundas. Preguntó en francés:

—¿De dónde sacó Ud., camarada Orlov, este talento cómico? Jamás lo hubiera sospechado.

—No en vano he pasado seis años de emigrante en París.

—No me refiero al idioma. Es esa pronunciación que le da al hablar el ruso. Si es muy difícil...

—Tonterías, Bela... Un poco de fuerza de voluntad y saber controlarse.

Se sentó a la mesa y sacó el puño de la camisa.

—¿Puede Ud. darme papel y tinta?

Tomó el papel, extendió el puño ante sus ojos y, fijándose bien en las apenas legibles notas marcadas con lápiz, comenzó a escribir con letra clara y perfilada. La primera línea decía:

"División de May-Mayevsky... Grupo de húsares de Alexandriev... alrededor de 600 sables."

Terminando de escribir borró el puño cuidadosamente con una goma, y entregó la nota a la mujer.

—¡Bela! ¡Mañana mismo la lleva donde Semenujin! El la transmitirá al departamento de guerra. Bueno, basta. ¿Dónde voy a dormir?

Bela indicó la puerta abierta hacia el dormitorio, donde blanqueaba con sábanas limpias y frescas un antiguo lecho de dos plazas.

—Buena cama... y también la pieza... ¿Y Ud., dónde duerme?

—Ahí mismo.

Orlov contrajo las cejas.

—¡Qué tontera! Podía haber pensado antes en esto. Pídales a los patrones algún diván para mí.

Bela se sonrojó y le miró a los ojos.

—¡Orlov! Yo no le creía capaz de fijarse en pequeñeces. Si Ud. considera expuesto conversar en ruso, mucho más lo sería que en un matrimonio francés, el ma-

vida. Luego de una larga separación, pida una cama aparte. Puede parecer ridículo y sospechoso. Tenemos dos coches y será bastante cómodo. Espero que Ud. sabrá dominarse suficientemente.

El hizo un gesto brusco.

—No es por esto... Sencillamente, temo estorbarla... Tengo un sueño muy intranquilo.

—¡Disparate!, salga mientras me acuesto.

En el cuarto vecino, Orlov, enojado, se puso a revisar un álbum de fotografías familiares. La expresión desaparecida y tensa había desaparecido de su cara, ahora pálida y de expresión férrea. Los ángulos de la boca bajaron marcando una arruga envejecedora y de maldad.

En el dormitorio sonó el interruptor, la obscuridad invadió la pieza y se oyó la voz melodiosa de Bela:

—¡León! Je vous attend. ¡Venez dormir!

Orlov entró al dormitorio obscuro, a tientas encontró la punta del lecho, se sentó y se desnudó rápidamente. Se deslizó bajo el fru fru de la colcha de seda, se estiró contento y dijo sonriendo:

—¡Divertida historia!... Buenas noches, Margot.

—Buenas noches, León.

Se dió vuelta hacia la pared; como siempre, antes de dormirse, vió espirales rojas, verdes, lilas, y suspirando profundamente un par de veces, se durmió.

Un accidente sin importancia.

Los esposos Couturier llevaban una vida tranquila y feliz. Tres días después de la llegada del marido, un domingo en la mañana, Bela, en bata de levantarse, estaba sentada en la cama tomando café de trigo en una taza grande, y con gesto infantil mordía unas galletas frescas.

Orlov abrió lentamente los ojos y se dió vuelta.

—Buenos días, Orlov. ¿Cómo durmió?

—Oh, maravillosamente — contestó Orlov, apoyándose con los codos en la almohada.

Bela dejó la taza sobre la mesita de noche y la muchacha sus ojos se obscurecieron y brillaron enojados.

—¡Y yo no dormí esta noche!... Y, sabe, encuentro todo esto muy tonto, irreflexivo, grosero.

—¿Qué esto?

—Toda esta historia. No se debe dejar a la gente en la retaguardia para un trabajo tan expuesto. No somos tan ricos en partidarios sobresalientes como para perderlos como botones de pantalones. Encuentro que el comité revolucionario se portó con Ud. en forma idiota.

—Bela, le agradecería encontrar expresiones más adecuadas para estimar los actos del comité.

—No estoy acostumbrada a las finezas diplomáticas.

—¡Acostúmbrese! El comité revolucionario no es más tonto que Ud.

—¡Gracias!

—¡De nada!... ¿Qué entiende Ud. de la línea de conducta del partido? — dijo Orlov irritándose de repente—. Ud. es una niñita escapada de una familia más que burguesa, en un arranque romántico. Y es justamente el romanticismo lo que la atrajo... las aventuras. Está muy bién que Ud. trabaje desinteresadamente, pero para criticar no está Ud. aún capacitada.

—Cualquiera tiene derecho a juzgar.

—No discuto... Juzgue despacito... ¿Quiere saber por qué me dejaron justamente a mí? Porque yo conozco aquí, y a cincuenta kilómetros en derredor, cada piedra; sé cómo y a quién debo observar cuando se encienden las pasiones blancas. Y cuando los nuestros vuelvan, en un minuto tendré toda la ciudad en mi mano... ¡Así!...

Abrió la mano y con fuerza la apretó en un puño.

—¡Así y listo! Y nada de complots, espionaje ni contrarrevoluciones.

—¿Y si lo descubren?

—Riesgo... esto es la guerra... Por lo demás, si Ud. no me reconoció, es garantía suficiente que nadie me reconocerá... "El verdugo de la barba roja"... "El flagelador"... "Orlov el de la Che K"... y León Couturier.

—¡Pero siempre!

—¡Basta, Bela! Salga, me voy a vestir.

Durante el almuerzo León Couturier entretuvo a los dueños de casa con anécdotas francesas y causó la admiración de la hijita Liolia, de trece años, enseñándole cómo los comediantes tragan cuchillos en las ferias.

Pero en el cuarto, tomando el sombrero, se dirigió a Bela en tono seco e imperativo:

—¡Bela! ¡Me voy! Volveré hacia las seis. Ud. se irá de inmediato donde Serenujin y le entregará las notas.

Durante la tarde la ciudad fué sorprendida por una corta tempestad, y los árboles y edificios, lavados y frescos, brillaban en el aire vitrioso, cubiertos aún de gotas.

Las calles se llenaron de gente, de banderas tricolores, de cintas, de ramos de rosas, sombreros a la moda, y de tibio caroun de labios pintados.

Todos se dirigían apuradas hacia la plaza, frente a la catedral donde se iba llevar a cabo un te deum por la feliz liberación de la ciudad de los bolcheviques.

León Couturier llegó hasta las primeras filas, respetuosamente se sacó el sombrero, y con cara serena e iluminada escuchó la misa, y luego el discurso corto y amenazador de un general de nariz larga, que parecía una cuña con la punta dirigida hacia los pies.

En las partes culminantes de su discurso, el general daba saltitos como un payaso, y parecía que su cuerpo seco trataba de salirse del uniforme que lo envolvía como un saco.

Las cornetas plateadas estallaron en los animosos acordes de la marsellesa.

El francés León Couturier, el pecho heroicamente hinchado, veía pasar los ejércitos que en marcha ceremoniosa brillaban con sus bayonetas, sus botones, condecoraciones y charreteras.

El público se lanzó tras el ejército.

León Couturier se puso el sombrero y lentamente se dirigió hacia el lado opuesto, hacia la calle principal.

Haciéndose camino con dificultad entre la muchedumbre que cubría la vereda, vió a un rapaz que a pie desnudo corría vendiendo los periódicos.

El niño, empujando a todos, saltaba y con grito ensordecedor anunciaba:

—Ultima edición de "Nuestra Patria". Captura del jefe de los bolcheviques.

Muy interesante.

León Couturier atajó al diarero. Este, rapido como un rayo, le metió un ejemplar del periódico, se guardó el dinero, y siguió corriendo.

Con los dedos ligeramente temblorosos, León Cou-

zier abrió la hoja. Los ojos recorrieron las líneas olientes a parafina, las pupilas se dilataron y se detuvieron sobre el título de letras gruesas:

CAPTURA DEL VERDUGO DE LA CHE K. ORLOV

Anoche fué detenido por la patrulla de oficiales, en la estación del ferrocarril, un desconocido, en los momentos en que trataba de subirse sobre el vagón de un convoy que se ponía en marcha. Los presentes en la estación reconocieron en el detenido al jefe de la Che K, el famoso verdugo, sadista y flagelador, Orlov. A pesar de haber sido reconocido por muchas personas, Orlov se niega y asegura ser un campesino que había llegado de Yusovka, y que intentaba volver a su pueblo. No se le encontraron documentos, pero había en su bulto una apreciable suma de dinero. Orlov asegura que ese dinero lo recibió de la Cooperativa de Yusovka. La mentira cínica del cobarde verdugo irritó a tal punto al público que intentaron lincharlo ahí mismo. La patrulla, con dificultad, consiguió hacer llegar a Orlov a la sección de detenidos donde ese canalla recibió su merecida recompensa.

Los dedos crispados... el periódico hecho una bola... y las piernas enterradas en el asfalto.

Al lado una mujer:

—¿Qué le pasa, está enfermo?

Un solo segundo... León Couturier levantó el sombrero hongo:

—¡No, gracias!... nada... yo tener muy enferma le corazón... le coeur... ¡Una pequeña acceso!... ¡Un accidente sin importancia!... ¡Gracias... Cochero! Calle de Nikolaievsk.

Saltó sobre el víctoria y se metió el periódico arrugado en el bolsillo.

Diálogo.

—¿Orlov? ¿S.. solo? Recién estuvo aquí B... b...

cia... S... s... abes... ¿P... pero que te pasa? Que cara t... tras.

Orlov sacó el periódico del bolsillo del abrigo.

—Toma, lee.

Semenujin miró la hoja, rápidamente agachó su cabeza cortada al rape con las orejas rojas muy separadas, y tomó el aspecto de un perro de caza antes de dar el último salto sobre el conejo.

Las pupilas saltaron sobre las líneas.

Luego la cabeza se levantó, la boca de labios gruesos se estiró en una risa de satisfacción, y tartamudeando exprimió:

—B... b... ueno: ¡Si es na... na ... maravilloso!

—¿Qué encuentras en esto de maravilloso? — preguntó Orlov fijando la vista, y sentándose sobre la punta de la mesa.

—P... p... ero si es un caso e... excepcional. P... p... uede estar ahora p... p... erfectamente tranquilo. Ellos terminarán con ese t... t... onto, y t... tú estás muerto. A n... n... adie se le ocurrirá b... b... uscarte. Es una s... s... uerte imprevista.

Orlov apoyó el mentón en la mano y observaba atentamente a Semenujin.

—¿Tú nunca has tenido dudas, Semenujin? ¿Siempre cumplías con tu deber sin pensar?

—¿Y p... p... or qué lo p... p... reguntas?

—¿Qué dirías tú si te comunicara que ahora, después de haber leído esta noticia, iré yo a entregarme a la sección de investigaciones de los blancos?

Semenujin cerró rápidamente la semiente boca, hizo sonar el respaldo de la silla bajo el peso de su cuerpo férreo... y largó una sonora carcajada.

—¡A... a... ándate al mismo diablo! C... c... así le tomo en serio! Oye, hay que a... avisar a todos los d... departamentos sobre este asunto, para que eleven una griteria quejumbrosa por la pérdida del camarada Orlov. Esto v... v... va a ser n... notable.

Orlov se agachó hacia él por encima de la mesa.

—Eres un tonto. Te habló muy seriamente. ¿Qué dirías si me fuera a entregar?

La voz de Orlov sonaba a rudos golpes.

La sonrisa desapareció de la cara de Semenujin, quien se fijaba con atención en la mejilla izquierda de Orlov donde, debajo del ojo, temblaba, nervioso, un musculito triangular.

—¿Lo q... que diría? — comenzó lentamente con voz apagada; se calló, separó la silla de la mesa; calmado y sin apuro sacó el revólver del bolsillo lateral:... d... diría: una de dos: O t... te volviste loco, o eres un s... sinvergüenza t...traidor. Y en uno y otro caso estoy o... obligado a no a... admitir tal resolución.

—¡Guarda tu juguete! A mí no me asustan con revólver.

—¡A... asustarte no pienso, p... pero matar, te mataré!

—Oye, Semenujin, toma en cuenta que el asunto es para mí demasiado peligroso. Estoy a cargo de un trabajo en extremo pesado, que exige un equilibrio perfecto de mis fuerzas. El trabajo tuyo es simple. Se pasan los días como roedores metidos en sus cuevas y salen sólo durante la noche por los barrios para el trabajo de agitación. Yo bailo el día entero sobre el filo de una navaja. La menor imprudencia y es el fin.

—Entonces... ¿Q... que es lo que n... necesitas?

—Espera... ¡Algo más! En vez de mí, por una coincidencia tonta, por un parecido ridículo, condenan a muerte a un hombre. No es ni un oficial, ni un fraile, ni fabricante, ni terrateniente... es un simple mujik. Uno de aquellos para quienes justamente estoy trabajando. ¿Tiene el partido derecho de librarme del peligro a costa de esa vida? ¿Puedo yo tranquilamente inclinar la balanza hacia mi lado?

Semenujin esbozó una mueca irónica.

—¡A... aristocrática manera d... de presentar la cuestión!... ¿D... derechos del espíritu... d... dictados de la moral?... ¡Puro Dostoyevsky! P... para ti existe un s... solo asunto: el partido, y tú no t... tienes derecho de hundirlo.

Por la cara de Orlov, desde la frente al mentón, corrió una roja ola espesa. Saltó de la silla:

—¿Para qué hablas de los asuntos del partido? No lo hundiré y ni pienso hundirlo. Aun en el caso de que me

entregue no exprimirán nada de mí, ni aún con todas sus torturas. Creo que me conoces bastante y puedes reservarte las lecciones. ¡No las necesito!

Semenujin, pensativo, meneó su voluminosa cabeza.

—Estás muy nervioso. Es m... malo esto. Es por eso que d... díjete tanta imb...becilidad, lo suficiente como p...para expulsar a c...cualquier camarada del p...partido. El acto que p...pensabas a efectuar habría s... sido una t... traición. Te estoy hablando e. n... nombre del C... comité Revolucionario. ¡R... retráctate!

Orlov palideció y su cara se contrajo en un rictus nervioso. Bajó los ojos y su voz se ahogó en la garganta, espasmódica:

—¡Sí, estoy nervioso! ¡Qué diablo! ¡No soy una máquina, al fin y al cabo! ¡En nombre de todas las circunstancias que tú bien conoces, ruego al Comité me libre de sencillamente no resistir la constante tensión, estallar, y mi trabajo y me traslade al otro lado del frente. Puedo ocasionar un daño mayor a la causa. ¡Una piedra, y ésta puede partirse!

—¡T... tonterías! Anda a tu casa y d... descansa.

La voz de Semenujin se hizo acariciadora y delicada; parecía que un padre le hablaba a un hijo pequeño y querido.

—¡Dimitry! Entiendo que estás muy apesadumbrado, y tu estallido es perfectamente natural. Eres nuestro mejor trabajador. Descansa un par de días. ¡Y d... después tú mismo te reirás. Entiende que c... casualidad más feliz! Orlov murió y los b... blancos están tranquilos, m... mientras que Orlov está aquí, al lado, a...amiguitos.

—¡Bueno! Hasta la vista. En verdad que la cabeza me da vueltas.

—Entiendo. ¿Con que n... no harás t... tonterías?

—No.

—¿Palabra de honor?

—Sí.

—¡Hasta la vista! ¡Qué tontera! En t... tres días ha recogido tantos datos y de r... repente...

Bruscamente tomó con sus dos manos la mano de Orlov y la apretó con furor.

—¡D... d... descansa sin falta! Y agregó con cariño: Eres un tipo magnífico.

Una porción de helados.

León Couturier le pagó a la vendedora, metió la flor en el ojal, y jugueteando con el bastón siguió vagando por la calle Nikolaievskaia, sonriendo a las mujeres cuyas miradas languidecían en el aire otoñal.

Hacía calor y se le antojó algo frío, refrescante.

Abrió la puerta-mampara de la confitería, colocó el sombrero sobre la mesa, se sirvió un vaso de agua del jarro, y encargó a la señorita una porción de helados.

Miró a los lados. En la mesita vecina dos oficiales tomaban granadina. Uno tenía el brazo derecho colgando de un paño negro, y a través de la venda, sobre la muñeca, asomaba una manchita de sangre.

La empleada le sirvió. León Couturier comenzó a tragar con deleite cucharaditas del helado, que tenía un pronunciado sabor a frambuesa.

—... Sí, claro, hablo de Orlov.

Los dedos de León Couturier dejaron lentamente la cucharita, y su cuerpo se inclinó hacia la voz, disimuladamente.

—... Resultó admirable. Veníamos inspeccionando las vías. Había allí un convoy detenido... diferentes vagones destinados a trasportar la infantería hacia el Norte. Vemos: sale un tipo de debajo de las ruedas, se desliza de lado y trata de subir a un vagón. "Stop". Paró. Nos acercamos. Un individuo macizo, vestido como mujik, con una abundante barba roja. Y los ojos como dos carbones. ¿Quién eres? "Señores oficiales... en nombre de Dios... Soy de Yusovka... Necesito volver a casa y aquí estoy detenido hace una semana. Permitanme viajar en este vagón". "¿Tienes que ir a Yusovka? ¿Y para qué te metes en este tren que va hacia Kruty?" "Yo.. yo, cómo voy a saber a dónde va el tren". "¡Sus documentos!" "No tengo, señores nobles, me los robaron". Dice entonces Scheglov: "¡Llevárgelo!" el otro gritando: "¿Por qué? ¿Qué he hecho?" Lo llevamos hacia la estación, cuando de repente me le grito del lado. "¡Si es Orlov!" "¿Cuál Orlov?" "El

presidente de la Che K". Quedaron con las bocas abiertas. ¡Qué pájaro que cayó! Se acercaron corriendo otras tres personas y lo reconocieron. Uno de ellos, que había estado detenido en la Che K, le dió de inmediato un puñetazo en la cara. La sangre corría por la barbá y él insistía en lo suyo: "Soy Emelchuk, de la cooperativa". Quisieron terminar con el ahí mismo, en la estación, pero el comandante ordenó llevarlo a "Investigaciones".

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Está claro que quedó en la retaguardia. Tiene en sus manos todos los hilos de la organización.

—¡Eh! Este no dirá ni una palabra. A uno de los de la Che K le hemos enrollado los tendones sobre carretes, y ese hijo de perra, callado.

—¡Ya hablará! Un par de días se resistirá y al fin largará todo.

—¡Bueno, vamos donde Tafika!

—¿Por qué?

—Prometió para hoy Revarmos a una parte. ¡Y qué parte! Se junta una gentuza. Se puede echar una manito de naipes.

—Bueno, contestó con flojedad el oficial de la mano vendada, e intentó levantarse.

León Couturier se levantó de su mesita y se acercó con exagerada amabilidad a los oficiales.

—Ud. perdón... No tengo el gusto, l'honneur, de conocer. Yo, comerciant León Couturier. Oír Ud. capturador de famoso Orlov.

El oficial sonrió halagado.

—Yo querer saber... Yo oír mucho de Orlov. Yo llegar de Odessa y averiguar vieja madre, ma pauvre mère, fusilada por Che K. Yo sentir odio Che K., y quiero beber a la santé valiente oficial ruso. Ud. contarme cómo es Orlov. Yo mismo voy a l'assasinat.... ¿cómo es?...

Los ojos de León Couturier brillaban con chispas de maldad. El oficial se interesó por el curioso extranjero. Se acercó hacia su compañero.

—Mischka... A este tonto sabuesito se le puede ex-

plotar para una buena juerga. Yo lo arreglaré; y dirigiéndose a León:

—¡M'sié! ¡Estamos encantados! Representante de la hermosa Francia. Derramamos sangre por una causa común. Con gran satisfacción nos permitiremos un brindis por su salud. Permita presentarnos: Teniente conde Schuvalov, subteniente su alteza príncipe Voronzov.

El segundo oficial disimuladamente tocó el codo de su amigo. Este murmuró:

—¡Cállate, simple! Las relaciones que tienen los franceses en Rusia son todas nobles.

León Couturier estrechó la mano de los oficiales.

—¡Muy content! ¡Je suis enchanté!... encantado conocer distinguidas famillás rusás.

—Pero sabe, monsieur, tendremos, por antigua costumbre, que emigrar a otra parte. En este agujero, fuera de granadina no hay nada. Y en Rusia no es costumbre tomar jugo de fruta a la salud de un amigo.

—¡Mais oui! Yo conocer costumbre rusa. Vamos a tomar vodka.

—¡Oh! esto es hablar. Verdadera alma rusa. Y "su alteza el príncipe Voronzov" golpeó con cariño al francés en el hombro.

—Vamos tomar vodka. Luego Uds. contar todo sobre Orlov. Yo querer saber donde esté detenido. Yo ir después donde el comandant general, ofrecer fusilar Orlov mi propia mano. ¡La vengance!

—Vea, m'sié, dijo con tono indiferente "su alteza"; desgraciadamente no le puedo indicar dónde está este espía. Es un problema muy nimio para mí, un aristócrata ruso, pero por suerte veo en la puerta a una persona que puede serle útil. ¿Me permite dejarlo por un minuto?

Con elegancia hizo sonar las espuelas y se alejó hacia la puerta, donde estaba un oficial alto, de talle delgado, inspeccionando la confitería. "Su alteza el príncipe" tomó al oficial del codo.

—¡Oye, Sobolevsky, pórtate como amigo! Aquí, con Mischka, hemos pescado a un francés medio tonto. Es un especulador de Odessa que llegó a buscar a su madre, y los de la Che K. la liquidaron. Por casualidad oyó cómo he capturado ayer a Orlov, y estalló en sentimientos

de afecto hacia mí. ¡Está asegurada una buena tomatera! ¡Ven con nosotros! Tú puedes explayarte sobre su simpatía y él no se retirará antes de tener los bolsillos vacíos. Pero ten en cuenta que yo soy "su alteza Voronzov", y Mischka, el conde Schuvalov.

El oficial arrugó el entrecejo.

—¡Lo único que saben es tontear! Tengo una enormidad que hacer.

—¡Sobolevsky, amiguito! ¡No nos abandones! ¡No seas chanchito! Tu tienes las noticias más frescas de tu despacho. Y el francés está muy interesado con Orlov. Hasta ofreció fusilarlo él mismo por su pauvre mère.

Sobolevsky, con cara de aburrido, jugueteaba con un adorno de su uniforme.

—¿Y qué?

—¡Bueno! ¡El diablo se los lleve! ¡Conforme!

—Ya sabía yo que era un verdadero amigo. ¡Vamos! Se lo presentaron a León Couturier.

—¿Y adonde?

—Al Olimpo, que es el único abierto por ahora. Llamaron a un Ivoschik y se acomodaron.

Mi amigo

Las arrugadas cortinas de felpa que con pliegues polvorientos cubrían las ventanas, hacían que el gabinete estuviera a media obscuridad. Las luces vespertinas a través de la ola de humo, se enfriaban sobre la batería de botellas vacías en el ángulo de la mesa.

En el fondo del gabinete, sobre un diván, con los uniformes desabrochados, se agitaban el "conde Schuvalov" y el "príncipe Voronzov", pellizcando a las coristas.

Las coristas lanzaban gritos chillones, se reían a carcajadas y largaban groserías dignas de un soldado. Una de ellas tenía la blusa de seda rota, la camisita se desliza y por encima asomó un seno agudo con firme pezón. El "conde Schuvalov" lloraba imitando a un niño de pecho:

—¡Ua... Ua... Uaaaa!

Pataleaba y trataba de chupar el pecho.

La mujercita se defendía y le pegaba en los labios

En la mesa sólo quedaban Sobolevsky y León Couturier.

El francés, echado hacia atrás en su silla, abrazaba el talle de una mujer tranquila que se acomodó en sus rodillas y que parecía un gatito blanco y liso.

Ella, pensativa, miraba a la ventana.

El teniente Sobolevsky se mantenía erecto en su silla, como sobre el caballo durante una marcha ceremonial y fumaba.

En la obscuridad no se le veía la cara, sólo de vez en cuando brillaban sus ojos.

Los ojos del teniente eran raros. Grandes, profundos, lánguidos y al mismo tiempo salvajes. De noche, en la estepa, durante las tempestades de nieve, arden con fuegos verdes los ojos de los lobos. Asimismo, de tiempo en tiempo ardían con fuegos verdes los ojos de Sobolevsky.

Conversaban todo el tiempo en francés.

Al principio, durante la comida, Couturier se dirigía al teniente en su jerga desfigurada, que hacía extasiarse a los dos oficiales, hasta que Sobolevsky dijo sombrío:

—¡Monsieur, laisez votre esperanto! Je parle français tout couramment.

El francés se alegró. Resultó que el teniente Sobolevsky había vivido y estudiado en París, en la Sorbona.

Estaba sentado frente a León, estirado, con los ojos brillantes, y hablaba despacio sobre París, recordando los jardines donde murió Turgueniev y las galerías bulliciosas de la facultad de bellas artes, donde pasó tres admirables años.

León Couturier afirmaba con la cabeza y recordaba por su parte los rincones alegres de París, agregando obstinadamente vino a la copa del teniente. Pero el teniente se emborrachaba lentamente. Sólo se enderezó más y con cada copa palidecía.

—Si, aquel fué el hermoso tiempo de nuestra Francia, dijo León suspirando, pero ahora se apagó el fuego de París. Los malditos "boch" enrarecieron bastante a los parisienses y ahora París es una ciudad de mujeres aburridas.

—¿Hace tiempo que falta Ud. de París? —preguntó el teniente.

—¡No mucho! Hace un año, justo durante la revolución de los alemanes. Y me puse muy triste. La alegría de París — un luto, y el corazón de Francia — bajo un crespón.

—Sí, es triste — murmuró entre dientes el teniente, y bruscamente dijo:

—Mis desharrapados compañeros me dijeron que Ud. había venido a buscar a su madre.

León Couturier suspiró.

—¡Oh, sí! ¡Qué terrible, señor teniente! Hasta ni sé donde está su sepultura. Como animales. ¿Qué es lo que quiere esa gente? ¿En un país asiático, de bárbaros, instalar el socialismo? ¡Locura, locura! Tenemos el ejemplo de nuestra gran revolución. La hicieron cerebros eminentísimos en un país que siempre fué la antorcha para la humanidad. ¿Y qué? Renunciaron al socialismo como a una utopía sin sentido. ¿Y aquí? ¡Oh, Dios mío! ¡Socialismo entre ordas de kalmiks! ¡Y estos bestias no perdonan ni a las mujeres! ¡Oh, madre mía! Oigo que me llama la venganza.

—Sí, sí. ¿La fusilaron en la Cte K?

Couturier afirmó con la cabeza.

—Ahora entenderá Ud. la alegría que me causa el que esté arrestado ese miserable.

—Francesito, dame un cigarrillo, maulló de improviso la gatita acurrucada en las faldas de León. Se aburría oyendo palabras desconocidas.

—Recuerdo París con gran ternura, dijo entre dientes Sobolevsky: aquel fué mi mejor tiempo. Juventud, entusiasmo, pureza. Amaba la literatura, esas discusiones locas por las noches, en los bares, donde se solucionaban problemas mundiales, las palabras entre el humo de cigarrillos, en la neblina de la nada, al chillido de los violines. Y esos versos leídos por adolescentes desconocidos, cuyos nombres sonaban después por todo el mundo. El teniente entornó los ojos.

—Ud. recuerda este:

Hier encore l'assaut des titans
Ruait les colonnes guerriéres,
Dont les larges flancs palpitants,
Craquient sous l'essieu des tonnerres...

—Oh, yo no entiendo esto... Soy débil en literatura. Mis dominios son del comercio.

Se obscureció por completo. Del diván, de la oscuridad, llegaban besos y chillidos ahogados. El teniente terminó de beber el vino y palideció más aún.

—Es quizá tiempo de retirarse. Mucho trabajo.

—¿Ud. seguramente está muy cansado?... Todo su ejército. Pero es el último cansancio de los héroes. Todo el mundo civilizado sigue sus hazañas. Ahora su triunfo está asegurado.

El teniente se apoyó con los codos sobre la mesa y miró la cara de su interlocutor con una mirada borracha y severa.

—¡Sí, luego terminaremos! ¡Aburren las pequeñeces! Después del triunfo nos ocuparemos de la reconstrucción de Rusia en gran escala.

—¿Cómo se imagina Ud. su futuro gobierno?

—¿Cómo?... El teniente se afirmó más en la mesa. León Couturier vió cómo las pupilas raras de Sobolevsky se dilataban y brillaban con furor, con delirio, intranquilizadas, agitadas con fuegos de lobos.

—¡Oh, m'sié! Yo tengo mi teoria. ¡Destruirlo todo! ¿Entiende? Transformar este país canallesco en un desierto. Tenemos ciento cuarenta millones de habitantes. Derecho a la vida tienen sólo dos o tres. La flor de la raza: literatura arte, ciencia ¡Soy materialista! Ciento treinta y siete millones para abono. ¿Entiende? Nada de superfosfatos, sales nitrogenadas, salitre. Abonar los campos con millones. Todos estos mujik, ciervos, la canallada sublevada, todos a la máquina. ¡Un gran molino de trituración! ¡En papilla! Recoger la papilla, exprimir, secar — y a los campos. En todas partes donde la tierra esté gastada. Sobre este guano crear la cultura nueva de los seleccionados.

—¿Pero... quién trabajará para los que quedan?

¡Tonterías! ¡Las máquinas! ¡Las máquinas! Un de-

enrollo inverosímil en la construcción de maquinarias. Las máquinas lo hacen todo. Usted dirá: hay que alimentar a todos esos salvajes no pueden darles trabajo a todos. Se los compraremos. Haremos de ellos inmejores para las máquinas. No muchos. ¡Unos trescientos mil! ¡Bastará! Les daremos una vida lujosa, vino, lujurias y todas las formas de depravación. Se bañarán en oro y nunca querrán sublevarse. Fuera de esto, la medicina. Gigantescos éxitos en la fisiología. Los sabios descubrirán el punto del cerebro donde se ubica la facultad de protestar. Este punto se eliminará quirúrgicamente como el cerebelo en los conejos. Y nada más de revoluciones. ¡Basta! ¡Al diablo! ¿Qué me dice sobre eso?

León Couturier contestó sin apurarse:

—Estos son extremismos, señor teniente. ¡Excesos de crueldad! El mundo, la Europa occidental no les perdonará la destrucción de tantas vidas.

El teniente se inclinó hacia el francés. Sus ojos no reflejaban más que locura. La voz era aguda y sonaba como si estuviera clavando clavos.

—¿Te acobardaste? Alma de boulevar, piernas de ju-jo. Todos son unos mocosos. ¡Nación de pollos híbridos! ¡En un farol colgarlos!... Al diablo... Limpió con la manga la espuma de los labios.— El diablo te lleve. ¡Me voy! ¡Tengo que dormir! Mañana tengo que echar al trabajo a unos "camaradas".

—¿Qué camaradas?—preguntó Couturier.

—Rojos... siervos. Una ligera conversación... agujitas debajo de las uñas, plomo en la nariz... Yo soy comandante del contraespionaje... ¿Entiendes, pulga francesa?

El teniente echaba su respiración ardiente en la cara de León Couturier. La mujer se estremeció en las faldas del francés.

—¿Por qué le tiemblan así las piernas, queridita... ¿Tienes frío?

—No, tú cansar mi pierna... bajar por favor— pidió enojado el francés.

Sobolevsky miró a la mujer, se estremeció íntegro y de un manotón botó todas las botellas de la mesa. Sonaron en el piso los trozos de vidrio.

—¡Se emborrachó el hijo de perra!...—dijo la mujer.

El teniente miraba los trozos de vidrio, pensativo. Y de nuevo se inclinó hacia el francés.

—¡Perdóname, Leoncito! Tú eres un buen muchacho, mientras que yo soy un canalla, un verdugo. Vamos, hermano, a mi casa por una media horita. Te enseñaré la última caída... el abismo... ¿Conoces a Dostoiewski? ¿No? ¡Ni falta que te hace! Ya verás, y contarás en Francia... Cuéntales a los hijos de perra, lo que soportan los oficiales rusos, fieles a sus códigos de honor, a la fraternidad...

—¡Está bien..., señor teniente! ¡Pero tranquilícese! Sus nervios no están en orden... Yo contaré todo... Allá en Francia aprecian su heroismo...

—¿Sí..., aprecian? Envían chocolate podrido, uniformes viejos sacados de cadáveres. ¡Todos son unos infames! Sólo tú eres un buen muchacho, Leoncito. ¡Vamos!

—Parece que no vale la pena, señor teniente. Usted está enfermo, cansado. Usted necesita descansar seriamente.

—¿Qué... de nuevo te acobardaste? ¡No tengas miedo! ¡No te voy a torturar! ¡Fué una broma! ¡Vamos, Leoncito! ¡Qué mal estoy! Oficial ruso, escribía versos y ahora se inscribió como verdugo. Te daré a beber licor. Un benedictino notable.

—¡Bueno! Pero hay que cancelar la cuenta.

—No se moleste.

Sobolevsky tocó el timbre.

—La cuenta, mañana a "Investigaciones". Calle Sobolev N.º 17. ¡Y march... a la mierda!

Sobolevsky se acercó al diván.

—¡A ver, "noblezas"! ¡Basta de farras aquí! ¡March!

—Andate tú, nosotros nos quedaremos.

—¿Y quién va a pagar?

—¡Hay dinero!

León Couturier se despidió de los oficiales. En el hall Sobolevsky se acercó al teléfono.

—¡Inmediatamente, un auto! ¡Al "Olimpo"!... ¡Hay pero!

Salieron a la escalinata. El teniente se sentó en las gradas. León Couturier se apoyó contra la barandilla.

Sobolevsky miró largamente las luces de la calle. Dió vuelta la cabeza y dijo con voz sorda:

—León, un tiempo yo fuí niño, e iba con mi madre a la iglesia.

León Couturier no contestó. De la esquina, negro y amenazante, apareció un automóvil y se acercó al edificio. El teniente se levantó y ayudó al francés a subir.

La máquina arrancó y silenciosamente se deslizó por las calles desiertas. Se detuvo bruscamente ante un edificio de dos pisos en una callejuela estrecha. Desde la escalinata los alejó un centinela.

—¡Amigos!... ¿Qué se le salieron los ojos? ¡Diablo!—gritó Sobolevsky y con un gesto invitó a León. Atravesaron el vestíbulo y subieron al segundo piso. A la izquierda, en el corredor, Sobolevsky golpeó en una puerta. Al llamado, la puerta se abrió.

De la mesa, en el fondo de la pieza mal iluminada, se levantó un hombre cuadrado, de hombros anchos, que lucía charreteras de coronel.

—¿Sobolevsky..., es usted? Qué es lo...—y se cortó notando a un extraño.

Sobolevsky retrocedió un paso y dijo:

—¡Señor coronel! Permítame presentarle a mi amigo... ¡El camarada Orlov!

"Lástima. Qué lástima"

—¡Usted siempre con sus trucos ridículos!... ¡Miren qué japonés!... ¡Jiu Jitsu! Pero si lo dejó tieso.

—¿Iba yo a suponer que saltaría como un canguro? El mismo vino dar contra el puño. Y este es un golpe muy perro, el del plexo.

—¡Echenle agua! Parece que se movió.

Orlov, lentamente y con dificultad, abrió los ojos. En la boca del estómago sentía a cada suspiro un ardor un dolor como si le traspasaran con palillos de tejer. Lanzó un quejido.

—¡Despertó! ¡No es nada, revivirá!

—Acostémoslo en el diván, ¡Y usted llame una guardia reforzada!

Levantaron a Orlov. Del dolor volvió a perder el conocimiento, y volvió en sí ya sobre el diván.

Por encima de la cabeza, bajo una pantallita de vidrio, ardía una lamparita que dañaba los ojos.

Miró alrededor, vió la pieza, la mesa. Trató de recordar.

Se abrió la puerta. Entró alegre Sobolevsky.

—¡Señor coronel! ¡Permítame recibir de Ud. los diez mil. La apuesta! Ud. perdió: la primera liebre grande la atrapé yo.

—¡Váyase al diablo!

—Reconoces que ha perdido,

—¡Bueno, perdí! Los tontos tienen suerte.

—Este es un dicho muy anticuado, señor coronel. En general no sirve Ud. para el contraespionaje. Yo no lo tendría aquí. Tiene Ud. sistemas anticuados. Un clasicismo falso. Ud. desconoce en absoluto la psicología.

—¡Déjeme!

—¡Ud. perdone! ¡Estoy disgustado! Yo, hombre talentoso, estoy en un empleo sin importancia, y Ud. —un incapaz— llegó a la jefatura.

—¡Señor teniente!

—¡Sé que no soy capitán! Pero Ud. debería de ser un alférez. ¡Se vanaglorió! Atrapó a un hediondo sin pantalones... "¡Arresté a Orlov"! ¡Buitre ciego!

—Está loco... Ud. mismo se alegró.

—Me alegré de su tontera... Ahora, pienso, el viejo Rosenberg irá a la retaguardia, y yo hacia adelante.

La voz de Sobolevsky era impertinente. El coronel se calló.

—No peleemos, dijo adulando. Cuente mejor cómo se las arregló.

—¿Atraparlo?... ¿Quiere aprender? Le diré con franqueza; casualmente. Al principio ninguna sospecha... Un francesito como cualquier francesito. Hacía su papel admirablemente, y yo con él cómo compañero; hasta mi teoría sobre los negros le expuse. Pero de repente llegó el mo-

mento. Una mujer le traicionó cuando por un segundo se
se dominó. Y yo, como si me iluminara. ¿Y si,...? ¡Si nos
hemos equivocado y atrapado a otro? A tal punto me exa-
té que tuve que romper botellas para distraer su atención.
No me lo pude creer. Resolví arrastrarlo hacia aquí como
amigo, y hacer aquí una pequeña investigación. Y él, por
segunda vez, no resistió. Si el diablo no lo tienta a empren-
der la fuga, el asunto habría quedado como una simple
broma.

Orlov rechinó con los dientes.

—¡Canalla!

—¡Ah, mi'é Lulo! ¡Se atrevió despertar! ¿Cómo des-
cansó?

Orlov no contestó.

—¡Infantil! ¿Pero si Ud. prefiere el francés! Pas-
cin de para amigos. ¿Y su mamacita? ¿También es pa-
sienne? ¿Y a Verlaine lo recuerda? ¡Buen poeta! Yo le
recitaba cuando comenzó a escribir versos... Los aprecia-
ría... ¡no mierda!...

Orlov cerró los ojos. Una cinta de color anaranjado
salpicada de verde, haciendo ruido, se enrollaba insisten-
temente de la cabeza de un carrete a otro con una velo-
cidad vertiginosa. Se estremeció, y se enderezó con brus-
quedad.

—Sírvase quedar tranquilo, m'sié Orlov gritó el cor-
nel levantando el parabellum: Nos vemos en la necesidad
de limitar sus movimientos.

Orlov no oía. Obtuso, sin pensamientos, miraba ha-
cia adelante. Recordó: Semenujin... la conversación. Pe-
ro si he dado mi palabra de honor. ¡El puede creer que
yo!... Apretó con las falanges sus sienes y meneó la ca-
beza.

—¿Qué, señor Orlov? ¿Es posible que no le guste e-
tre nosotros? ¡No entiendo! No hace frío, está lin-
pio, agradable, las relaciones son casi corteses, aunque
debo presentarle mis excusas por el poco tacto que tu-
el teniente; pero Ud. reveló una capacidad tal para la
piruetas vertiginosas, que hubo que retenerlo por el pe-
nor médio que se nos ocurrió.

Orlov separó las manos de la cara.

—¡Callarse, cáfrola! No estoy dispuesto a conversar contigo —le gritó al coronel.

El coronel levantó los hombros.

—¡Agradezco el cumplido! Pero tendremos que conversar, aun en contra de sus deseos. Nuestro monasterio tiene sus reglas.

—¿Me vas a meter agujitas debajo de las uñas, cerdo?

—¡Yo no, yo no! No sirvo en absoluto para eso. Me tiemblan las manos. Pero el teniente es un virtuoso para eso. La aguja entra de un golpe y ni la quiebra. Los mismos camaradas quedan admirados. ¿Ud. cómo prefiere, señor Orlov, agujas frías o al rojo? Muchos las prefieren al rojo. Al principio duele, pero luego se acostumbra.

Orlov callaba. El teniente Sobolevsky se paseó por el cuarto.

—¡Así es, así é León! ¿A la máquina? ¡Sí, a la máquina!

Se acercó rápidamente a Orlov y clavó en sus pupilas unos ardientes ojos de lobo: —¡Lo moleremos en pequeña, lo exprimiremos y al abono! ¡Y el culto Occidente no dirá nada! Crecerán las espigas, y me servirán a la mesa unos bizcochitos. Bizcochitos frescos, calientes, apetitosos, esponjosos. ¿Y por qué? Porque no es un fosfato alemán cualquiera, porque creció sobre sangrecita fresca.

El teniente silbaba con silbidos de serpiente que desgarraban los oídos.

Orlov se estiró y lo escupió con furor.

Sobolevsky saltó hacia atrás y, lanzando un juramento, levantó la mano, pero el coronel barajó el golpe.

—Déjese, señor teniente; tiene Ud. un puño tan destructor que es capaz de matar al señor Orlov, y esto no entra en absoluto en nuestros intereses. Lo más gracioso está delante.

—¡Perro! —dijo el teniente, soltándose—. Iré a lavarme.

—Sí, eso... Imparta las órdenes para que pongan en libertad al tal Emelchuk. Inútilmente maltrataron al mozo.

—Oh, ¿Ud. hasta pone en libertad? ¡Qué progre!
—dijo Orlov.
—No se moleste, a Ud. no le libertaremos.
Orlov buscó en los bolsillos. No había cigarrillos.
—¡Deme un cigarrillo!
—¡Sírvase!
El coronel acercó la cigarrera. Orlov la tomó y vació todos los cigarros en su mano.
—¡Qué malo es Ud. ¿No me deja ni uno?
—¡Ud. reirá más! Mientras que yo necesito fumar.
—En verdad que me gusta Ud. Aprecio a las personas de sangre fría.
—Cierre el pico! No hay para qué mencar la lengua!
—¡Ah! qué tiene para parisiense. Pero reconozca que mis investigaciones no están mal organizadas. No por ej. en Ch. K.
Orlov miró a los ojos amablemente entornados del coronel.
Se apoyó sobre el respaldo del diván, y dijo entre dientes:
—Tendrá que coincidir con el teniente Sobolevsky en que es Ud. un viejo idiota, a quien mantienen evidentemente por lástima.
El coronel se rió hasta la punta de la nariz con jarabe de frambuesa.
—¡Vas a decir más insolencias, miserable! ¡Basta! ¡Yo te enseñaré! Comunicaré ahora mismo al comandante. ¡Al trabajo.
Tomó el tono. Regresó al cuarto Sobolevsky.
—¡Aló! ¿El estado del comando general? ¡Jefe de investigaciones! ¡Oigo!
—¿La escolta está lista? —preguntó a Sobolevsky mientras esperaba la respuesta.
—¡Lista, señor coronel!
—¡Sí! ¡Oigo! ¿Su Excelencia? Informo a Ud., que fué detenido Orlov. ¡Sí! ¡Hoy! No... Un error... un parecido increíble... Sí, señor... detenido por el teniente Sobolevsky. ¡Oigo!... si... ¡Por qué, Su Excelencia? ¿Pero si nosotros...? Oigo... Oigo... Será cumplido, su Excelencia. Felicidades, Su Excelencia.

Con rabia tiró el fono.

—¡Ah, diablo!

—¿Qué pasa? —preguntó Sobolevsky.

—Nos lo quitan.

—¿Para dónde?

—Donde el capitán Tumánovich. A la comisión especial.

—¿Pero por qué? Pero esto es una chanchada.

—¡Cosa conocida! Tumánovich está subiendo. ¡Canalla!

El coronel se sonó la nariz, larga y sonoramente.

—Lástima, lástima, señor Orlov. Tiene Ud. mucha suerte. Habrá que enviarlo donde el capitán Tumánovich. ¡Qué lástima! El capitán es muy a la europea y se atiene demasiado a las normas procesales. No sacará nada de Ud., lo despachará sin haber averiguado nada. Mientras que nosotros habríamos conseguido de Ud. todo, —despacito, suavemente, amablemente.— Lo habríamos chupado todo, por gotitas. No hay nada que hacerle. Hasta mañana en todo caso será Ud. nuestro huésped, porque de noche es algo peligroso trasladarlo. Ud. es un hombre terrible. Lástima que no podamos desquitarnos por aquello de viejo idiota... Teniente, acompañe al señor Orlov.

El aria de Elisa.

Madame Margot salió algo nerviosa para el almuerzo.

—Ana Andrievna: no puedo entender por qué no ha llegado León hasta ahora.

—¡No es nada, Margot! ¡No se intranquilice! Se atrasó por negocios o habrá entrado donde unos conocidos.

—¡No creo! Por lo demás él siempre me avisa cuando no piensa regresar temprano.

El doctor Sokovnin arregló su barba sobre el plato de sopa.

—¡Eh, palomita. De balde se intranquiliza. Tonteras! ¡Nervios! Su León es un maridito demasiado ejemplar y la tiene muy regalona. Hay que darnos de vez en cuando un poco de libertad. Cuando yo me casé con Ana, de tanto amor no podía dar un paso. Me atrasaba por media

hara y en casa tristezas y lágrimas. Y en nuestra profesión médica, sírvase ser puntual. Hasta que una vez hice una broma. Salí por la mañana de la casa. Voy a comprar el periódico —digo. ¡Salí y me perdí! Tres días después recién aparecí. Aquí —histeria— toda la policía inquieta, rebuscaron todo el río, revisaron todas las morgues. Y yo, donde un amigo, en una hacienda, a quince kilómetros, pescando. Desde entonces quitado como con la mano. Puedo perderme por más de veinticuatro horas sin intranquilizar. Algo así necesita Ud.

Ana Andreievna se rió.

—Bueno estabas cuando regresaste. ¡La nariz roja! ¡Apestabas a vodka! Te miré y pensé: "¿Por este tesoro me estoy arruinando la salud? Piérdete aunque sea definitivamente, no me moveré".

Pero los esfuerzos de los patrones por distraer a Margot no resultaban; la artista estaba nerviosa y preocupada.

—Bueno, palomita, si tanto se intranquiliza, iré a la policía. Tengo allá un antiguo amigo. Bajo todos los regímenes recibe de mí alcohol, y por eso siempre me hace pequeños servicios.

Margot se exaltó.

—¡Oh, no, doctor! Por favor, nada con la policía. ¡Odio a la policía rusa! ¡Torturadores! Comenzarán las investigaciones. No es necesario. Si no vuelve hasta por la mañana, tomaremos medidas. Y ahora hay que distraerse. ¿Quieren? Les cantaré.

—Alégrenos, queridita. Me gusta mucho cuando trina usted como un ruiseñor.

—¿Qué cantaré? Ordene, doctor.

—Ya que está usted hoy tan de buena, cante el aria de Elsa junto al foso. ¡Me encanta! Todavía, cuando estudiante, me reventaba las manos aplaudiendo desde la galería.

Margot abrió las notas.

Rugiendo se derramaron las olas vidriosas del piano.

El doctor se acomodó en el sillón. Ana Andreievna, despacio, lavaba los vasos.

Día y noche
Sólo de él
Mis pensamientos me torturaban...

La voz transparente se arremolinó, vibró:

Llegó una nube,
Traía un trueno,
La felicidad y esperanza destrozó...

Bruscamente dejaron de caer las gotas vidriosas. Margot cerró la tapa, y se retorció los dedos. El doctor se levantó de un salto.

—¡Margot, queridita! ¿Qué le pasa?... ¡Tranquilícese!... ¡Ana, trae valeriana!

Pero Margot se repuso. Se levantó pálida, los labios apretados.

—¡No, no! ¡No necesito nada, gracias! Estoy muy triste. Qué tiempos más terribles. Se me ocurren toda clase de horrores. Perdonen, iré a acostarme.

El doctor la acompañó hasta el cuarto. Regresó al comedor.

—Joven aún, contestó a la mirada interrogativa de su esposa. Conmueve ver un amor así. ¡E-je-je!

Tomó el periódico. Abrió la sección preferida: Crónica local y sucesos. Se concentró.

—Sabes, detuvieron a Orlov, Ana.

—¿Cuál Orlov?

—Nuestro famoso Chekista.

—¿Qué dices?

—¡Imaginate! Lo detuvieron ayer en la estación. Llevaré el periódico a Margot para que se distraiga un poco.

Pisando blandamente en sus zapatillas de paño, el doctor se acercó a la puerta y golpeó.

—Aquí tiene, palomita, el periódico. Entreténgase un poco con las novedades del día.

La mano de la artista asomada por la puerta tomó el diario.

El doctor se fué. Bela se acercó a la mesa, tiró descuidadamente el periódico. La hoja medio sucia se dió vuelta, y entre las líneas pequeñas creció:

LA DETENCION DE ORLOV

Bela no hizo ni un movimiento, sólo las manos se agr-

rrera de la noche. Las letras se arrastraron como gusa-
ros. Se sentó cerrando los ojos. Saltó de repente y tomó
la hoja.

¿Cómo ayer? ¡Ayer 14!... ¡Ayer! Pero si ayer Orlov
staba en casa, y esta mañana aún estaba en casa...
¡Qué cretal ¡Pero ahora no está! ¡No hay que perder
iempo! Ahora mismo a ver a Semenujin.

Las dedos arrancaban los botones del abrigo felpudo.
Se hacía difícil pasarse el sombrero grande a la moda: se
deslizaba perfidamente hacia un lado.

Bela salió corriendo al hall. Se encontró con el dor-

—¿Adónde, Margot?

—Ah! No puedo quedar en casa— dijo casi como un
ruego Isla—, estoy segura de que León está donde
esos canallas. ¡Voy para allá! Aun si no lo encuentro
me sentiré mejor, acompañada.

—¡Que Dios le ayude! Pero no se intranquilice tanto,
no le pasará nada. No le matarán y arrestarán como a
Orlov.

Bela encontró fuerzas para responder riendo:

—¡Dios mío, qué comparación! Pero si León no es
bolchevique.

En la calle saltó en un coche. El cochero iba inso-
portablemente despacio, y trataba de entablar conversa-
ción durante todo el tiempo.

—Opino yo, señora, sobre las autoridades, que toda
autoridad es canalla, eso es. Como no todos, digamos,
pueden ser ministros siempre, digamos, habrá descon-
tentos, y por lo mismo, siempre le cortarán la cabeza a
las autoridades.

—Siga sin conversar—gritó Bela.

La gente en la calle observaba con curiosidad, en la
mañana, cómo diez soldados, con las carabinas en las ma-
nos, alejando con groserías a los peatones llevaban por
el medio de la calle a un hombre bien vestido, que mar-
chaba tranquilo y con dignidad.
Tal espectáculo era extraordinario para los blancos. La

El capitán Tumánovich

gente estaba acostumbrada a que los bolcheviques llevaran a la Cheka, gente de respeto, mientras que los blancos a obreros sucios, a jovencitas crespas y niñas de colores.

Por eso, los transeúntes descubiertos trataban de investigar de los soldados sobre el delincuente misterioso, pero los soldados, callados, los apartaban con los hombros o lanzaban groseros juramentos.

El piquete torció hacia una callejuela. Orlov, cercenado y tranquilizado, observaba detenidamente las casas. Lo introdujeron en la puerta principal, lo hicieron subir al segundo piso, y en un cuarto chico y destartalado lo entregaron, bajo recibo, a un alférez bajo moreno de ojos negros.

Lo sentaron sobre un banco; a los lados se pararon dos centinelas. El alférez, nervioso al parecer, lo miró intranquilo y con lástima.

—¿Cómo se le ocurrió caer tan de abrupto? ¡Ay! ¡Ay!—dijo casi con tristeza.

Orlov lo miró y le conmovió la simpatía del muchacho.

—¡Nada! ¡Sucede! No me quedaré mucho aquí.

El alférez se admiró:

—Qué, ¿piensa escapar? No, de nosotros no se escapará. Nosotros estamos bien organizados, dijo con orgullo igualmente infantil. No debía haberse dejado atrapar. Ahora mismo lo anunciaré al capitán Tumánovich.

Orlov miró hacia los lados. En la pieza había un escritorio, dos catres quebrados, algunas sillas y el banco sobre el que estaba sentado. La ventana daba contra un muro-cortafuegos. Quiso levantarse para mirar, pero el centinela se apoyó en su hombro.

—¡Tz! ¡Tranquilo, canalla!

Orlov se mordió los labios y se sentó. A los pocos minutos salió el alférez.

—¡Acompáñelo a la oficina del capitán Tumánovich!

Los soldados lo llevaron por un largo y polvoriento pasadizo. Orlov contaba atentamente las puertas y ángulos que doblaba. Al fin, el centinela abrió una puerta sobre la que colgaba un rótulo escrito a la ligera con tinta descolorida y letras torcidas: "Juez de instrucción de asuntos de especial importancia, Tumánovich".

El capitán Tumánovich caminaba por el cuarto, de un ángulo a otro, con pasos lentos y medidos; se detuvo a medio camino al ver a los que entraban. Se acercó a la mesa, se sentó, colocó ante sí una hoja de papel, y dijo entonces a los centinelas:

—Salgan y quédense al otro lado de la puerta— y dirigiéndose a Orlov:— ¿Usted es el ex presidente de la Checa, Orlov?

Orlov, callado, acercó una silla y se sentó. Al capitán Tumánovich le tembló una ceja.

—¿Parece que no le he ofrecido sentarse?

—¡Me río de su falta! Estoy cansado.

Apoyó los codos en la mesa y comenzó a observar atentamente al capitán.

Tumánovich tenía una cara enflaquecida y estirada, una frente alta, amarillenta, transparente, y ojos azules, triste y sin brillo. Su ceja izquierda se estremecía a menudo, desagradablemente, bajo un tic nervioso.

—Podría hacerle respetar mis exigencias, —dijo fríamente— pero esto no tiene mayor importancia. Sea tan amable y conteste. ¿Usted es Orlov?

—Para evitar conversaciones superfluas me siento obligado a hacerle saber que no contestaré a pregunta alguna. ¡Se molesta usted inútilmente!

Tumánovich escribió rápidamente un par de líneas en el expediente, y dirigió a Orlov la mirada indiferente de sus ojos fríos.

—¡Esto lo he previsto! En verdad, no pienso interrogarlo en el sentido que se acostumbra hacer. Sería tonto esperar que usted hablara. Pero es una formalidad inevitable. Actuamos sobre bases estrictas de formas procesales.

Se calló, como esperando una respuesta. Orlov recordó las palabras del coronel, y sonrió en forma apenas perceptible.

El capitán se sonrojó ligeramente.

—Lo único que la autoridad judicial, representada en este momento por mí, espera de usted, es una pequeña ayuda. Hemos arrestado, fuera de usted, varios colaboradores más de la Checa. Algunos fueron detenidos en el tren que abandonó la ciudad en la mañana que la ocupa-

mos. Todos serán sometidos a un juicio. Para esclarecer el material de acusación, encontramos útil hacérsel conocer para que Ud. —espero no se niegue— nos indique cuáles son hechos reales, y qué es lo que hay de inventado.

—No se moleste, capitán. No tengo el menor deseo de entablar conocimiento con ese material.

—Pero, piénselo, señor Orlov! Puede haber errores, puede haber acusaciones basadas sobre enemistades personales. Los tiempos son turbios. Es imposible comprobar los hechos. Determinando dónde está la verdad y dónde la mentira. Usted puede aliviar la suerte de aquellos de sus colaboradores que están bajo acusaciones falsas.

Orlov levantó los hombros.

—Lamento mucho, capitán, causarle este disgusto. ¿Pero cree usted en verdad poder pescarme con este anzuelo? Todas las acusaciones que yo niegue serán de seguro tomadas como veridicas... ¡Creía que usted razonaba con más lógica!

El capitán se arrojó de nuevo, y jugueteó con la lapicera entre sus delgados dedos.

—Usted no quiere comprenderme, señor Orlov. Usted se considera aún en poder del contraespionaje. Pero usted está equivocado. Podríamos hacerle hablar. Para eso existen medios que, en verdad, salen fuera de los marcos legales; pero toda nuestra época está algo fuera de marcos legales. Pero soy jurisconsulto, razono como tal, estoy ligado al concepto de la ética del derecho, y critico categóricamente los métodos del coronel Rosenbach.

—¿En especial después que el coronel Rosenbach se puso en sus manos? Qué descaro hay que poseer para pronunciar tranquilamente tal frase.

Tumánovich apretó la lapicera entre sus dedos hasta hacerla crujir.

—¡Bueno! ¡Usted, por lo visto, no dirá nada! En otras veces pasaré al asunto que me interesa personalmente. Hasta ahora he tenido ocasión de conocer a dos categorías de sus correligionarios: la primera, pequeño elemento criminal, que ayudando a su causa, veía en ella la manera más ligera de ganancias fáciles; la segunda, ex hombres de labores físicas, en su mayoría buenos muchachos, pero embriagados hasta perder el poder de pensar en sus pro-

ceses. Unos y otros, poco interesantes. Pero en usted tengo por primera vez, con un teórico y práctico de cierta importancia en su régimen; y estoy en dificultad para explicarme a qué categoría pertenecen ustedes los dirigentes, los jefes.

—También me interesa en qué categoría de su régimen clasificarlo a usted, capitán: si a los criminales inconscientes o a los alentados,—contestó Orlov con malicia y sorna.

—¿Por qué trata de ofenderme, señor Orlov? Usted ve claramente la diferencia de trato que hay entre el que recibió en el contraespionaje y el de aquí. Yo no le interrogo como juez. Me interesa usted como fenómeno cuya base psicológica es para mí un enigma. ¿Será posible que no podamos conversar sobre este problema, tranquilamente, para esclarecerlo?

—Yo lo creía más inteligente, capitán. Yo no soy un juguete para usted, y mucho menos sirvo para explicarle sus dudas, en especial en mi situación. De aquí se irá usted a su casa a almorzar, y a mí, en agradecimiento por la lección, me mandará a fusilar. No tenemos de qué conversar. ¡Le ruego terminar!

—Un momento, dijo Tumánovich, quisiera saber, y créame que es para mí de suma importancia, si cree usted de veras en la realización de las ideas largadas por ustedes ¿O es una aventura atolondrada?

—Luego lo sabrá usted, señor capitán, por experiencia propia, aquí mismo, en esta ciudad, cuando los adoquines del pavimento estén enviando balas contra ustedes.

—¿Así es que su organización sigue trabajando aquí? —preguntó el capitán entrecerrando los ojos.

Orlov se rió.

—¿Quiere agarrarme en la palabra? Sí, capitán trabaja, y va a seguir trabajando. ¿Quiere saber en dónde? ¡Por todas partes! En las casas, en la calle, en el aire, en este paredón, en el tapiz de su mesa. ¡No mire a ese tapiz con asombro! ¡Es invisible! Estas piedras, este estuco, el tapiz, están empapados del sudor y sangre de aquellos que los fabricaron, y ellos odian a muerte, sí, estas cosas muertas están llenas de un odio vivo hacia aquellos a quienes deben prestar servicios. Y ellos los van a aniquilar, ellos v

verán a ser los verdaderos dueños, los productores. Aquel será **el último día de Uds.**

Tumánovich miró con interés a Orlov.

—¡Ud. habla bien, señor Orlov! Ud., con seguridad, es capaz de arrastrar las masas. Su discurso es gráfico y hermoso. ¡No... no me río! Y es Ud. un hombre muy duro. Siento en Ud. una verdadera llama y una enorme fuerza interior. Desde el punto de vista de mis convicciones, merece Ud. la muerte. Creo que Ud. me diría lo mismo si yo estuviera en sus manos. ¡Ojo por ojo, diente por diente! Por consideración a la grandeza de su personalidad, yo haré todo lo posible para que su muerte sea rápida, y no se acompañe de los sufrimientos que desgraciadamente tienen que sufrir entre nosotros las personas que se niegan a prestar declaraciones. Yo podría ahora mismo, en vista de sus palabras, enviarle al jardín de torturas del coronel Rosenbach. Pero Ud. es Orlov y, luego aquí un extracto de la sección de identificación: "Orlov Dimitry. Militante desde el año seis. Fanático. Sangre fría ilimitada, valentía hasta la insolencia. Agitador extraordinariamente peligroso. Honradez intachable." Ya ve Ud. qué completo.

El capitán llamó a los centinelas.

—¡Hasta luego, señor Orlov!

—¡Hasta luego, capitán! ¡Espero que no nos queden muchas entrevistas!

Dos páginas

Con lápiz químico. Las hojitas cuadriculadas de la libreta de notas: "¡Cuántos ratones hay por acá!... Con colas peladas, desteñidos, muy importantes.

"A veces se juntan en círculos, unos diez, se paran orgullosos sobre las patitas traseras y chillan...

"Entonces (algunas palabras no se pueden leer) parece que fuera una reunión de negocios de grandes dignatarios, un departamento del gobierno del soviet ratonil.

"Escribo alumbrándome con fósforos... Ninguna iluminación...

"...De seguro que estas hojitas servirán para algún uso práctico y no saldrán de estas paredes...

"Por si acaso...

"Constantino... ¿Recuerdas la conversación de hoy?... (No se entiende).

"... me convencí de que las fuerzas, hasta las mías, tienen cierto límite. ¿Para qué diablo sirven los nervios?... El teniente Sobolevsky, el que me arrestó, dice: "Los médicos resecarán aquella parte del cerebro donde anida el espíritu de la rebelión."

"Hay que vencer los nervios, los que (no se entiende) cansancio y debilitamiento de la voluntad. Yo decía que después del chock sufrido por la detención fallida, perdí el dominio de la voluntad.

"La cosa puede dominarse siempre, el cuerpo es capaz de tolerar...

"Sé que piensas: no cumplió su palabra, se entregó voluntariamente.

"Absurdo... No y no. Olvidé inmediatamente aquella explosión tonta... Oí casualmente... como un idiota.

"... (no se entiende) helados, oí cómo un oficial contaba el arresto de mi gemelo... Había que averiguar hasta el final... posibilidad de organizar una fuga... Quise saber dónde tenían a ese individuo.

"...(no se entiende) no sabían. "El le ayudará".

"¿Sabes a quién reconocí"... ¿Recuerdas Sebastopol, la retirada? ¿Recuerdas al oficial que a la vista tuya y mía mató de un balazo, en la calle, a Oleg?... Sí... Entonces se llamaba Kornev... En el contraespionaje también usan pseudónimos.

"...no resistí... Sentado frente a él, pensaba: "Te encontré y no te soltaré"... me atraía como el fuego a un mosquito. En condiciones normales me habría retirado... Aquí, no pude... la conciencia envenenada: lo tenía en mis manos. Y cuando, borracho, me ofreció acompañarlo y "investigaciones"...acepté... Ahora recuerdo: habiendo notado mi nerviosidad, desparramó las botellas de la mesa. Entonces pasó por alto... la conciencia, la voluntad debilitados..

"...lo creía borracho, de veras,... le sonsacaré todo ...hasta pensaba en su último minuto.

"...(no se entiende) que la vida roñosa de un sucio contraespía es innecesaria, nada cambiaría... Eso

"Constantino... ¿Recuerdas la conversación de hoy?...
(No se entiende).
"... se convenció de que las fuerzas, hasta las mías, tienen cierto límite. ¿Para qué diablo sirven los nervios!... El teniente Sobolevsky, el que me arrestó, decía: "Los nervios reaccionan aquella parte del cerebro donde anida el espíritu de la rebelión."
"Hay que vencer los nervios. Los que (no se entiende) cansancio y debilitamiento de la voluntad. Yo hasta que después del shock sufrido por la detención faltaba en mí el dominio de la voluntad.
"Lo con poder dominarme siempre, el cuerpo es capaz de trabajar...
"Si que pienso: no cumplió su palabra, se entregó vergonzosamente.
"Ahora... No y no. Olvidé inmediatamente aquella reflexión inútil... Cal carcelmente... como un idiota.
"... (no se entiende) helados, al cómo un oficial contaba el arresto de mi amigo... Había que averiguar hasta el final... posibilidad de organizar una fuga... Quise saber donde tenían a ese individuo.
"...(no se entiende) no sabían. "El le ayudará". "Sabes a quién recomendó"... ¿Recuerdas Sebastopol, la retirada? ¿Recuerdas al oficial que a la vista tuve y más mató de un balazo, en la calle, a Oleg?... Si... Entonces se llamaba Korner... En el contraespionaje también han cambiado
"...no resulta... Sentado frente a él, pensaba:
"Te encontré y no te soltaré"... me atraía como el fuego a un mosquito. En condiciones normales me habría retirado... Aquí, no puede... la conciencia convencional lo tenía en mis manos. Y cuando, borracho, me ofreció acompañarlo a "Investigaciones"... acepté... Ahora ve cuerdo; habiendo notado mi servicialidad, desparramó botellas de la mesa. Entonces pasó por alto... la extrema voluntad debilitadas...
"...le creía borracho, de veras... le sonreía todo
"...hasta pensaba en su último minuto,
"...(no se entiende) que la vida rotosa de su vecia contraespía es innecesaria, mala cambiarla... Esto

es justamente la consecuencia de los nervios... alarparon como a un pollito...

"...no me entregaré barato... aún no está perdido. Me fugué de situaciones peores. Estoy casi seguro, luego nos veremos, y escribo así no más... por si acaso.

"...recuerda en todo caso el apellido: Sokolevsky. En los últimos minutos organiza para que no se te escape... ¿Recuerdas la cabeza de Oleg sobre la vereda, sangre, salpicaduras grises y rosadas?... ¡Eso!

"Magnífico artista... Me la ganó... Es cierto, mis nervios, pero esto no es justificación.

"... (no se entiende) la suerte de E... Buena muchacha, pero demasiado expansiva, nunca llegará a ser una verdadera partidaria... Si la pescaron, luz y de la prueba ... (no se entiende)... Procúpate que los nuestros limpien la cárcel... es horrible aquí... (se les oye distintamente.)

"Se acabaron los fósforos... una obscuridad egipcia... de todas maneras no podrás descifrar nada..."

Renunciamiento

En la esquina, Bela despachó al cochero. Corrió por una callejuela de los suburbios.

El viento que comenzó a soplar tironeaba del sombrero, se metía en hilitos helados bajo el abrigo.

Alguien, un transeúnte, se agachó y miró debajo del sombrero.

Dijo en voz alta:

—Bonita la pollita—y la siguió.

Bela se detuvo. El perseguidor se acercó, vio unos ojos llenos de tristeza y de desprecio.

—Exijo que me deje Ud. en paz.

Se confundió.

—¡Disculpe, señora, no sabía!

Levantó el sombrero y se alejó. Bela, temblando, se metió en una portezuela y corrió por el jardincito.

A los golpes convencionales, Semenjin abrió la puerta. En una mano tenía una vela, y en la otra (se adivinaba), tras la espalda, el revólver. Los ojos reflejaban

se entregaría para s...salvar a aquel mujik que d... tuvieron. Se lo ...prohibí en nombre del p...partido y del c... comité revolucionario. Me dió su p... palabra de honor, y la v... violó. ¡Es t...traidor, y lo b..borramos!

Bela se levantó.

—¿Orlov se entregó? ¿El mismo? No lo creo. ¡Esto no puede ser!

—N... no iré a mentir. Esto n... me d...duele más que a Ud.

Bela se sonrojo.

—Ud., Semenujin, es una madera, una máquina. Yo no puedo. ¡Entienda! ¡Yo le amo! Por él me decidí a todo esto... a un probable fracaso... a una muerte segura.

—Peor para Ud., dijo tranquilamente Semenujin. Lamento m...mucho que haya Ud. elegido un ...tipo así. Convocaré ahora mismo una r...reunión extraordinaria del c...comité revolucionario para juzgar a Orlov... ¡El partido no necesita almas d...débiles!... ¡Eso!

Bela preguntó, ahogándose:

—¿En verdad? ¿Ud. no bromea, Semenujin?

—M...me parece que el m... momento no está c... como para bromas.

Bela se alejó hacia la ventana. Por los estremecimientos de su espalda Semenujin entendió que ella lloraba.

Pero callaba con un silencio de piedra.

Al fin Bela se volvió. Las lágrimas llenaban los ojos.

—¿Y? —preguntó Semenujin.

Y él mismo se estremeció al oir su voz dura, forzada, inflexible.

—Si esto es verdad... ¡renuncio!... ¡Desprecio a mi amor!

Misericordia, Señor

El capitán Tumanovich llego a su despacho en la tarde, y tomando la lapicera abrió el expediente "Comisión especial para investigar las ferocidades de los bolcheviques, cometidas bajo el Comando General de las fuerzas armadas en el Sur de Rusia".

Con letra segura, redonda y suelta escribió algunas líneas, dejó la lapicera, distraído miró la opacidad azu-

lina de la ventana, y acomodándose más en la silla co-
menzó a escribir la resolución.

La cara delgada del capitán se estiró sobre el papel y se asemejó a un astuto oso hormiguero que estuviera re-buscando un nido de hormigas.

Cuando la pluma extendía las últimas líneas, alguien golpeó con cautela en la puerta. El capitán no oía. El golpe se repitió.

Tumánovich, disgustado, interrumpió el trabajo, y sus azules ojos de hielo se hicieron por un momento vagos y opacos.

—Entre, dijo al fin.

El alférez saludó con la mano aplicada a la visera, y dijo con la voz misteriosa de un villano romántico:

—Señor capitán, el detenido Orlov, por encargo suyo, está acá.

—Hágalo pasar... y, por favor, acompáñelo Ud. permanentemente. Ayer los soldados me infestaron la pieza con olor a tabaco ordinario, y yo no soporto este aroma. Sea bueno y no se ofenda.

Orlov estaba sentado sobre un banco en la sala de recibo. Los soldados se dispusieron a acompañarlo, pero el teniente, tomando la carabina de uno de ellos, dijo:

—Yo mismo me lo llevaré. Sírvase acompañarme, señor Orlov.

Salieron al pasadizo.

—Ya ve Ud. qué centinela más distinguido,—dijo, ace... lado, el alférez; el capitán lo ordenó. Y agregó con una ... sita: ¿Cómo es que no ha pensado aún en fugarse?

—Para su satisfacción trataré de no dilatarlo.

—¡Ah! me encantaría verlo... En secreto juro por Dios que hasta le deseo que le resulte. Me gusta tanto es... aventuras.

Orlov se rió.

—¡Bueno! ¡No lo desilusionaré! ¡Quedará conforme!

En el gabinete, Tumánovich ofreció a Orlov una hoja de papel y una pluma.

—Le he molestado sólo por un minuto. Firme que ha leído la resolución.

—¿Cuál?

—La del proceso

—¿Sólo esto? ¿Y si no deseo?

Tumánovich levantó los hombros.

—Como Ud. quiera. Es necesario sólo como formalidad.

Orlov, en silencio, garabateó su apellido debajo de la resolución.

—¿Es todo?

—Todo. ¡Alférez, llévese al detenido!

La frase dicha por el alférez al pasar el pasillo, removió a Orlov. Y, saliendo del gabinete del capitán, se tranquilizaba comprimiendo su voluntad como un resorte tenso.

En el largo pasadizo, entre el gabinete de Tumánovich y el cuarto del alférez, había tres cuerpos que tercer. En la mitad ardía una lamparita sitiada por las moscas.

Orlov caminaba lentamente delante del alférez. Llegó a la altura de la lamparita.

Una vuelta instantánea...

La carabina voló de las manos del alférez y dio media vuelta en el aire. Orlov la tomó y apoyando la bayoneta en la garganta del joven, lo apretó contra la pared. El alférez lanzó un débil quejido.

—¡Callarse! ¡Ni un sonido! Llévame hacia la salida o morirás.

—En la calle hay centinelas, murmuró el oficial.

—¡Al patio, entonces! ¡Querías ver cómo me escapo, aquí tienes!

El alférez se apartó de la pared, sus labios temblaban, pero al mismo tiempo sonreían.

De puntillas siguió por el corredor, sintiendo el delgado filo debajo del omoplato.

Una curva, otra. Obscuridad casi completa, vagamente blanquea una puerta.

Orlov suspiró profundamente.

—Aquí, dijo el teniente tomándose de la manilla.

La puerta se abrió en un instante, brilló una luz cegadora. Orlov alcanzó a ver una letrina pequeña, la tazón, el suelo.

Y antes de que alcanzara a darse cuenta, la puerta

se cerró estrepitosamente tras el oficial, y sonó lejano el picaporte.

Se encontró solo en el pasadizo obscuro, engañoso, sin saber adónde dirigirse.

Del cuarto, ni un sonido.

Orlov profirió un silencioso juramento y se lanzó hacia atrás apretando la carabina y manteniéndose pegado a la pared. En algún punto sonó una puerta y él quedó clavado en su lugar.

En el mismo instante, a su espalda, sonó una detonación ensordecedora, y vió en la puerta de la letrina un pequeñito fogonazo.

Retrocedió por segunda vez.

Y de ahí salieron en el pasadizo las puertas y se oyeron pasos de carrera.

Entonces, levantando la carabina, Orlov gritó, furioso:

—¡Ah, canalla!... ¡Muere entonces en la letrina!

Y apretando tranquilamente dejó salir las cuatro balas contra la puerta del toilette, estremeciéndose con los sonidos en extremo fuertes que hacía la carabina en el corredor encerrado.

Alguien le saltó por detrás y lo tomaron de los brazos. Orlov trató de librarse, pero descargaron algo pesado contra su cabeza, y cayó al sucio suelo golpeándose en la mandíbula.

Una bota pesada le aprotó la nuca y otra se apoyó en su vientre.

Alguien gritaba:

—¡Un cordel, traigan un cordel!

Tres hombres lo tenían. Hiriendo manos y pies, se enrolló una áspera cuerda.

Lo levantaron y lo sentaron apoyado contra la pared.

—¿Dónde está Tereschenko? preguntó un oficial alto.

—¡El diablo lo sabe! No se ve nada en este obscuridad. De seguro que lo liquidó. ¿Quién tiene linternas?

—¡Toma la linterna!

—¡No está!... ¡Por ninguna parte!...

—Pero si salió en el water... Mira: la puerta está perforada a balazos...

—¡Al diablo!... Mató al mozo.

El alto saltó por encima de Orlov y tiró de la puerta. La puerta crujió y comenzó a ceder.

—¡Tira más fuerte!

El alto dió otro tirón, el picaporte no resistió y la puerta saltó con estrépito estrellándose contra la pared.

Sobre el depósito de agua, debajo del cielo-raso, recogidas las piernas, la browning en una mano, y con la otra pescado del caño del agua potable, estaba el alférez de los ojos negros, la cara de una palidez mortal, la mandíbula temblando y los ojos vidriosos y sin expresión.

Sus labios se movían rápidamente sin parar, y la gente del pasadizo, en un momento de silencio, oyó claramente que murmuraba:

—¡Misericordia, Señor!... ¡Misericordia, Señor!... ¡Misericordia, Señor!...

—Se atontó el mozo, dijo uno de los oficiales. Terechenie, bájate, que el diablo te lleve.

Pero el alférez siguió murmurando, y de repente los oficiales fueron espantados por un ladrido.

Arrimado contra la pared del pasadizo, inmóvil y en posición sentada, Orlov se reía a carcajadas incontenibles, como con ladridos interrumpidos.

—¡Está bueno esto! ¡Ahora éste también se chifló!

—¿Qué pasa? ¿Qué se demoran aquí? Saquen al alférez de su fortificación. ¡Bravo! Buena la ocurrencia de subirse al estanque. ¡Y el señor Orlov a mi oficina!

El capitán Tumánovich se fué a su gabinete. Dos oficiales levantaron a Orlov y arrastrándolo por el corredor, lo depositaron en el gabinete.

—¡Siéntelo en la silla!... ¡Así... Pueden retirarse. Beba agua, señor Orlov.

El capitán llenó un vaso de agua y lo acercó a los labios de Orlov.

Avidamente bebió, estremeciéndose siempre por la risa.

—Sin embargo, es Ud. un hombre de una valentía y de una audacia excepcionales. Si no fuera por la feliz ocurrencia de ese encantador adolescente, Ud. habría dado qué hacer al coronel Rosenbach. Por segunda vez con se-

guridad no me habría tocado entrevistarme con Ud. ¡Pué
dies irado, señor Orlov!

—No... yo en absoluto...

Sobre la mesa sonó ganoso el teléfono. El capitán
zó el auricular.

Desgraciadamente, es imposible

—Excelso.

El auricular chirrió en el cable y el capitán Tumá-
novich reconoció el barítono amable y señoril del ayu-
dante del comandante, el cornete Jruschov.

—¡Tumanovich, alma de perro! ¿Eres tú?

—Yo. ¿Qué te pasa a estas horas?

—Espera, calla, que a su turno. May está con ata-
que. Como un toro español en la arena, se enfurece y
revuelve la tierra con los cuernos. Nadie puede acer-
carse, hasta el ujier tiene miedo de entrar con el co-
ñac. "Lo mataré", dice.

—¿Y pa qué?

—Tus desgracias, a la vez, hermano. Para comenza
hoy, en vez, en, tú sabes, la Lioika, desapareció con
los brillantes y el dinero, y se supone que con Stacorsky...
Y él se volvió enfermizo. Y por otra parte recibió un
telegrama, informando que la división de Chernetzov
fracasó cerca de Mijailovsky, y que Chernetzov mis-
mo ...su!

—¿Muerto?

—¡No!... Hay informaciones de que está prisionero.
Los bolcheviques ofrecen un intercambio. El jefe del es-
tado mayor ofreció a May el intercambio por el gane
tuve. May aceptó. Así es que recibe oficialmente el te-
legrama.

El capitán miró a Orlov.

El arrestado estaba sentado con los ojos entornados,
cansado y conmovido.

Tumánovich levantó los hombros, y largó el humo pa-
labras claras y acentuadas:

—Comunica a Su Excelencia que en virtud de nue-
vas circunstancias esta oferta es irrealizable, porque el
ción —el capitán miró de nuevo a Orlov— el arrestado

Orlov intentó fugarse y atentó contra la vida del alférez Tereschenko.

Orlov se enderezó.

—¡Fuit!... silbó el auricular. —¡Maravilla! Bueno, ¿y qué hacemos con Chernetzov?

—Encontraremos algún otro para el intercambio. Y si los "camaradas" resuelven por dar de baja a Chernetzov, tampoco, créeme, será grande la pérdida. Algunos miles de uniformes quedarán sin ser robados.

—¡Quizá tengas razón... Ahora mismo informaré a May!... ¡Espera!

El capitán dejó el fono.

—Sin embargo, es Ud. implacable con sus camaradas de armas—dijo Orlov.

Los ojitos azules del capitán envolvieron a Orlov en un frío malvado.

—Yo, en general, no tengo piedad de criminales, donde estén y quienes sean. Solamente entre Ud. el que más roba, más progresa.

—Tiene Ud. informaciones falsas — sonrió Orlov.

—¡Puede ser! Para el caso, Ud. mismo se complicó su situación.

—¿Cómo?

—Si no hubiera intentado Ud. esta jugarreta de fuga, habríamos podido arreglar un intercambio. Mientras que ahora yo insistiré categóricamente en su rápida liquidación.

—¡En extremo reconocido!

El teléfono cantó de nuevo su cancioneta pangosa.

—¡Sí!... ¡escucho!

—¡Así!... Ya me lo suponía. ¡Se hará de inmediato!... Sí... Hasta la vista. No, no iré al teatro; no estoy para eso.

El capitán se dirigió a Orlov:

—El general confirmó su entrega a la corte marcial. Ahora mismo se le llevará a la capilla. ¡Mi función terminó! Adiós, señor Orlov.

Una cosa simple.

La corte marcial sesionó por media hora.

El coronel que presidía habló al oído con los miembros del jurado, tosió y leyó con pereza:

"Por orden del Comandante General, el tribunal de guerra del cuerpo N., habiendo oído la acusación en contra del señor Dimitri Orlov, miembro del partido comunista, ex presidente de la Che. K., de treinta y dos años de edad, sentencia: condenar al acusado Orlov a la pena de muerte por ahorcamiento. La condena se hará cumplir en el plazo de veinticuatro horas. La condena es definitiva y no ha lugar a apelación".

Orlov, inmutable, escuchó la condena y sólo dijo irreverente:

—Escuché con agrado...

Se lo llevaron a la capilla. Hasta la noche pasó tranquilo e indiferente.

Pero en la caja craneana hervían febrilmente los pensamientos en el camino hacia la horca.

"Una vez ya me fugué en un caso similar en Kasán... Casi del mismo modo... Ahora también sería tonto perecer... como un cerdo".

Lanzó un juramento con irritación.

Caminó por la cámara y de repente oyó en el corredor pasos y voces. Retiró de nuevo la puerta y la luz dorada de una linterna inundó la cámara.

—¿Quiénes son? ¡Salgo luego!... —oyó una voz que le pareció conocido y un hombre entró a la capilla. Su cara permanecía en la sombra proyectada por la linterna sólo cuando pronunció: "Señor Orlov", éste reconoció al capitán Tumánovich.

Una tempestad de odio rugió en él. Dió un paso hacia el capitán.

—¿Qué diablos desea Ud.? ¿Para qué mete aquí su cara de jesuita? Váyase al...

El capitán puso tranquilamente la linterna en el suelo.

—Sólo un par de minutos, señor Orlov. He llegado hasta aquí bajo un pretexto oficial. —esclarecimiento de un detalle. Pero el asunto no es ese. Puedo comunicarle que el general confirmó la sentencia. Sólo reemplazó el horca por fusilamiento, porque recibió en estos días pedidos amonestación desde arriba por tales aberramientos. Pero esto no cambia nada.

—¿Y bien? ¿Ha venido Ud. para ejecutar personalmente la condena?

—Abandone la insolencia, señor Orlov. En absoluto no es esto porque he venido. Le repito lo ya dicho: que desde mi punto de vista judicial, Ud. merece la muerte. Habría lamentado mucho si hubiera Ud. sido intercambiado por el antiguo ladrón de arcas, Chernetzov, porque perdonar la vida a un enemigo como Ud. sería un gran error político. Su muerte está ahora irremediablemente determinada. Pero recuerde: le he prometido una muerte fácil. Me desagrada que llegue Ud. a ser el blanco de esos fusileros que se ensucian de sudor... Tome.

El capitán estiró la mano. Brilló una ampolleta de vidrio.

Bruscamente exaltado, Orlov agarró la ampolla.

—¡Adiós, señor Orlov!

Pero Orlov se acercó hasta tocarlo y le devolvió la ampolla.

—¡No es necesario! dijo con voz ásgara y sonora.

—¿Por qué?

—¡Oh, señor capitán! Le agradezco mucho su amabilidad, pero no la aprovecharé. He perdido. Caí como un tonto en las manos de sus canallas; no he sido capaz de cumplir el papel que me fué confiado por mi partido; otro no tengo derecho de echar a perder más mi causa.

—¡No entiendo!

—¡Nunca lo entenderá! .. mientras tanto, es una cosa simple... He arruinado la empresa que me fué encargada; debo ahora, por lo menos con mi muerte, corregir en algo mi error. ¿Ud. me ofrece suicidarme tranquilamente? ¿No dar el último gusto a sus verdugos? No sé por qué lo hace.

—No piense que es por lástima, interrumpió el capitán.

—¡Supongamos... Para mí, personalmente, es una magnífica solución. Pero nosotros, capitán, tenemos nuestra psicología. En este momento no me interesa mi persona, sino nuestra obra. Mi fusilamiento, cuando se haga público, será otro golpe más para su mundo en podredumbre. Encenderá la llama de la venganza en aquellos que están conmigo. Y si yo estirara aquí tranquilamente la pa-

ta. eso daría ocasión para decir que Orlov fracasó en s misión de que fué encargado, que se acobardó ante l ejecución y que se envenenó como una colegiala embara zada. He vivido para mi partido y moriré para él! Ya s Ud. que es una cosa simple.

—Entiendo, dijo el capitán.

Orlov se paseó por la cámara y se paró de nuev frente al capitán.

—¡Señor capitán! Ud. es un formalista, un pédante está cubierto de fórmulas jurídicas. Ud. es un hombr en un estuche, un alma de cartón, un archivo para pape les. Pero a su manera es Ud. un hombre duro. Hay un circunstancia que es para mí un martirio increíble. Rehú una conversación. En una palabra, temo que mis compa ñeros piensen que me he entregado a ustedes voluntaria mente... Y temo que ellos me desprecien... A esto n temo!... ¿Entiende? ¡Le temo!

El capitán callaba y con la punta de la bota escarba ba las baldosas del piso.

—Me he negado a hacer declaraciones... Pero... tengo aquí dos hojas escritas. Ellas explican todo. Agré guelas al expediente. Cuando la ciudad pase de nuevo a nuestras manos... ¿Ud. entiende?

—Bueno, dijo Tumánovich, pasemelas! No comparto su seguridad sobre lo de la ciudad, pero...

Tomó las hojitas y doblándolas cuidadosamente las guardó en el bolsillo lateral.

Orlov dió un paso hacia adelante.

—¡No!... ¡no! Yo no le...

El capitán se inclinó con una sonrisa.

—No tema, señor Orlov. Estamos sobre polos opues tos, pero tengo convicciones bien formadas sobre el sen tido de investigaciones y sobre el honor personal.

Orlov dió media vuelta con brusquedad. La emoción le ahogaba y había que disimularla.

—¡No le agradezco! ¡Váyase!... Váyase luego de tes de que le pegue!... ¡No puedo verlos más!...

—¿Sabe? contestó suavemente Tumánovich. Quisiera una cosa de mi suerte que el día que me toque morir por mi causa, me sea dada su dureza —Tomó del suelo la fu sera.— Adiós, señor Orlov! Tumánovich se detuvo cort

sustado y en el titilar amarillento de la vela vió (sic) la mano escuálida del capitán extendida hacia él.

Escondió sus manos tras la espalda.

—¡No!... ¡Esto es imposible!

La mano tembló.

—¿Por qué?, prguntó el capitán. O tem; Ud. que esto perjudique a su causa? De esto sus camaradas no sabrán nunca nada.

Orlov sonrió, y con fuerza apretó los delgados dedos.

—Ahora no temo nada. ¡Adiós, capitán! Le deseo a Ud. también una buena muerte.

El capitán salió al corredor.

La obscuridad, como una catarata silenciosa, invadió la cámara. La llave sonó en la puerta como un gatillo que se levantara.

Leningrado, julio 1924.

Cargando con urgencia

I

En Constantinopla, un cartero turco, con la orilla gruesa del fez colgándole sobre la nariz seca y aguileña, se secó el sudor en que sirzaba el "Magi Dalton" y entregó un telegrama.

El capitán Gibbins firmó sobre la borda con lápiz, le dió una piastra al cartero y se dirigió con el telegrama a su camarote. Allí llenó lentamente su pipa con "Navy Cut", la encendió, echó un par de bocanadas de humo y rasgó la angosta cinta de papel.

El despacho era del patrón de New Orleans. Comunicaba que la firma Lenby, que había fletado el "Magi Dalton" para hacer un viaje de ida y vuelta a Odessa, insistía en que se apresuraran las faenas de la carga y regresara el barco inmediatamente, porque se preveía una próxima demanda del abrigo que el "Magi Dalton" fué a buscar a Odessa.

Recordó que el patrón, a quien dolía gastar algunas con carbón, lo que fué la causa de que durante la travesía del Atlántico difícilmente se pudiera mantener la presión necesaria del vapor.

Pero la orden estaba dada. El capitán, acostumbrado a cumplir, tocó el timbre y ordenó al stewart llamar al primer mecánico O'Hiddy.

Un minuto después asomó en la puerta una cabeza roja de pelo erizado; con sus ojos azulejos y borrachos envolvió de una mirada al capitán y al estrecho recinto, entró arrastrando tras de sí un cuerpo encorvado cubierto con un sweater y pantalones de baño.

—¿Por qué se le ocurrió llamarme, Fred? — preguntó la cabeza del mecánico con voz indolente—. Me estoy muriendo en este condenado clima y casi no salgo

pañ. Cuando regresemos solicitaré del patrón que me traslade a la línea Norte.

O'Hiddy se afirmó los pantalones sobre el vientre y agregó:

—¿Sabe? cuando se ha nacido en Klondike y se ha pasado media vida metido en un saco de pieles, es difícil acostumbrarse a estas temperaturas de negros.

—Oh, le voy a dar un alegrón, — contestó el capitán—. Pensábamos permanecer aquí hasta el domingo para limpiarnos y remozarnos antes de llegar a Odessa, pero he aquí un telegrama del patrón. Nos apuran. Así es que levaremos anclas esta misma noche, y Odessa, sin ser un Klondike, es siempre más fresco.

—¿Y por qué tanto apuro? —preguntó O'Hiddy llenando a su vez la pipa.

—Lansby desea recibir luego el algodón, hay demanda en el mercado.

El mecánico, pensativo, se golpeó la rodilla desnuda.

—¿Sabe usted, Fred, dijo al fin, que en Odessa tendremos que detenernos para limpiar las calderas?

—¿Qué novedades son ésas? Hicimos limpieza general en el último viaje. ¿Para qué meternos de nuevo en esta suciedad ahora que nos están apurando?

O'Hiddy escupió en la salivadera y gruñó irritado:

—Se creería que es Ud. un alumno de primer grado de una escuela dominical o un alma de Dios, tan inocentes son las preguntas que brotan de sus labios. ¿Ha visto el carbón?

—Lo vi — respondió con sequedad el capitán.

—Entonces ¿por qué y para qué pregunta? Ese mugre no calienta y sólo da humo. Deja tanto residuo, que la mitad de las cañerías ya no tiene tiraje. Sin una buena limpieza es imposible emprender el regreso y mucho menos con carga.

—¡Qué desagradable! Podemos perder la prima. Terminemos con esta batahola en el menor tiempo posible. Cada minuto nos es caro.

—No tema. Ya sabe Ud. que en Odessa está Mr. Lyon y si se le paga bien no nos atrasará.

El capitán relajó los músculos de su cara, expresando de nuevo una tranquila indiferencia.

—Entendido; confío en Ud. Avísele a la gente que esté a las seis en sus puestos. Si alguien se atrasa, no lo esperaré. Tenemos que partir antes de la puesta del sol y antes de que suene el cañonazo; de otra manera tendríamos que esperar el amanecer.

—Bien —dijo el mecánico—, de acuerdo.

II

El "Magi Dalton" cruzó las estrechas puertas del Bósforo con la puesta, cuando las crestas de las olas se tiñen de oro rojizo. Viró bruscamente y tomó rumbo al Norte.

El capitán Gibbons permanecía sobre el puente, con la gorra azul con galones metida hasta las orejas y las manos en los bolsillos.

Sobre las rutas marinas del mundo, cuando las olas se tiñen de oro rojizo, navegan miles de vapores.

Vapores de carga viejos y manchados por los besos oxidantes de todos los océanos; embarcaciones ligeras y moles esplendorosas de transatlánticos, esos colosos de cuatro pisos ante cuya imponencia se abren achatadas y sumisas las aguas rugientes.

De noche, bajo el dibujo titilante de la red estelar, cruzan éstas las rutas marinas mirando la obscuridad del mundo con los fuegos coloreados de sus ojos eléctricos.

Los mueve y empuja, a través de la verde masa oceánica, la voluntad de los Bancos, oficinas comerciales y Cías. navieras. Voluntad cruel que no conoce perdón ni retrasos, la voluntad comercial del mundo. Sobre el fondo celeste del horizonte se levantan sombras de países encantados. En los países encantados esperan montañas de carga para los Bancos y oficinas.

Se llenan las entrañas de fierro bajo el rugido y el silbido de las grúas, hundiendo los cuerpos de los barcos en las profundidades vidriosas, hasta que el agua cubre la roja línea de flotación.

Bajo el sol y a través de las nieblas, bajo las redes estelares y a través de los rugidos del huracán, los barcos llevan cuidadosamente su carga para que no se interrumpa, en las calles populosas, el hervor y el traqueteo mi-

rosas de las máquinas calculadoras detrás de los cristales a medias cubiertos por verdes cortinas de seda.

Lámparas colgantes derraman una luz acompasada y muerta sobre escritorios altos, sobre caras delgadas, con antiparras, siempre agachadas sobre los "Mayores" y "Cajas". Estos hombres son tan ásperos como el papel de sus libros de contabilidad, y cuando mueven los labios al compás de las máquinas calculadoras, los labios parecen sonar como las hojas vueltas de un libro.

Sobre los papeles crecen las columnas de cifras. Estas son las que manejan la suerte de las cargas envueltas en aspilleras suaves al tacto y que exhalan perfumes que recuerdan países encantados flotando tras la marejada celeste de los horizontes.

Los hombres de las oficinas no sienten estos aromas; sólo conocen los perfumes de sus papeles de color, donde se acumulan tristes dibujos de cifras y cortas palabras en todos los idiomas del mundo.

Las cargas que descendieron a las bodegas bajo el alegre crujir de las grúas son transformadas, por los hombres de los Bancos en papelitos cubiertos de cifras. Hacen el milagro de mantener en equilibrio estable los precios que con mano escuálida marca un hombre diariamente con tiza sobre los pizarrones negros en las marmóreas salas de las bolsas de comercio.

Y obedeciendo órdenes de las oficinas, las máquinas ponen tensos sus músculos de acero, doblan sus brillosas rodillas y codos, las chimeneas redoblan su escupir de humo venenoso hacia los frescos cielos oceánicos, acelerados murmuran los ejes, y los capitanes inquieren con más frecuencia, de los centinelas la ubicación.

Los capitanes son siempre tranquilos, como lo es también el del "Magi Dalton". Todos ellos permanecen parados sobre los puentes de mando con las manos en los bolsillos y las gorras azules con galones dorados metidas hasta las orejas. Con sus ojos entrecerrados divisan rutas invisibles para los demás, rutas que cruzan los grises harapos de las espumas.

También el capitán Gibbins divisa la ruta desde las verdes y achaladas riberas de New Orleans hasta las blancas rocas amarillentas de Odessa.

Y en la noche el capitán Gibbins, envolviéndose en su corto abrigo impermeable, salió por tres veces a la calle para averiguar del centinela la indicación de la brújula de cobre.

III

A lo largo de las líneas férreas que serpentean entre las revueltas del muelle, se enfilan casas hechas de piedra, ennegrecidas por el humo. Día y noche las envuelve la respiración humeante de los trenes que en filo interminable pasan trayendo y llevando carga hacia los blancos desembarcaderos, contra los que se frota murmurante el agua verde-sucia.

Sobre una de las puertas un rótulo de letras doradas: "Oficina de remonte de vapores y limpieza de calderas de P. K. Iliov".

En la oficina, detrás del escritorio, Prov Kiriákovich Iliov. El solo atiende su empresa y permanece de la mañana a la noche inamovible en su ancho sillón. Fuera de él, nadie en la oficina, a no contar dos retratos: el del Zar y emperador de todas las Rusias, Nikolas II, y el de San Juan de Kronstadt.

El retrato del Zar está perforado en dos partes. Sucedió aquello hace dos años, en los días en que el estupefacto acorazado "Potiomkin" entró al puerto de Odessa. El acorazado permaneció en Odessa dos días sembrando pánico en las autoridades, y abandonando al fin la bahía con rumbo al Sur. Estalló entonces en la ciudad un horrendo pogrom, y llegaron a la oficina de Prov Kiriákovich, a pedirle el retrato del Zar, los miembros de la sociedad "Miguel Arcángel" y otros vagabundos. El retrato debía cumplir una misión muy noble: bajo su protección se proponían robar y saltear impunemente.

Pero resultó diferente. Por aquel entonces se había impartido órdenes de suprimir el pogrom por los medios más estrictos; y apenas la banda alcanzaba a abandonar la oficina y llegar a la primera esquina, cuando sonaban tres descargas, y Prov Kiriákovich vió a los forajidos volver en alocada fuga abandonando el retrato en el polvo del camino.

Pasaron los cosacos a galope tendido y todo quedó en calma. Se arrastró entonces Prov Kiriákovich hacia afuera, como un ratón que sale de su cueva, y volvió de nuevo con el retrato: el vidrio en pedazos y el emperador desfigurado por dos balas. Una desgarró la oreja y la otra se metió en la ventanilla de la nariz.

Prov Kiriákovich suspiró amargamente y pensó adquirir uno nuevo, pero luego, recapacitando sobre los gastos, se fijó mejor y resolvió que el asunto tenía arreglo. La perforación en la nariz no habría para qué taparla: de todas maneras la naturaleza indicaba allí un agujero; en la oreja pegó un papelito y lo retocó con lápiz de color.

Así quedó colgando el Zar, aspirando el humo de la oficina con el único agujero en la nariz.

Y los rapaces de Bikov, que siempre merodeaban el patio de la institución, al ver el retrato le pusieron el sobrenombre irrespetuoso de "Niko, el de la nariz rota".

La empresa de Prov Kiriákovich es importante y todos la conocen en el puerto.

Llegan al puerto de Odessa durante el año centenares de barcos de diferentes países maravillosos. Algunos llevan en la proa inscripciones en tales idiomas que ni Motka Jiup, un borrachín ex universitario de los cursos de filología, que en invierno envuelve sus pies con sombreros tártaros de fieltro en lugar de zapatos, podría descifrarlas.

Largos viajes hacen los vapores por las vías marinas, y sus entrañas que respiran fuego se cubren de humo y hollín. Y para poder continuar, el vapor necesita medicinar su estómago, limpiar sus intestinos, raspar de ellos el hollín.

Entrar al dique por tal pequeñez no conviene; la limpieza se hace sobre el agua, y es ahí donde el médico de estómagos, Prov Kiriákovich, viene en ayuda de los vapores enfermos.

Para tales fines tiene Prov Kiriákovich todo un ejército de rapaces.

Las angostas cañerías de las calderas se estrechan también con la mugre. Un hombre no podría introducirse; son los niños menores de diez años los más indicados. Se deslizan serpenteando en las cañerías angostas, re-

pasan de seis a ocho metros de punta a punta en medio de la estrechez y hediondez a humo, y con raspadores de acero y en partes con martillo y formón desprenden del metal la gruesa capa de hollín.

Piotr Kirilkovich recoge a los niñitos en los suburbios a razón de quince kopecks al día, sin pensión.

Llegan a la puerta de su oficina los mecánicos de los buques enfermos, y Bikov garrabatea las órdenes en su libro. Difícil tarea para Bikov es el escribir. Con dificultad y a medias aprendió el alfabeto. Y escribiendo atentamente las letras, Bikov, de tanta dedicación, desparrama con su barba sobre el papel la tinta.

Apuntada la orden, Bikov se asoma por la ventanilla al patio, y grita a toda garganta:

—¡Sedka, Mischka, Pachka, Aliochka, hijos de p...! ¡Eh! ¡a trabajar, sin demorarse, rápido!

IV

O'Hiddy, de blanco, con los zapatos amarillos bien lustrados y bastón en la mano, descendió la amplia escalera del parque donde previamente había consumido una asombrosa cantidad de helados, y siguió caminando a lo largo de la explanada acompañado del comisionista Leiser Zveibel.

Todos los capitanes y mecánicos de los vapores que tocaban Odessa, conocían a Leiser. El cumplía cualquier encargo, desde ubicar en la dársena fuera de turno a un gigantesco transatlántico hasta proveer a los marinos que se divertían en tierra de niñas alegres y condescendientes.

Leiser conocía todos los idiomas en los límites necesarios para las funciones de un comisionista portuario. Sin compasión desfiguraba las palabras, pero se ingeniaba para hacerse entender, y llegó a ser para la gente de mar, perdida sobre el pavimento de la ciudad ajena, algo así como el hilo de Ariadna que los guiaba hacia la salida del amenazante enredo del laberinto.

Leiser acompañó al mecánico a la oficina de Piotr Kirilkovich. O'Hiddy podría haber ido solo, pues en su vida vagabunda no era ésta la primera vez que pisaba un

sables baldosas de las veredas de Odessa; pero hacerse entender por Bikov, sin la ayuda de Leiser, le habría sido imposible.

Prov Kiriákovich sólo sabía jurar en inglés, mientras que el mecánico sólo conocía las tres frases en ruso indispensables a un marino: "Buenos días", Ud. lindo, señorita, oi querer Ud." y "¿Como está?", frases que para una conversación comercial habrían resultado perfectamente insuficientes

Prov Kiriákovich se levantó respetuoso ante el visitante y estiró su mano corta, ruda y cubierta de pelitos negros. O'Hiddy la recibió en un seco apretón. Leiser, tímido y con cuidado, tocó las puntas de los dedos de Bikov.

—¿Cómo está, señor Bikov?, dijo sonriendo amablemente; pero tras esa sonrisa palpitaba la alarma de un hombre apocado y perseguido.

—Se vive poco a poco. ¿Y tú como estás, gallina judía?

—¡Oy!, ¿qué quiere decir con esto de gallina? Si yo fuera gallina llevaría cada día a mi casa granitos para alimentar a mis hijitos. Pero yo no soy gallina, y hasta es una ofensa .. A ver si hoy me gano algo; aquí le traigo un cliente, y Ud. seguramente dará alguna comisión al pobre judío.

—¿Qué trabajo? —investigó Bikov abriendo el libro.

—¡Oy, qué pregunta! un trabajo de lujo. Hay que limpiarle al míster las calderas en dos días, porque el míster tiene que regresar luego a América, y tiene que cargar con tanta urgencia como no se ha visto jamás.

—¿Dos días? Por dos días habrá que pagar como por dos días — respondió serio Prov Kiriákovich.

—¿Y qué le digo yo? ¿Qué le importa al míster? Es algo más rico que Leiser. Está conforme en pagar.

—Si está conforme, entonces de acuerdo. Dile que le va a costar...— y Bikov indicó una suma desorbitante.

Zribel se levantó de un salto y palideció.

—¡Oyt ¡Oyt — murmuró—. Si que es un precio te-
rrible. ¿Acaso podrá pronunciar un precio así?

—Si no quiere, no se hace, dijo Bikov sin cambiar de entonación; el tiempo es caro. Encontraré otros.

Leiser separó los brazos y tímidamente se lo dijo en inglés al mecánico. Para su admiración, O'Hiddy ni se arrugó; contestó con un corto "Very good", agregando que si el trabajo no estaba listo en dos días ellos descontarían el 15% de la suma estipulada por cada día de atraso.

—Bien, dijo Bikov, anotando la orden en el libro; nada descontarán porque si me comprometo lo haré en el tiempo estipulado.

El mecánico dejó sobre la mesa algo a cuenta, tomó el recibo y tiró un billete de tres rublos a Zvibel como cosa cualquiera. Volvió a apretar la mano de Bikov y salió de la oficina dejando a Leiser para convenir los detalles del trabajo.

En la vereda se detuvo atraído por un ruido.

Cinco harapientos rapaces jugaban en la vereda al "luche", tirando un botón y saltando tras de él en una patita.

O'Hiddy no conocía este juego y miraba con curiosidad.

Uno de los niños, chico y esbelto, saltaba con más agilidad que los demás, riendo a menudo a carcajadas con sus éxitos. Habiendo expulsado el botón del último cuadrante marcado con tiza, levantó la cabeza y vió al mecánico. Sus labios se estiraron descubriendo una hilera de dientes de color blanco lechoso. Se acercó al mecánico estirando su pequeña manito negra como patita de mono y gritó:

—Captain, Captain. Give me shilling if you please. Good by. ¿How do you do?

O'Hiddy sonrió. Recordó unos rapaces iguales de los muelles de New Orleáns y se sintió embriagado por los aires tibios de su tierra natal. Su mano mecánicamente, extrajo un brillante dólar del bolsillo del gabán y lo depositó en la patita estirada. La moneda, con velocidad de rayo desapareció tras la mejilla, el rapaz se dió una vuelta de carnero, se paró sobre las manos y sacudiendo las piernitas en el aire gritó: ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

O'Hiddy sonrió más amablemente.

Acarició los enmarañados rulos del niño, que volvió a pararse en los pies, y pronunció en ruso una de sus frases salvadoras:

—Buenos días... ¿Cómo está?

Los niños rieron, y uno, regocijado, dijo escupiendo:

—Mira, conoce nuestro idioma, el cara de perro.

O'Hiddy quiso agregar algo más, pero la declaración amorosa a la linda señorita no venía al caso, y se conformó con largar un gruñido.

Pero de esta situación embarazosa lo salvó la voz de trueno de Bikov desde la ventanilla.

—Ptka... Señka... "Ratón"... a trabajar.

El mecánico levantó su gorra con amabilidad, saludó a los niños y se dirigió al muelle.

V

Entre los raspadores de caferina que tenía a su servicio Bikov, gozaba de fama especial un niño de once años, Mitka, de sobrenombre "El Ratón", el mismo que sacó al mecánico O'Hiddy el dólar nuevito.

Nadie sabía de dónde venía Mitka, quién era ni cuál era su apellido. Prov Kiriákovich lo recogió un par de años atrás en la rambla, una calurosa noche de otoño, medio muerto de hambre, lo alimentó un poco, y lo largó al trabajo.

Los demás chicos tenían familia, eran hijos de pobres obreros portuarios, de cargadores, de cesantes o de vagabundos. Mitka no tenía a nadie ni en Odessa ni a mil kilómetros en derredor. De todas las averiguaciones el único dato que se pudo obtener de él es que su madre llevaba una pollera azul. Pero en el mundo hay muchas polleras azules y con este dato "El Ratón" tenía pocas probabilidades de poder encontrar la mamá que un día lo abandonó en el puerto.

Para la empresa de Prov Kiriákovich, Mitka resultó un verdadero tesoro. Parecía que el chico no tenía huesos. Su delgado cuerpecito se doblaba y retorcía en forma que en un hombre normal haría estallar los huesos y músculos.

Para el trabajo de Prov Kiriákovich esto era lo principal. Donde fracasaban los demás muchachos, se largaba al Ratón. Penetraba como una anguila en las cañerías más arduas y se deslizaba en rincones y curvas donde no se habría podido llegar sin desarmar completamente las máquinas.

En una ocasión se ingenió para deslizarse a lo largo de toda la cañería serpentina de una bomba refrigerad ra cuyos círculos no pasaban de un metro. Este truco le dió fama en todo el puerto, y los competidores de Bikov, en más de una ocasión ofrecieron a Mitka salario doble para hacer pasar esa maravilla a su lado. Pero Mitka, a pesar de que sólo recordaba el color de la pollera de su madre, tenía su código de honor. A esas ofertas respondía con gestos despectivos de su naricita puntiaguda, nariciia que junto con su flexibilidad sobrehumana le valían el sobrenombre de Ratón, y contestaba con sequedad:

—¿Entonces quiere que me parta con mi patrón como un canalla? El me dió de comer, me dió de beber. ¿Ahora quiere que yo le engañe? No, estoy bien con él.

Los competidores, disgustados, se retiraban. Hubo hasta una intentona para liquidar al Ratón; se contrató a diez muchachos para que "Cubrieran a Mitka con un abrigo", pero por casualidad los marineros del "Chijaier" llegaron a tiempo y lograron salvar al ensangrentado rapaz.

Fué así como el Ratón quedó con Bikov, guardando una fidelidad ejemplar a su primer patrón; y Prov Kiriákovich, que a menudo castigaba a sus raspadores por cualquier causa, jamás tocaba a Mitka, no por compasión sino por no estropear ese prodigio.

Habiendo recibido la orden de limpieza del "Magdalion", trabajo urgente y muy bien pagado, resolvió enviar a Mitka, sabiendo que él sólo haría el trabajo de diez. Entregó a los muchachos los raspadores, limas y martillos, y los despachó con Leiser, quien se encargaría de indicarles dónde anclaba el vapor.

O'Hiddy, una vez a bordo, se presentó al camarote del capitán Gibbins.

—Diablo —dijo, entrando y enjugándose la frente—, no puedo decir que este año hace en Odessa menor calor que

donde los turcos. Se me secaron todos los jugos. Ofrézame por lo menos un trago de su endiablado cherry.

—Echele, murmuró Gibbins llenando un vaso. ¿Y cómo anda el asunto de las calderas?

—Arreglado; Mr. Ilkov se encarga de hacerlo en dos días.

—All right. Hay otro telegrama del patrón. Está conforme en doblarnos la prima si acortamos el viaje de regreso en dos días.

El mecánico se tomó el vaso de un trago.

—Bueno, yo iré a ponerme mi traje de baño. No puedo vivir con este calor.

Se fué. El capitán Gibbins se recostó en el camarote y comenzó a dormitar.

VI

Recién terminaba O'Hiddy de salir del agua, cuando por la puerta del camarote asomó un fogonero.

—Mr. O'Hiddy, vienen a limpiar las calderas.

—Déjalos bajar a las máquinas, yo voy luego, contestó el mecánico mientras frotaba su cuerpo con una toalla peluda.

Se puso los pantaloncitos de baño, colgó la toalla y ágilmente descendió por la escalera metálica hacia las carboneras.

Leiser Zvibel saludó amablemente al mecánico.

—Ya van a comenzar. Son niños ágiles. Esté tranquilo.

Uno de los muchachos, al sonido de las voces, volvió la cabeza y en la semiobscuridad de las carboneras brillaron sus dientes esmaltados. El mecánico reconoció al niño a quien regaló un dólar.

Le golpeó el hombro, le guiñó un ojo y dijo de nuevo en ruso

—Buenos días... ¿Cómo está?

—No temas, tío, las limpiaremos —contestó alegre el Ratón— ¡Eh, niños, vamos!

Metió la lima y el martillo en el bolsillo, tomó el rastrador, y sonriendo de despedida al mecánico se deslizó de cabeza en la cuñería.

O'Hiddy esperó algunos minutos hasta que los niños hubieron desaparecido en las cañerías, y dirigiéndose a Zvibel le convidó amablemente a tomar café.

Leiser apreció este rasgo, y levantando muy en alto las piernas y agarrándose del pasamanos se arrastró tras el mecánico hacia arriba.

Sentado en el limpio camarote del americano, Leiser tomaba café dulce con "take" picante, y hasta se atrevió a tomar una copita de licor. Después de la copita recordó que tenía en Odesa un albergue muy sucio donde estaba su siempre hambrienta Raquel con sus nueve hijos; recordó que en las cercanías estaba el cuartel de policía y en el cuartel el Señor oficial, a cuyo señor oficial hay que darle mensualmente cinco rublos para que no moleste a Leiser. A causa de esos pensamientos le invadió la tristeza, y, ensimismado, comenzó a contar al mecánico, destrozando las palabras, sus pesares. El americano escuchaba amablemente, pero se aburría de modo visible. Leiser lo notó, se avergonzó, y se levantó para despedirse.

Pero la puerta del camarote se abrió bruscamente, y apareció el mismo fogonero:

—Perdone, Mr. O'Hiddy. Baje a las máquinas.

—¿Para qué?—preguntó el mecánico, visiblemente disgustado.

—Pasa allá algo desagradable. Uno de los muchachos se atascó en la cañería y no puede salirse.

—¡Goddan! —profirió un juramento el mecánico y salió fuera del camarote.

En la carbonera encontró al maquinista, los demás fogoneros y a los muchachos, todos reunidos alrededor de la boca de la cañería.

—¿Qué pasa? —preguntó enojado O'Hiddy—. ¿Cómo sucedió esto?

—Un niño se metió en la cañería y no salió por largo tiempo. Luego comenzó a gritar. Acudimos todos pero no podemos entenderle. Está llorando ahora.

—¡Oy! ¿Qué es esto? gritó Leiser que descendió tras el mecánico. Niños, expliquenme, ¿qué sucede?

—Mitka se quedó pegado en la cañería.

—Se metió y no puede salir

—Hay que sacarlo, gritaron los rapaces en diferentes voces.

Leiser metió la cabeza en la boca de la cañería, y conmovido por un llanto, sostenido, preguntó:

—Ratón, ¿qué significa esto? ¿Qué te pasó? Que se te sequen los hígados por dejarme en vergüenza a mí y al patrón.

La voz delgada del Ratón, interrumpida por el llanto, sonó apagada en la cañería.

—Me enredé, Leiser Abramovich. Que Dios me castigue si es culpa mía. ...Me deslizaba en la cañería... estaba muy estrecho... se me torció un brazo debajo de la barriga... no lo puedo sacar... duele—y el Ratón lloró de nuevo.

Leiser levantó los brazos.

—¡Se torció el brazo! ¿Han visto Uds. una broma igual? ¿Cómo se te puede torcer si se te paga para que no se te tuerza? Sal de ahí.

En la cañería se oyeron movimientos y quejidos.

—¡Oy!... no puedo... duele—llegó de adentro la voz.

Leiser dió varios saltitos en el mismo lugar.

—¿Me quieres arruinar, plojento? —gritó en la cañería—. Sal o le digo a Prov Kirlákovich que te arranque las dos orejas.

—No puedo.

—Oy, muchachos. El no puede. ¿Han oido? Petka, métete a la cañería y tómalo de ambos pies, y nosotros tiraremos de ti para sacarlos a ambos. Métete, mugriento. Oy, que sufrimientos con estos niños.

Petka se metió a la cañería; tras él se deslizó otro muchacho.

—Ténganlo por los pies. Más fuerte. No suelten —ordenaba Leiser—. ¿Pescaron? Bueno, niñitos, tiren ahora de los pies de Petka para sacarlos a todos.

Los niños, con algazara, pescaron los descalzos pies que asomaba por la cañería y arrastraron. De repente de la cañería salió un grito desgarrador, un grito de muerte que lanzó el Ratón.

—Oy, niñitos, palomitos... suelten... me duele... se está quebrando el brazo.

Los niños perplejos, soltaron los pies que asomaban por la cañería. Leiser palideció.

—No se intranquilice, señor mecánico —dijo dirigiéndose a O'Hiddy—, esto no es nada, voy a traer al señor Bikov, y él lo sacará en un minuto.

Se largó escalera arriba con una agilidad que habría hecho honor al mismo O'Hiddy.

Los restantes contemplaban severos la cañería que sollozaba.

—Hay que echar a la cañería aceite lubricante, dijo el maquinista; se pondría resbaladiza y entonces se podría sacar al niño.

O'Hiddy se asomó a la cañería. Estaba conmovido al enterarse que el que quedó enclavado era justamente el diablillo de los dientes blancos que le recordó New Orleans.

Sintió una gran lástima y deseando vehemente ser útil en algo, largó hacia la cañería con voz cariñosa:

—¡Halló! Buenos días . . . ¿Cómo está?

Los muchachos rieron. De la cañería, entre lágrimas llegó una respuesta triste:

—Mal. . . Duele el brazo . . . Como si estuviera quebraño . .

O'Hiddy no entendió nada, se intranquilizó más aún, y comenzó a tranquear, ida y vuelta, por el estrecho recinto delante de la caldera.

VII

La escalerilla de fierro sonó y tembló bajo el peso de Prov Kiriákovich en persona.

Sin siquiera mirar al mecánico que se le abalanzó al encuentro, Bikov rugió contra los niños atemorizados y reunidos cerca de la caldera.

—¿Qué es esto? ¿Han venido para divertirse? Los echaré a patadas, so excrementos de perros.

—El Ratón quedó enclavado, Prov Kiriákovich —gimió tímidamente Petka en respuesta al rugido del patrón.

La mano de Prov Kiriákovich tiró con fuerza la oreja del muchacho.

—¿De qué te estás quejando, so tu·ón? Se cnctavó... ¿A ti que te importa? A las cañerías. Andando. ¿O es que yo voy a limpiarlas por vosotros? ¿Uds. me pegaran. ao hijos de perra, si no alcanzó a hacer el trabajo en su debido tiempo? ¿Ah?

Los rapaces desaparecieron en la cañería.

Prov Kiriákovich se acercó a la maldita cañería.

—Mitka, llamó, qué es esto, so h' · de p... ¿Se te ocurrió chamboncar? Sal inmediatamente.

—Prov Kiriákovich, querido, n se enoje. Lo haría gozoso, no puedo. Se me torció del todo el brazo —se oyó la voz débil y apagada por el metal.

Bikov se congestionó.

—No me estes haciendo comedias, so diablo maligno. Sal te digo; si no, te rompo la jeta.

En la cañería se sintió llorar.

—Máteme mejor, no puedo sufrir más. Duele.

Prov Kiriákovich se rascó la nuca.

—Parece que en verdad se enredó el perro. Habrá que amarrarlo con un cordel de las patas y sacarlo a la fuerza.

Leiser se acercó con cautela por detrás.

—¡Oy, que desgracia, que desgracia! Ya hemos probado, no sale. El señor maquinista dice que hay que echar a la cañería aceite lubricante para pcnerla resbaladiza.

—Chit, judío —cortó Bikov—; sin tu consejo lo sabemos. Dile a los gringos que traigan aceite.

Un fogonero canadiense, alto, trajó un balde de aceite, espeso. Prov Kiriákovich se sacó el brilloso paletó y, tomando vuelo, vació el aceite en la cañería.

—Un palo con un trapo—ordenó al asustado Leiser, y recibiéndolo comenzó a frotar la cañería.

—Otro balde.

El segundo balde vació su líquido espeso en la cañería.

—Petka, perro. Arrástrate en la cañería con el cordel. Amárralo de las patas.

Petka se metió en la cañería. Por sus sucias mejillas rodaban sin parar las lágrimas. Temblaba de susto y compasión por el Ratón.

Al rato salió todo negro y pegajoso del aceite

—Está amarrado—murmuró ahogándose por los espasmos del llanto.

Prov Kiriákovich enredó el cordel alrededor del brazo, lo pasó por encima del hombro y plantó el tirón. La cabeza salió en un grito desgarrado, salvaje.

—No berrees —rabió Bikov— ¡Qué delicado! Aguántate, ya lo sacaré.

Por segunda vez tiró con fuerza del cordel, y la carcajada se heló de gritos locos de dolor insoportable. Antes de que pudiera repetirlo por tercera vez, O'Hiddy lo apartó del cuerpo y lo tiró a un rincón sobre un montón de escombros. Los labios del mecánico temblaban.

—Dígale que no permitiré martirizar al niño— gritó a Leiser.

Bikov se levantó, pálido de rabia.

—Es tú, Judío; dile que si es así que se las arregle solo. Y si no quiere, que rompa la cañería.

Leiser, aterrorizado, tradujo.

O'Hiddy sacudió la cabeza.

—Bueno. Iré a informar al capitán.

Subió por la escala y desapareció en la claraboya. Prov Kiriákovich quiso volver a tirar del cordel; pero el canadiense levantó amenazante la mano, y Bikov quedó inmóvil.

La cabeza de O'Hiddy apareció en la claraboya.

—Mr. Zvibel, suba e invité también a Mr. Bikov; el capitán desea hablar con Uds.

Prov Kiriákovich escupió, se arregló y se arrastró hacia arriba.

El capitán Gibbins estaba al lado de la claraboya con las cejas muy contraídas.

Pidió que le explicaran lo que sucedía, y habiendo escuchado la respuesta de Leiser, dijo lentamente y en voz baja:

—No puedo permitir que se desarme la caldera sin la autorización de la Cía. y los dueños de la carga. Voy a cablegrafiar urgente a New Orleans. Mientras tanto, trate de librar al niño.

Bikov descendió a las calderas. Se echó más aceite en la cañería, probaron a tirar lentamente y con cautela, pe-

ro cada movimiento ocasionaba al Ratón dolores insufribles, y el recinto se llenaba de gritos desgarradores.

El niño lloraba y rogaba que lo mataran de una vez.

Así siguió el asunto hasta la noche. Bikov se fué. Los fogoneros comentaban preocupados y escuchaban el fuelle apagado.

—Hay que pasarle alimentos por el otro extremo —dijo el canadiense—; de otro modo no resistirá.

Uno de los fogoneros fué a buscar alimentos a la cocina.

VIII

Por la mañana el capitán Gibbins recibió respuesta a su cable urgente.

Lo leyó en su camarote y meneó la cabeza.

El patrón comunicaba que no admitía retraso y que cargaba toda la responsabilidad moral y material sobre el capitán Gibbins.

"Siempre podremos conseguir un capitán que cuide mejor los intereses de la firma", terminaba el telegrama.

El capitán Gibbins cerró los ojos y vió a su mujer y a sus dos hijos. Por un momento su cara perdió la expresión de inmutable tranquilidad. Dobló el telegrama y salió a cubierta. Bikov, frente a O'Hiddy, meneando los brazos explicaba algo acaloradamente a Zvibel.

Zvibel se dió vuelta y clavó sus febriles pupilas en la cara del capitán.

—Mr. capitán, ¿ha recibido usted ya la respuesta?

—Recibí— contestó seco Gibbins—. Digale a Mr. Bikov que no me retrasaré ni por una sola hora. Esta noche las calderas tienen que estar encendidas, y mañana temprano abandonaremos el puerto. Si no saca al rapaz tendrá que pagar todas las pérdidas de la Cía. y mías.

Bikov apretó los puños y largó un fuerte juramento.

—Maldito producto híbrido... Si por lo menos reventaras en la cañería, hijo de perra.

Leiser se estremeció.

—¿Qué cosas dice, Prov Kirilóvich? Hasta da terror escucharlas. ¿Qué culpa tiene el niño para que muera en este lugar tan malo?

—Ándate al diablo—contestó furioso Bikov, y se dirigió a las carboneras.

¡Hasta la hora de almuerzo la gente, en las carboneras, se esforzó en inventar algún método para sacar al muerto!

El canadiense trajo un gancho y trataba de enganchar el saco que tenía puesto el Ratón. El gancho ya resbalaba, ya arrancaba trozos de arpillera sin utilidad alguna.

Al fin el ingeniero, cansado, tiró el gancho.

El Ratón ya no contestaba a los llamados, sólo emitía ligeros quejidos.

La campana llamó a la gente a almorzar. Bikov se encogió el sombrero y se fué donde el capitán, ordenando a Leiser que le siguiera.

—¿Y qué, lo sacaron?—preguntó Gibbins mascando el beefsteak.

—No resulta nada, Mr. capitán. Oy, qué caso más terrible—comenzó Leiser; pero Bikov le interrumpió. Se apoyó con las manos en la mesa, y su cara de color ladrillo repentinamente palideció.

—Dile, Leiser—comenzó en voz baja, aunque nadie podía entenderlo fuera de Zvibel—, dile que sacar al perro es imposible, y que yo no estoy en condiciones de soportar la pérdida. ¿De dónde saco yo tanto dinero? Que encienda las calderas con el niño, tal como está.

Leiser, cuedó sin aliento.

—Oy, Prov Kiriákovich, ¿cómo se puede bromear así? ¿Cómo le diré a un capitán americano que queme a un ser humano? Mejor dígaselo Ud. mismo, yo no puedo. Dios se apartará de mí y de mis hijos.

Bikov se agachó por encima de la mesa.

—Oye, Leiser, murmuró, yo no bromeo contigo. No quiero quedar de pordiosero a causa de ese rapaz. Aquí tienes mi palabra. Si no se lo dices al capitán, juro por la cruz que te acusaré al jefe de policía de que anduviste por la calle con una bandera roja gritando: "abajo el Zar".

Leiser sintió que por la espalda le corría un ligero temblor; pero aún intento luchar.

—¿Y qué?—dijo con lastimera sonrisa—. El señor oficial no dirá nada. Todo honorable individuo con bandera roja gritando "abajo el Zar".

—¿Y a Schlikerman, lo recuerdas?

Zvibel quedó pensativo. Recordó el cuerpo de Schlikerman, desfigurado por los golpes recibidos en la policía, y se resolvió.

—Suyo es el pecado, Prov Kiriákovich. Bueno, se lo diré al capitán.

El capitán Gibbins escuchó callado, levantó las cejas y ningún músculo tembló en su cara lisa. Sacó la pipa de la boca y contestó:

—Dígale a Mr. Bikov que es un canalla, pero no me queda nada más que hacer. Que se las arregle como pueda... no he oído nada, ni deseo oír. Pero en la noche las calderas estarán encendidas.

Bikov apretó los labios y salió junto con Zvibel. El capitán llenó un gran vaso de whiskey, lo bebió sin separar los labios del vaso y se cubrió los ojos con la mano.

IX

En la carbonera no había nadie fuera de los muchachos. Los americanos aún no volvían del almuerzo. Prov Kiriákovich miró a su alrededor y llamó a Petka.

—Métete a la cañería donde está el Ratón, amárrate este cordel a los pies. Cuando lleguen los gringos trataré de sacarte y tú gritas como que no fueras Petka sino el Ratón.

—¿Para qué, Prov Kiriákovich?

—A ver si te dejas de preguntas. Y cuando te saque, llorás como de alegría. Y si no, al momento cuentas arregladas y al diablo. Y ustedes callarse, gritó a los tres restantes muchachos.

Petka desapareció en la cañería. Arriba se oyeron pasos de gente que descendía por la escalera.

Zvibel se atrevió a tomar Bikov por la manga.

—Prov Kiriákovich, ¿de veras ha resuelto Ud. sacrificar a un niño inocente?

Bikov lo miró.

—Qué compasivos son Uds. los judíos, — dijo, perplejo—; puede que sea por esto por lo que los persiguen en todos los países—; y agregó, hirviendo de repente de ira—:

¡es tuyo ahora! ¿A ti qué te importa? Yo lo encontré y yo respondo por él. De todas maneras es sin familia, sin casa; nadie preguntará por él. Y yo diré que se fué con los ingleses.

Leiser hizo un gesto vago con la mano y se apartó. Los ingenieros se acercaron de nuevo a la cubierta. Bikov tiró del cordel. Petka lanzó un grito y el cordel comenzó a ceder.

—Tiene... Tiene... —gritó Bikov—, y los ingenieros, entusiasmados por instantes, se aferraron del extremo. Apareció un pie de Petka, luego otro, salió el cuerpo, y Petka, con los brazos bien abiertos, cayó de bruces sobre el suelo de tierra sembrado de afilados trozos de carbón.

Se golpeó fuertemente la frente y lloró sin tener que simular.

Los ingenieros lo pescaron alegremente y se lo llevaron hacia arriba.

En la cubierta uno de ellos secó la sangre de la frente del niño y quiso limpiarle la cara, negra de cillín y aceite; pero Bikov le quitó al niño y se lo llevó apurado hacia la salida. En el camino toparon con O'Hiddy que salía al ruido de las voces.

—¿Qué? —preguntó el mecánico.

El canadiense, nervioso, le contó qué habían sacado al niño.

O'Hiddy se acercó a Bikov. Quiso decir algo al niño salvado y con cariño le pasó la mano por los pelos enmarañados. Petka lo miró, abrió la boca, y el mecánico vió unos dientes negros y cariados.

Quitó la mano y continuó mirando hasta que Bikov con el niño desaparecieron tras la esquina de las bodegas. El mecánico se apartó de la borda y descendió a las cubiertas inferiores. Los niños recogían las herramientas y se disponían a retirarse.

O'Hiddy esperó hasta que hubieron subido. Tomó un gancho y lo metió profundamente en la cañería. El gancho topó con un obstáculo blando, y O'Hiddy escuchó unos quejidos apenas perceptibles, como si vinieran de debajo del agua.

Tiró el gancho y en un par de tirones subió la masa

En la cubierta disminuyó el paso y golpeó en la puerta de la cabina del capitán.

Gibbins, con sorpresa, miró al mecánico, vió sus azules pupilas dilatadas, su cara pálida cubierta de sudor.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Fred, se ha cometido un crimen. Ese canalla de contratista nos engañó. Sacó de la cañería a otro muchacho. El primero quedó adentro. Está ya casi muerto, ni quejarse puede.

El capitán Gibbins dejó caer la cabeza.

—Lo sé, O'Hiddy.

El mecánico, de un salto, se apartó al otro extremo del camarote.

—¿Cómo? ¿Ud. lo sabe?

—Lo sé.—El capitán Gibbins, con dedos temblorosos, encendió su pipa.—No tenemos otro remedio. Debemos partir mañana temprano. Esta noche Ud. encenderá las calderas.

—¿Y el niño?

El capitán Gibbins levantó la cabeza y miró de frente a los ojos del mecánico.

—Escúcheme, O'Hiddy. Si no cumplo la orden del patrón, me echará del puerto y no me aceptarán en ninguna otra Cía. Yo tengo mujer y niños. Ud. es solo. Yo sé que cometo un crimen, pero soy humano, O'Hiddy, y mis hijos me son muy caros. Ud. es soltero y no lo entenderá. Cuando pienso lo que puede suceder con mis hijos, tomo esta terrible responsabilidad sobre mí.

—¿Y la gente?

—La gente no sabrá nada si Ud. no les cuenta. Y Ud. no les dirá nada, O'Hiddy, porque no querrá la muerte de mis hijos. A este muchacho ya es imposible salvarlo. En dos horas más y se ahogará. A las siete echaremos carbón a las calderas. Y nunca más volveré por acá.

O'Hiddy apretó sus sienes. Le parecía que la cabeza le iba a estallar como un globo de goma inflado.

—Bueno. Me callaré. Que Dios nos perdone, a mí y a Ud., Fred.

El "Mary Dalton" partió con su carga completa a las
nueve de la mañana.

La dársena estaba desierta en la mañana y sólo con-
tra los bodegas se apreciaba una figura agachada cubierta
de una lona alcatada.

Lester Zirbel venía a acompañar el vapor, porque
era justo y tenía un derecho compasivo que los demás des-
preciaban.

Se fue del puerto llevando sobre su espalda encorvada
un peso invisible pero horroroso.

El "Mary Dalton" atravesó sin contratiempo el Bósforo
y el Gibraltar, y salió a la inmensidad gris del Atlántico,
a la ruta marcada hace cinco siglos por un genovés per-
dido.

Pero, ya en la primera noche de esa travesía oceánica,
el mecánico O'Biddy, a la vista de los centinelas, se arrojó
al agua. Fueron tripulados los botes, pero las búsquedas re-
sultaron inútiles, y el capitán Gibbins, en una corta nota,
apuntó en el libro la muerte del mecánico.

Durante once días de navegación el océano recibió al
"Mary Dalton" con brisas suaves, y en todo el tiempo no
se vió una sola ola. Al duodécimo día el vapor entró al
puerto de New Orleans, y se recostó con su borda contra
el muelle.

El patrón, junto con el dueño de la carga, subieron
a bordo para agradecer al capitán la rápida y feliz tra-
vesía.

—Le daremos fuera del premio una remuneración es-
pecial, y la firma Lensby ha resuelto ofrecerle también
una recompensa. ¿Y cómo se arregló esa dificultad en
Odessa?

El capitán Gibbins se inclinó.

—Les agradezco. Es una historia sin interés; si no
prefiere se la contaré mañana — contestó el capitán Gib-
bins.

Llevaba puesta su gorra azul con galones, y entre los
dientes la pipa mordida. Su cara estaba lisa y tranquila.

De noche, cuando la gente bajó con permiso a tierra,
a bordo solo quedaban dos centinelas, el capitán Gibbins

bajo a las cabezas. Tomó un rastrillo largo y lo metió en la caldera.

Sobre la rejilla de la caldera cayó un cráneo y un montoncito de huesos. El capitán volvió a meter el rastrillo y sacó algo que al caer sonó como metal. Se agachó y levantó una pequeña cajita de lata toda arrugada por el calor.

Juntó los huesos en un mantel y volvió al camarote. Trató de abrir la cajita y sólo pudo conseguirlo con la ayuda del cuchillo. Dentro había varios botones y un dólar ennegrecido por el fuego.

Por un momento la cara del capitán se contrajo como por un brusco y agudo dolor de muelas.

Por la mañana el capitán Gibbins entró donde un conocido joyero y le rogó engastar el obscurecido dólar en la tapa de su tabaquera de plata.

—¿De dónde lo sacó?— preguntó el joyero, teniendo el dólar en su mano regordeta.

El capitán Gibbins contrajo el ceño.

—No tengo deseos de conversar sobre el asunto. Es una historia triste. Pero quiero conservar esta moneda como recuerdo.

Saludó atentamente al joyero y salió a la calle con su cara lisa y tranquila.

Caminaba por la calle ruidosa hacia la oficina del patrón donde tras los cristales de las ventanas traqueteaban las teclas su labor enigmática.

AK Y LA HUMANIDAD

Por JEFIM SOSULIA

I

SE FIJAN CARTELES

Casas y calles presentaban el aspecto habitual. El cielo aparecía corrientemente en las alturas con su perpetua uniformidad. Las miradas grises de los adoquines lo miraban impenetrables e impasibles como siempre. De repente, como traídas por el soplo de la peste, surgieron varias personas de cuyas caras caían gruesas lágrimas en pelos de engrudo. Fijaban carteles. Lo que éstos anunciaban era sencillo, implacable, fatal. Decían:

"¡A todos sin excepción!:

La comprobación del derecho de los habitantes de la ciudad a su vida se realizará por distritos, hallándose a cargo de Comisiones trimembrales del Colegio de la Resolución extrema. Reconocimiento facultativo y psíquico tendrá lugar allí mismo. Los habitantes cuya existencia sea considerada superflua están obligados a quitarse la vida en el término de veinticuatro horas. Dentro de este plazo se admitirán reclamaciones. Estas deben ser entregadas por escrito al Comité del Colegio de la Resolución extrema y serán contestadas a lo sumo en el término de tres horas. En caso de que haya habitantes que, por debilidad de voluntad o amor a la vida, no sean capaces de poner fin a su existencia, la sentencia del Colegio de la Resolución extrema será ejecutada por amigos o vecinos, o bien por secciones especiales armadas.

Observaciones

1.ª Los habitantes de la ciudad tienen que someterse por completo a los actos y acuerdos del Colegio

de la Resolución extrema. Todas las preguntas deben ser contestadas enteramente con arreglo a la verdad. De cada persona reconocida como superflua se levantará un acta descriptiva de su carácter.

2.º La precedente disposición será ejecutada con inflexible firmeza. La escoria humana, que impide la reconstrucción de la vida sobre la base de la justicia y la felicidad, será suprimida sin miramientos. El decreto afecta a todos los ciudadanos sin excepción, hombres, mujeres, ricos y pobres.

3.º Queda prohibido en absoluto salir de la ciudad durante los trabajos de comprobación del derecho a la vida.

II

PRIMERAS ONDAS DE EMOCION

—¿Ha leído usted?
—¡¿Ha leído usted?!
—¡¡¿Ha leído usted?!! ¡¡¿Ha leído usted?!!
—¡¿Ha visto usted?! ¡¿Ha oído usted?!
—¡¡¿Ha leído usted?!!

En todas partes de la ciudad comenzaron a apiñarse masas de gente. Se interrumpió la circulación. Las personas, atacadas de debilidad repentina, se reclinaban contra las paredes. Muchas lloraban. Otras cayeron desvanecidas. Su número fué aumentando y llegó a ser enorme al anochecer.

—¿Ha leído usted?
—¡Horrible! ¡Espantoso! ¡Inaudito!
—¡Y nosotros mismos hemos sido los que hemos elegido el Colegio de la Resolución extrema, los que le hemos dado plenos poderes!
—¡Sí, sí; es verdad!
—Nuestra propia terrible ligereza tiene la culpa de esto.
—Tiene usted razón, nuestra es la culpa. Pero nosotros queríamos mejorar la vida. ¿¿Quién habría pensado que el Colegio iba a solucionar la cuestión con tan espantosa sencillez?!

—¡Y hay que ver, que elementos forman el Colegio! ¡Qué elemento!

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Ha sido publicada ya la lista?

—¡Me lo ha dicho un conocido! ¡Ah ha sido elegido presidente!

—¿Qué dice usted? ¿Ah? ¡Qué suerte!

—Sí, sí. ¡Es un hecho!

—¡Qué suerte! ¡Es una persona íntegra!

—¡Naturalmente! No hay por qué perder la tranquilidad: ¡Así serán eliminadas las escorias humanas! ¡No habrá injusticias!

—Y diga usted, apreciable amigo, ¿piensa usted que me dejarán vivir? ¡Yo soy una buena persona! Ya sabe usted que me tocó la china de un naufragio, en el cual veinte pasajeros se refugiaron en un bote de salvamento. El bote no podía soportar tan excesiva carga, la muerte amenazaba a todos. Cinco tenían que saltar por la borda, a fin de que quince pudieran salvarse. Y yo fuí uno de esos cinco. Me lancé voluntariamente al mar. ¡No me mire usted tan desconfiadamente! Ahora soy viejo y débil, pero entonces era joven y audaz. ¿No oyó usted hablar de esto en aquella época? Lo trajeron todos los periódicos. Los otros cuatro se ahogaron. A mí me salvaron por casualidad. ¿Cree usted que me dejarán vivir?

—¿Y a mí, ciudadano? ¿Y a mí? Yo he dado a los pobres toda mi fortuna. Hace ya mucho tiempo. Tengo pruebas documentales.

—No lo sé. Todo depende del punto de vista y la finalidad del Colegio de la Resolución extrema.

—Permítame que le diga, apreciable ciudadano, que la simple utilidad para sus familiares no justifica del todo la existencia de un hombre. De lo contrario, hasta la más estúpida niñera tendría derecho a la vida. ¡Es es anticuado! ¡Qué retrógrado es usted!

—¿En qué consiste, pues, el valor de un hombre?

—No lo sé.

—¿De manera que no lo sabe usted? Y si no lo sabe usted, ¿a qué nos viene usted con sermones?

—Dispense usted, trato de explicarlo lo mejor que puedo.

—¡Ciudadanos! ¡Ciudadanos! ¡Mirad! ¡Mirad cómo corre la gente! ¡Qué barahúnda! ¡Qué pánico!

—¡Ay, mi corazón! ¡Mi corazón! ¡Dios mío! ¡Salvaos! ¡Salvaos!

—¡Alto! ¡Deteneos!

—¡No aumentéis el pánico!

—¡Deteneos!

III

LA HUIDA

Una multitud huía a través de las calles. Adolescentes de rosadas mejillas corrían con expresión de infinito espanto. Modestos empleados de comercios y oficinas. Novios con blancas camisas almidonadas. Miembros de orfeones masculinos. Gente. Profesionales del chascarrillo. Jugadores de billar. Visitantes de sesiones nocturnas de cine. Ambiciosos, haraganes, estafadores con blancas frentes y cabellos rizados. Visitantes de casas de lenocinio. Gargantas embreadas. Bromistas, pendencieros, tipos estrafalarios, enamorados, ciclistas, deportistas membrudos, charlatanes, embaucadores, hipócritas melenudos, melancólicos indignos de ojos negros y lánguidos, tras cuya juventud se ocultaba un vacío glacial. Jóvenes avaros de sonrientes y carnosos labios, aventureros sin objetivo, fanfarrones, provocadores de escándalos, infelices inefables, pillos inteligentes.

Corrían mujeres gordas, glotonas y holgazanas. Pendones delgaduchos, exigentes, aburridas y poseídas de furia uterina. Esposas de tontos y sabios, chismorreras, adúlteras, envidiosas y avaras; pero todas con el terror retratado ahora en el semblante. Gansitas pretenciosas, pavitas delicadas que por aburrimiento se teñían los cabellos, cortesanas indiferentes, solas, desamparadas, desconcertadas, rogando, implorando, y las cuales de miedo habían perdido la belleza protectora de las formas.

Corrían ancianos esqueléticos, viejos panzudos, patizambos, altos, guapos. Abortos. Caseros, prenderos, carceleros, tenderos de comestibles, joviales propietarios

de prostíbulos, luengos de pelo sin peinado a fuga, acreditados padres de familia que se habían cebado en joyas y libertinos barrigudos.

Corrían en una masa apretada, dura, que se movía hacia adelante. Quintales de telas sudorientas envolvían sus cuerpos y miembros. Bajaban unos sobre otros, por encima de las camas, mudas y abandonadas, resonaba el eco ensordecedor de quejas y maldiciones.

Muchos corrían llevando consigo su propiedad. Con crispados dedos arrastraban cojines, cestas y cajones; agarraban joyas, niños, dinero; gritaban, volvían la cabeza, se retorcían las manos y seguían corriendo.

Pero se les obligó a volver para atrás. Hombres, semejantes seres, disparaban contra ellos; les salieron al encuentro, les cortaron el paso, golpeándolos con estacas, palos, piedras, mordiéndolos, profiriendo gritos horripilantes y las masas retrocedieron, dejando atrás el campo muertos y heridos.

Al anochecer, la ciudad había recobrado su aspecto habitual. Los habitantes estaban temblando en sus viviendas y se revolvían en sus camas. En los estrechos y febriles cráneos palpitaban desesperadas esperanzas como llamitas breves y puntiagudas.

IV

EL PROCEDIMIENTO ERA SENCILLO

—¿Cómo se llama usted?
—Boss.
—¿Edad?
—Treinta y nueve.
—¿Profesión?
—Me dedico a llenar fundas de cigarrillos.
—¡Diga usted la verdad!
—Digo la verdad. Hace catorce años que trabajo honradamente y alimento a mi familia.
—¿Dónde está su familia?
—Aquí. Esta es mi mujer. Y este es mi hijo.
—¡Doctor!, reconozca usted a la familia de Boss.
—Bien.

—¿Qué hay?

—El ciudadano Boss está anémico. Su estado general es mediano. La mujer padece dolor de cabeza y reumatismo. El muchacho está sano.

—Está bien, doctor. Su misión ha concluido. Ciudadano Boss, ¿qué placeres tiene usted, qué ama usted?

—Amo a los hombres y la vida en general.

—Más concreto, ciudadano Boss, dispongamos de poco tiempo.

—Amo... ¡Vaya!... ¿Qué amo?... Pues amo a mi hijo..., que toca muy bien el violín...; me gusta comer, aunque no soy un tragón...; amo a las mujeres...; veo con gusto pasar por la calle a bellas muchachas y mujeres...; por la noche, cuando estoy cansado, me agrada descansar..., me agrada llenar cigarrillos..., llevo quinientos en una hora... Y amo mucho más aún... amo la vida...

—Tranquilícese usted, ciudadano Boss; deje de llorar. ¿Qué dice usted de este caso, psicólogo?

—¡Escoria, colega, escoria! ¡Existencia lamentable! Temperamento semiflemático, semisanguíneo. Actividad débil. Ultima categoría. Sin esperanza de mejoramiento. Pasividad: 75 por 100. Y este porcentaje es más elevado aún en su mujer. El muchacho es un zoquete, pero puede ser que... ¿Qué edad tiene su hijo, ciudadano Boss? ¡Acabe usted de una vez con sus lloriqueos!

—Trece años.

—No tenga cuidado. Su hijo continuará viviendo cinco años de prórroga. En cuanto a usted...; en fin, esto no es de mi competencia. ¡Resuelva usted, colega!

—En nombre del Colegio de la Resolución extrema: Con objeto de limpiar la vida de supérfluas escorias humanas y existencias indiferentes, que son un obstáculo para el progreso, le ordeno a usted, ciudadano Boss, y a su mujer, quitarse la vida en el término de veinticuatro horas. ¡Calma! ¡No grite así! ¡Sanitario, dé usted a la mujer algún calmante! ¡Llamen a la guardia! ¡El niño no va a poder sujetarla!

V

LAS ACTAS DEL ARMARIO GRIS

El armario gris estaba en el corredor del edificio de la administración central del Colegio de la Resolución extrema. Tenía el aspecto habitual, sólido y reflexivo-simple de todos los armarios. No media tres varas de largura ni de anchura, pero era, no obstante, la tumba de algunas miles de vidas. Ostentaba dos breves letreros:

CATALOGO DE SUPERFLUOS

ACTA DE CARACTERES

En el catálogo había diversas secciones, entre ellas, las siguientes:

"Impresionables, pero incapaces de discernir"
"Menos de inflación".
"Pasivos".
"Descentrados".
Y así sucesivamente.

Las características eran cortas y objetivas. A veces contenían expresiones irónicas, en cuyo caso se hallaba siempre al margen el lápiz rojo con que Ak, el presidente del Colegio, indicaba que los superfluos no debían ser objeto de burla.

He aquí algunas actas:

Superfluo número 14.70

Salud mediana. Visita a conocidos que no le necesitan ni tienen interés en verle. Da consejos. En sus buenos años sedujo y abandonó a una moza. Uno de los mayores acontecimientos de su vida fué para él la adquisición de muebles después de su casamiento. Cerebro perezoso y blando. Rendimiento de trabajo nulo. Al preguntarle cuál era lo más interesante que había visto en su vida, empezó a hablar del Hotel Ritz de París. Ínfima clase de filiteo. Corazón débil. En 24 horas

Superfluo número 11.623

Trabaja de tonelero. Clase mediana. El oficio no le causa alegría. Pensamientos con tendencia a la más mínima resistencia. Sano de cuerpo. Mentalmente padece la más primitiva enfermedad: temor a la vida; temor a la libertad. En los días de fiesta y las horas libres se emborracha con alcohol. Durante la Revolución tuvo un arranque enérgico: llevó lacito rojo, compró patatas y todo lo accesible por miedo al hambre. Se jacta de su origen proletario. No tomó parte directa en la Revolución: tenía miedo. Le gusta la crema. Pega a sus hijos. Ritmo de vida: proporcionadamente desenmarañador. En 24 horas.

Superfluo número 15.201

Sabe ocho idiomas. Los habla de una manera que en seguida le entran a uno ganas de bostezar. Le gustan mecanismos de chisqueros y botonaduras de camisas. Muy pagado de sí mismo. Funda su orgullo en la linfática. Exige alta consideración. Murmura. Ante la verdadera vida es indiferente como un buey. Teme a los mendigos. En su vida de relación es dulzarrón y siento por cobardía. Le agrada matar moscas y otros insectos. Experimenta raramente alegría. En 24 horas.

Superflua número 4.356

Cuando se aburre arma broncas con los criados. Come a escondidas la nata de la leche y la grasa de la sopa. Lee novelas insulsas. Se revuelca todo el santo día en la "chaise-longue". Su sueño más elevado: un vestido de mangas amarillas, acampanado a los lados. Un inventor de valía la amó durante veinte años. Ella no sabía lo que él era y le tomó por un electrotécnico. Le dió calabazas y se casó con un fabricante de cueros. No tiene hijos. Tiene caprichos infundados y llora. Se desnuda en la noche, manda preparar el samovar, toma té y sueña. En 24 horas.

VI

EN EL TRABAJO

Alrededor de Ak y el Colegio se reunió una serie de funcionarios especialistas. Médicos, psicólogos, observadores, escritores. Todos trabajaban con enorme rapidez. Había ocasiones en que un par de especialistas mandaban en una hora al otro mundo a un buen centenar de personas. En el armario gris se amontonaban miles de actas, en las cuales el laconismo de la fórmula corría parejas con la ilimitada arrogancia del autor.

En el edificio de la Administración Central se trabajaba a todo trapo de la mañana a la noche. Era un constante ir y venir de las comisiones de distrito, un ir y venir de las secciones de ejecución. Lo mismo que en la redacción de un gran periódico, había sentados a las mismas mesas hombres que escribían con dedos rápidos, duros e irreflexivos.

Ak contemplaba todo esto con sus ojos estrechos, firmes e impenetrables, y rumiaba el pensamiento, inicamente comprensible para él, a causa del cual sus espaldas se iban encorvando y su cráneo tormentoso y obstinado encanecía cada vez más.

Algo surgió entre él y estos funcionarios, algo se erguía entre sus pensamientos tensos y desvelados y las manos ciegas e irreflexivas de los ejecutores.

VII

LAS DUDAS DE AK

Un día los miembros del Colegio de la Revolución extrema fueron a la Administración Central para informar a Ak y celebrar su diaria consulta con él.

Pero Ak no se hallaba en su sitio habitual. Se le buscó y no se le encontró. Se mandaron ordenanzas, se telefoneó y no se logró dar con su paradero.

Al cabo de dos horas de busca e indagación se encontró casualmente en el armario gris.

Ak estaba sentado sobre las pilas de actas de

personas eliminadas y meditaba con una tensión desacostumbrada incluso en él.

—¿Qué hace usted aquí?—le preguntaron.

—Ya lo ven, pienso—respondió Ak cansado.

—¿Pero por qué en el armario?

—Este es el lugar más adecuado. Pienso en los muertos, y para pensar productivamente en ellos no hay cosa mejor que meditar ante las actas de su aniquilamiento. Tan sólo cuando uno está sentado sobre los documentos del aniquilamiento de los hombres, logra conocer su vida, rara en alto grado.

Alguien dejó oír una risa seca y superficial.

—¡No se ría usted— exclamó Ak blandiendo una de las actas—, no se ría usted! Parece ser que el Colegio de la Resolución extrema atraviesa por una crisis. El estudio de las personas aniquiladas me ha llevado a buscar nuevos caminos hacia el progreso. Ustedes han aprendido todo lo necesario para probar breve y vesanamente la superfluidad de esta o aquella existencia. Incluso los más incapaces de entre ustedes pueden realizar esto de un modo convincente con un par de fórmulas. Y yo estoy sentado aquí y pienso si nuestro camino ha sido acertado.

Ak volvió a sumirse en reflexiones, luego suspiró amargamente y dijo en voz baja.

—¿Qué hacer? ¿Dónde hallar una salida? Cuando se estudia a los hombres vivos, se llega a la conclusión de que tres cuartas partes de ellos deben ser eliminados, y cuando se estudia a los matados, no se sabe si se ha elegido el mejor procedimiento. ¿No debiera habérseles tratado con cariño y compasión? Aquí entra para mí la cuestión humana en un callejón sin salida; aquí se halla la trágica presa de la historia de la humanidad.

Ak calló, lleno de pena, y volvió a escarbar en la montaña de actas de la muerte, leyendo y recorriendo ansiosamente su mordente pobreza de expresiones.

Los miembros del Colegio se retiraron. Ninguno replicó. En primer lugar, porque era inútil replicar a Ak. En segundo lugar, porque no osaban replicarle. Pero todos presentían la madurez de nuevas resoluciones, y casi todos estaban descontentos: la cosa se hallaba ya en marcha, era clara y concreta, y ahora iba a sufrir, evidentemente, una alteración. ¿Pero cuál?

VIII

CRISIS

Ak desapareció.

Se le buscó por todas partes y no se le encontró. Alguien dijo que Ak se encontraba en las afueras de la ciudad, sentado en un árbol y llorando. Luego se dijo que Ak se hallaba en su jardín, andando a gatas y comiendo tierra.

La actividad del Colegio de la Resolución extrema aumentó a pasmosa velocidad. Desde la desaparición de Ak, la labor no quería salir bien. Los habitantes instalaron férreos cerrojos en las puertas de sus casas y no dejaban penetrar en ellas a las comisiones de comprobación. En algunos distritos se llegó a contestar con carcajadas a las preguntas de los miembros del Colegio sobre el derecho a la vida, dándose incluso casos en que personas superfluas detuvieron a los miembros del Colegio de la Resolución extrema, sometieron a prueba su derecho a la vida y, para mayor sarcasmo, levantaron actas, que apenas se diferenciaban de las archivadas en el armario gris.

En la ciudad comenzó el caos. Hombres superfluos e indignos, que no habían sido eliminados aún, se volvieron tan cínicos que osaron comenzar a mostrarse en la calle, a visitarse mutuamente, a divertirse, a entregarse a toda clase de placeres e incluso a contraer matrimonios.

En la calle se saludaba la gente con expresiones como:

—¡Al fin! ¡Al fin! ¡Hurra!

—¡La comprobación del derecho a la vida ha concluido!

—¿No le parece a usted, ciudadano, que la vida se ha vuelto otra vez más agradable? Hay menos escoria humana. Hasta la respiración se ha vuelto más ligera.

—¿No le da a usted vergüenza, ciudadano? ¿Piensa usted acaso que los que han perdido la vida no tenían buen derecho a ella? ¡Oh, yo sí que conozco a algunos que no tienen derecho ni siquiera a una hora de vida.

y, sin embargo, viven y vivirán años y años! Y, por otra parte, ¡cuántas personalidades dignas y honradas han sido eliminadas! ¡Ah, si usted supiera!

—Eso no quiere decir. Errores son inevitables. Pero, diga usted, ¿sabe dónde está Ak?

—No lo sé.

—Ak se halla en las afueras de la ciudad, sentado en un árbol y llorando.

—Ak anda a gatas y come tierra.

—¡Que llore!

—¡Que coma tierra!

—¡Os alegráis demasiado pronto, ciudadanos! ¡Demasiado pronto! Ak regresa esta noche, y el Colegio de la Resolución extrema comenzará de nuevo su labor.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me consta. Aún ha quedado mucha escoria humana. ¡Es preciso limpiar, limpiar, limpiar!

—¡Es usted muy severo, ciudadano!

—¡Me importa un pito!

—¡Ciudadanos! ¡Ciudadanos! ¡Mirad! ¡Mirad!

—¡Se fijan nuevos carteles!

—¡Ciudadanos! ¡Qué alegría! ¡Qué dicha!

—¡Ciudadanos! ¡Leed!

—¡Leed!

—¡¡Leed!! ¡Leed!

IX

SE FIJAN CARTELES

A través de las calles corrían los hombres jadeantes con botes llenos de engrudo. Montones inmensos de carteles de color de rosa viva producían al desenrollarse un alegre chasquido y eran pegados ostentativamente sobre las paredes de las casas. Su contenido era comprensible, claro y simple:

"¡A todos sin excepción!

A partir de la aparición del presente decreto, se permite vivir a todos los habitantes de la ciudad. ¡Vivid, multiplicaos, llenad la tierra! El Colegio de la Resolu-

ción extrema ha renunciado a sus severas obligaciones y se ha transformado en Colegio de la Ternura extrema. Ciudadanos, todos sois bellos, vuestro derecho a la vida es indiscutible.

El Colegio de la Ternura extrema crea comisiones especiales de tres miembros, encargadas de visitar diariamente a la población en sus viviendas. Su misión es felicitar a los habitantes por el hecho de su existencia y registrar sus observaciones en "Actas de la Alegría". Además, los miembros de las comisiones tendrán derecho a preguntar a los ciudadanos cómo les va. Los ciudadanos harán el favor, cada uno con arreglo a su deseo, de contestar detalladamente a las preguntas, cosa que parece decididamente recomendable. Las "Actas de la Alegría" serán archivadas en el armario de color de rosa con destino a las generaciones futuras."

X

VUELTA A LA VIDA ORDINARIA

Se abrían puertas, ventanas, balcones. Resonaban voces humanas, risas, canciones, música. Señoritas gordas y torpes practicaban piano. Gramófonos carraspeaban de la mañana a la medianoche. También se tocaban violines, laúdes y clarinetes. Al anochecer los hombres se quitaban las chaquetas, se sentaban en los balcones, esparrancaban las piernas y eructaban de satisfacción. La circulación aumentó considerablemente en la ciudad. En motocicletas y taxis caracoleaban los mozos con sus novias. Nadie tenía ya miedo de salir a la calle. En las confiterías y cafés se despachaban cantidades enormes de pasteles y helados de frutas. Las tiendas de quincalla vendían espejos a montones. Los hombres no cesaban de mirarse a ellos. Retratistas y fotógrafos recibían infinitos encargos. Los retratos eran enfocados en un bello marco y adornaban la casa.

El sentimiento del propio valer y el amor a sí mismo aumentaron en proporciones increíbles. Las riñas y disputas se hallaban a la orden del día. Aparte de las expresiones usuales en tales casos, tomó carta de naturaleza la siguiente forma de duelo verbal:

—¡Usted ha quedado vivo por un error! ¡Se le debe el Colegio de la Resolución extrema la funcionado con mucha negligencia!

—¡Incluso con infinita negligencia, si se tiene en cuenta que aún existen sujetos como usted!

Pero, en general, estas querellas desaparecían sin eco en la corriente de la vida ordinaria. Los humanos ocupaban mejor su mesa, hacían mermeladas y frutas en conserva; la demanda de ropa interior de lana aumentó considerablemente, pues todo el mundo se preocupaba mucho de su salud.

Los miembros del Colegio de la Ternura extrema visitaban concienzudamente las casas y preguntaban por su suerte a los habitantes.

Muchos contestaban que les iba muy bien y aportaban de ello pruebas convincentes:

—Miren ustedes—decían restregándose las manos de gusto—, ayer me pesé y, gracias a Dios, he aumentado ocho libras.

Otros se quejaban de molestias y hacían reproches al Colegio de la Ternura extrema a causa de su escasa actividad.

—Figúrese usted, ayer se me ocurrió subir al tranvía y, qué le parece a usted, ni un asiento libre... ¡Vaya organización...! He tenido que ir de pie, y lo mismo mi mujer. Aún ha quedado con vida mucha gente superflua. ¡Se debiera haberla liquidado oportunamente!...

Otros se encalabrinaban:

—Tome nota de que no se me ha felicitado por el hecho de mi existencia ni el miércoles pasado ni el jueves. ¡Es una frescura intolerable...! ¿Tendré yo acaso que ir a felicitarles a ustedes...?

XI

EPILOGO

En la oficina de Ak se continuaba trabajando con intensidad. Los empleados escribían sentados a las mesas. El armario de color de rosa se iba llenando con Actas de la Alegría. Las fechas de cumpleaños, bodas, bautizos, banquetes, amoríos y aventuras, eran registradas

con sumo cuidado y exactitud. Muchas actas se leían como cuentos o novelas. Los habitantes rogaron al Colegio de la Ternura extrema que las publicara en forma de libro. Nada era tan leído como esos libros.

Ak callaba.

Tan sólo sus espaldas se encorvaban más y más, y su cabello se tornó blanco.

A veces se trasladaba al Armario rosa y permanecía sentado en él, como antes en el Armario gris.

Hasta que un día Ak salió violentamente del Armario rosa y gritó:

—¡Es preciso matar! ¡Matar! ¡Matar! ¡Matar!

Pero cuando vió los blancos dedos de sus empleados que revolaban ágiles sobre el papel y describían ahora la vida de los habitantes vivos con el mismo celo con que antes describieran la de los muertos, Ak hizo un gesto de contención con la mano, salió corriendo de la oficina y desapareció.

Desapareció para siempre.

Sobre esta desaparición circularon toda clase de leyendas y rumores, pero Ak no fué encontrado.

Los hombres, cuya especie abunda tanto en esta ciudad, y que Ak había matado primero y luego indultado y después quería volver a matar; los hombres, entre los cuales figuran buenas personas, pero también mucha escoria humana, siguen viviendo como si nunca hubiera habido un Ak y jamás se hubiese planteado la gran cuestión del derecho a la vida.

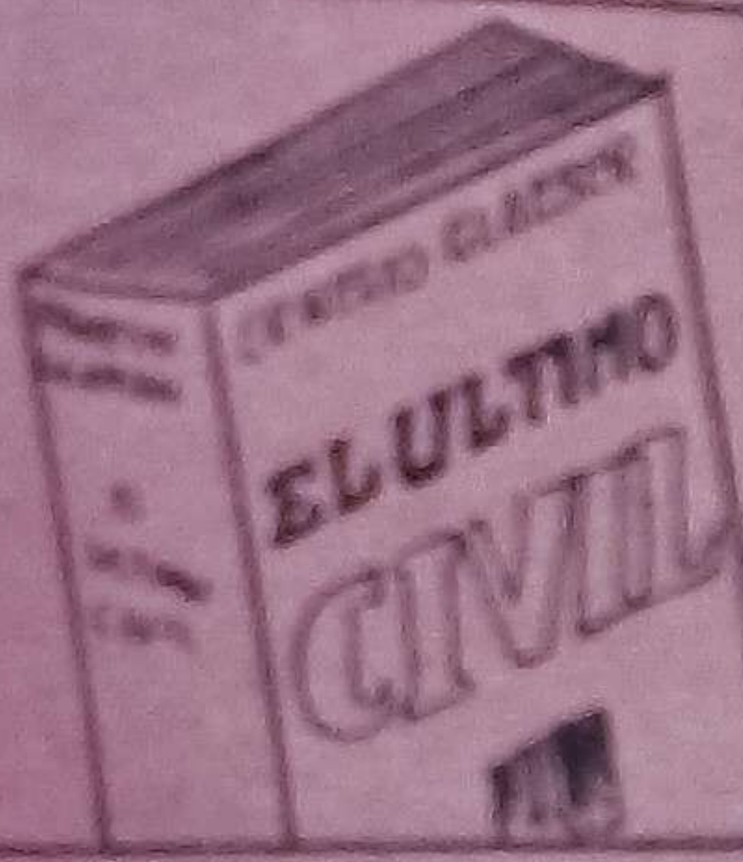
LIBROS QUE SOBREVIVIRÁN

POESIA ESPAÑOLA

por **J. M. Souviron**.— La más completa antología de la poesía española que se haya publicado en 30 años. Los grandes clásicos de todos conocidos, y muchos valores olvidados; los viejos romances, y la poesía de los siglos XIX y XX ... $ 40.00

EL ULTIMO CIVIL

por **Ernesto Glaeser**.— El gran novelista alemán nos describe con viveza y emoción el nacimiento, desarrollo y triunfo del nacismo alemán, y el estado mental formado por él en Alemania. Una novela amenísima y dotada de gran valor documental ... ... $ 13.00



LA ESPERANZA

por **André Malraux**.— Testigo presencial, más aún, protagonista de cruentos episodios de la guerra civil española, Malraux nos transmite aquí sus trágicas impresiones. Ha producido el libro más patético de cuantos relatan la terrible lucha fratricida ... ... $ 20.00

EDITORIAL ERCILLA S.A.

AGUSTINAS 1639 — CASILLA 3744

Maravillosa novela que nos muestra el nacimiento y triunfo del nazismo alemán. Dramatismo, emoción y alto valor documental $ 13

EL ULTIMO CIVIL

POR E. GLAESER.

La historia de una religiosa de la Colonia, que revive su existencia admirable en el cuadro místico y apacible de su época . . . . . . $ 15.

LA DIVINA RECLUSA

POR M. SOTO HALL

Impresiones de un chileno en España. Escenas de la lucha, llenas de patetismo, y trascendentes observaciones sobre el pueblo español $ 15

ESPAÑA ESTA UN POCO MAL

POR A. ROMERO.

EDITORIAL ERCILLA S. A.

LOS FAVORITOS

Por NICOLAI OGNIEV

I

El príncipe Danil Lvovitsch regresó a Arsenki excitado y lleno de ira. El mayordomo, que, con una sonrisa extrañamente estereotipada, una sonrisa, por así decirlo, de ayer, que se dibujaba alrededor de los dirigidos e imberbes labios, le había salido al encuentro en la escalera de piedra, saltó a un lado asustado ante el codo principesco.

—¡Tú-u!—masculló el príncipe.

El mayordomo se sintió aliviado por esta sílaba y principalmente por el hecho de que el príncipe desvió de él su mirada.

—¿Las vidrieras?—preguntó el príncipe, contemplando la fila de ventanas que bostezaban sombríamente, mientras Ilia, con la mano derecha apretada contra el pecho y moviendo la izquierda de aquí para allá, contaba, con permiso, que la chusma había venido a alborotar armada de fusiles, que había sido imposible hacerla adoptar una actitud razonable y que aunque él, Ilia, exponiendo su vida defendió la propiedad principesca, la chusma había saqueado e incendiado casi todo, todo.

—¿Todo? ¿Cómo? ¿Qué has dicho? ¿Todo?

El príncipe carraspeó y lanzó una mirada grave a Ilia.

—¿Las naranjerías?

—¡Todo, Alteza!—replicó Ilia.—La naranjería de detrás del parque y la del estanque de la Victoria de delante de la casa, y también, dicho sea con permiso, el jardín dro-ló-gi-co y los invernaderos...

Cuando Ilia hubo contado todo esto, tosió cortésmen-

se, dando a entender su sentimiento, e inclinó la cabeza a la izquierda.

El príncipe se apartó maquinalmente. ¡La cosa es grave; el diablo sabe!... La insurrección sobrepasa toda medida. Las más altas personalidades detenidas; Iván Leiginovitsch, en la fortaleza; la princesa María Serguievna asesinada... Se había esperado que los acontecimientos no pasarían de ahí. El año cinco los campesinos habían venido ante Ilia para declarar que el príncipe era para ellos como un padre y que estaban dispuestos a dar su vida, etc. ¡Pero ahora! Ruinas de muebles delante de las ventanas; las flores del jardín, pisoteadas; en lugar de ventanas, agujeros negros. Le repugna a uno penetrar en la casa.... Los muy villanos...

El príncipe miró una vez más a su alrededor, se quitó la gorra de viaje, limpióse la frente y se quedó mirando a su mayordomo. Este se tiró, servicial y devoto, de las patillas, evidentemente dispuesto a dar los informes que se le pidieran sobre lo ocurrido: todo eso expresaba la mirada de sus humildes ojos de perro. Ojos de perro, efectivamente... Un nuevo pensamiento atravesó al príncipe como una puñalada en el corazón, de tal modo que dió un paso hacia Ilia.

—¿Los perros? — preguntó con voz ronca, clavando una mirada desesperada. —¿Los "setters"? ¿Los "laverokas"? ¿Los irlandeses?

—No les ha pasado nada, Alteza—respondió Ilia con voz firme, al par que se incorporaba —Dicho sea con permiso, tuvieron miedo de entrar en las cuadras. Dispararon algunos tiros contra ellas, pero no se atrevieron a entrar.

Al príncipe se le nublaron los ojos. Se tambaleó un poco, pero pronto se rehizo, dirigiéndose con paso resuelto a visitar su valiosa jauría inglesa de pura sangre.

II

El príncipe no creía en espiritismo ni en espiritistas; por lo cual había en su tiempo caído en desgracia en la corte, cobrando fama de libre pensador. Esta fama le había protegido ahora contra una detención eventual

sin embargo, tenía una idea muy pequeña, mínima, que le venía embargando desde su niñez; creía firme e inquebrantablemente en la existencia del alma del perro. Sólo para tener ocasión de comprobar esta "hipótesis" había adquirido en realidad hacía tiempo la costosa jauría inglesa, y ésta había hecho nacer en él esa predilección por perros, que él, ante sí mismo y ante los demás, solía considerar como el más indiscutible atributo de un verdadero aristócrata.

Ilia se adelantó, abriendo la puerta con una reverencia; el cálido olor a leche y excremento caninos les salió al encuentro con vaharadas sofocantes; pero el príncipe avanzó resuelto hacia la penumbra gris en que se distinguían las cerradas puertas de cada una de las cuadras. Durante un momento quedaron aturdidos por los salvajes ladridos y los aullidos lastimeros.

—¿Qué es esto? ¿A oscuras?—preguntó el príncipe irritado.—¿No se les ha dado de comer?

—La dínamo está parada—contestó Ilia rápidamente—. Los obreros se han marchado; los muy canallas han ayudado a saquear. En todo Jassenki no hemos quedado más que el cochero, yo y las mujeres. La dínamo, dicho sea con permiso, está sana; pero parada.

—¡No te pregunto por la dínamo, torpe! — dijo el príncipe con voz ronca—. ¿No se les ha echado de comer?

—Hoy he preparado salvado de avena, Alteza. Y se les he servido.

—¿Cómo? ¿Te figuras que son cerdos? ¿Son cerdos?, te pregunto... ¿Y el caldo de carne? ¿El puré de trigo? ¿La leche?

—Los campesinos han soltado las vacas, Alteza —objetó Ilia con tono firme —. Trigo no ha quedado ni un grano en toda la hacienda. Y con la carne ha ocurrido lo mismo, Alteza. ¡He ido con Saveli a la ciudad, pero también allí hay nada que pueda comprarse con dinero!

La voz de Ilia temblaba.

En la semioscuridad del pasillo que conducía a las cuadras sintió de nuevo el príncipe en su corazón las mismas garras crueles de que había huido hacia Jassenki.

—¿A la ciudad? ¿Has ido a la ciudad? — preguntó

el príncipe respirando trabajosamente —. En la ciudad hay de todo.

—Ahora no hay nada sin cartas, Alteza — respondió Ilia desesperado. Ni siquiera se comenia ya—. Las labradoras no quieren vender nada. En la ciudad no hay nada... Nosotros mismos, créamelo, Alteza, estamos ya sin pan desde hace seis días. No sé lo que voy a servir de comer a Vuestra Alteza...

—He traido provisiones. En la maleta. En el coche— dijo el príncipe tranquilamente, sin ira—. Prepárame algo para la noche. Pero es extraño. En todas partes se puede comprar algo, menos aquí. En Petrogrado se puede adquirir todo con dinero.

Su Alteza salió. Ilia cerró la puerta y le siguió; pero con la cabeza baja sin la sonrisa estereotipada y devota.

III

Después de que hubo tapado como pudo las ventanas del dormitorio, serviió la cena al príncipe y envolvió sus pies en una manta de viaje, Ilia subió al segundo piso, al lado de su mujer enferma. Vivian en un cuarto cuyas ventanas daban a las perreras; así lo había dispuesto hacia dos años el príncipe, que tenia más confianza en Ilia que en todos sus cazadores y guardianes.

—¡Vaya furia que trae!...—dijo Ilia al entrar y cerrar la puerta —. Su Alteza está muy incomodado... Pero, con permiso, me ha dado algo...

Con estas palabras sacó Ilia un paquete de debajo de la chiqueta y comenzó a abrirlo.

—¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué es lo que nos espera? ¡Dios mío!—se lamentaba la mujer acostada en la cama.

—Ya, ya. Caldo de carne quiere que dé a los perros —dijo Ilia mientras sacaba del paquete una gallina y una botella de vino tinto —. ¿De dónde voy a sacar ahora caldo de carne? Ya pasaron los tiempos, Alteza. Pronto no vas a tener tú mismo nada que zampar, a pesar de ser millonario y de tener dos haciendas.

—¡Oh, Dios, Dios! —gimoteó la enferma desde la cama.

—Ni siquiera puede uno asomar la nariz en la aldea. Tal es nuestra situación. "Lacayo"; todo esto es lo que nos toca oir a cada momento. Le ponen a uno verde de insultos...

Ilia descorchó la botella y trinchó la gallina. Fuera susurraba el viento entre los árboles. Se oía aullar a los perros en todos los tonos.

—¡Salvado de avena! — continuó Ilia, irritado, después de haber trinchado la gallina, colocándola sobre una mesita junto a la cama, y luego de haber bebido un trago de la botella—. ¡A esos perros con salvado de avena! ¡Son ingleses, "laverocks", irlandeses! ¡Y están acostumbrados a leche, pan blanco, carne...! ¿Para qué los querrá? No son utilizados para cazar. Ni tampoco los vende. Lo mejor sería matarlos. Entonces tendría uno tranquilidad...

—Lo que estás diciendo — suspiró la mujer —. ¡Son criaturas de Dios! Eso es pecado...

—Criaturas acaso, pero no de Dios — objetó Ilia irónicamente—. Hace ocho días que no comen. ¡Al poner esta mañana el salvado de avena a los irlandeses... me revolcaron! Y trataron de echarme las mandíbulas al cuello. Así, rechinando los dientes. Siempre a la garganta. Me han arañado y mordisqueado las manos. Apenas pude cerrar la puerta tras de mí. Puede ser que esto venga también de Dios, ¿eh?

—Si te dejaran a ti siete días sin comer...—comenzó la mujer, pero cesó de repente y escuchó. También Ilia se levantó de la silla.

Abajo, en las perreras, se agitaban, gruñían y aullaban los perros como lobos en noviembre.

—¡Virgen Santísima! —murmuró la mujer—. ¡No vayas, por el amor de Dios! Quizá les ha entrado la rabia...

—Eso es lo que nos faltaba—exclamó Ilia; luego echó un trago de la botella y salió a toda prisa.

IV

"Naca epatant esta — comment? —osadia...—pensó el príncipe —. Las relaciones estaban en un orden bastante bueno ¿Ilia? Posible. Les habrá salido al encuen-

tro con gritos e injurias. Y entonces han realizado precisamente este comment?—pogrom".

Fuera se columpiaban las ramas de los árboles en el azul obscuro del cielo. La luna miraba severa e inmóvil al príncipe desde su cerco de nubes desgarradas.

"¿Qué pasará mañana? — se le ocurrió—. ¿Permanecer aquí? Imposible. Me matarán".

El príncipe sintió de nuevo cómo se clavaba en su corazón la garra fría y repugnante. Se estremeció. Ahora veía claramente que se hallaba solo, completamente solo en el mundo, tan solo como nunca había estado en los cuarenta años de su vida. El pensamiento salvador de que esto precisamente era su orgullo y su fuerza era ya incapaz de sostenerle.

En este momento trajo el viento los aullidos prolongados de los perros a través de la mal tapada ventana.

"¡Tiens! ¿Y los "laverocks?" —Esta idea le reconfortó — Podría ir a verlos. ¿Y los irlandeses? ¿Gerald? ¿Lady Jane?"

El príncipe apartó con gesto resuelto la manta de viaje y se levantó del sillón; recordó que tenía una linterna eléctrica en la maleta; después de revolver un poco la encontró. También tomó consigo algunos trozos de gallina. Apretó el botón de la linterna y a sus pies se reflejó una mancha débil y redonda de luz.

—Parfait —dijo satisfecho —. No tendré necesidad de llamar a Ilia.

Se dirigió con cuidado a la terraza. El patio se hallaba envuelto en la obscuridad; una nube había cubierto completamente la luna, y la mancha de luz de la lámpara era ahora muy clara.

"Los más interesantes son naturalmente los "laverocks"—se dijo mentalmente.— Robber y Lady Jane recibirán la gallina. ¿Qué es esto?"

La lámpara se extinguió por un momento, y el príncipe tropezó con algo grande, negro, que dejó escapar un sonido quejumbroso. El príncipe se estremeció y apretó el botón de la batería; la luz volvió a irradiar.

—¡El piano! ¿Cómo no lo había notado hasta ahora? ¡Bárbaros! ¡Iroqueses! ... Brr ...

Con el pulgar apretado fuertemente contra el botón

de la linterna siguió andando en dirección a los aullidos.

"¡Qué hambre tienen! En fin... ¿A qué viene eso de las cartas prescribiendo las raciones de víveres?", pensó con asco al mismo tiempo que abría la puerta de acceso a las cuadras. Le aturdieron los ladridos, aún más frenéticos y dolorosos que antes. El príncipe enfocó la luz a la perrera irlandesa y luego a la inglesa. Inmediatamente empezaron a arañar las puertas docenas de garras, y los aullidos fueron reemplazados por gruñidos sordos.

Con mano segura de amo quitó el príncipe la barra de hierro que sostenía el cerrojo, descorriendo después éste con esfuerzo. La puerta voló y le golpeó en la frente; el último rayo de la lámpara cayó sobre un hocico siniestro y amenazador, del que colgaba pesadamente la lengua.

—¿Jane?—. No pudo concluir de pensar este pensamiento. Profirió un grito de espanto y cayó bajo el empuje inconteniible de los cuerpos velludos y calientes; uñas puntiagudas se clavaron en la mano en que llevaba la gallina; gruñidos frenéticos le lanzaron al rostro vaharadas de cálido aliento.

—¿Qué es esto? ¡Oh!—gritó, preservándose el cuello con las manos—. Pero pronto sintió un terrible dolor en el pie y un duro golpe en la barbilla; una nube obscura se arremolinó en su cerebro devorándolo todo.

Ilia, que, al asomar de nuevo la luna entre las nubes, se había dirigido apresuradamente a las cuadras, vió que la puerta estaba abierta y oyó los ladridos, y el masticar ruidoso de los voraces animales; luego retrocedió aterrado. Hasta la mañana siguiente permaneció en su cuarto, sin atreverse a mirar afuera.

TINIEBLAS

Por PANTELEIMON ROMANOV

La gente llevaba ya dos días de espera en la estación —. Los trenes del frente venían atestados de soldados.

Un viejo, embutido en un abrigo largo y guateado, y un soldado joven, con una mano envuelta en pringosos trapos, habían estado a punto de partir. Pero se les arrojó del vagón cuando ya el tren se había puesto en movimiento.

—¡Hermanos, por el amor de Cristo, hace dos días que estamos esperando!—gritaron, mientras corrían con sus sacos al hombro junto al vagón.

—¡No hay sitio! ¿No lo acabáis de ver, papanatas? Aquí vamos como sardinas en banasta. ¡Mirad en el vagón de cola'—vocearon desde arriba.

Un soldado en zamarra abierta se apoyaba con fuerza contra la puerta corredera, cerrándola por dentro.

—¡Ay!. ¡miseria!—suspiró el viejo desesperado — ¿Qué va a hacer uno ahora? Si no revientas de hambre, mueres de frío.— Inmóvil junto a su saco miraba afligido al tren en marcha.

—Son animales salvajes, no llevan ninguna cruz al cuello — murmuró una campesina vieja, vestida con una piel corta de raído y rojizo cuello, que se había acercado con un hato en la mano.

—¡Que el diablo les lleve! Y para colmo me han abierto la mano herida —gruñó el soldado, apretando de nuevo la sucia venda con ayuda de los dientes—. A ellos les va bien, pueden estar sentados y no necesitan preocuparse de nada más.

El hombre del abrigo largo permanecía callado y guiñaba en dirección al tren. De vez en cuando parecía sentirse impulsado a correr, a mendigar de nuevo: pero se mantenía quieto.

—La gente está bestializada del todo — decía la campesina contristada —; antes me ayudaban cuando se

vela lo vieja que soy; pero ahora no recibo más que empujones y puntapiés. Me han tirado de espaldas.

—Son impios sin Dios—gruñó el del abrigo largo—; venga conmigo a la casilla del vigilante; quizá podamos calentarnos allí, pues no hay manera de entrar en la estación.

Dos horas después silbó la máquina del tren, que se había parado muy atrás. Los tres se precipitaron a lo largo de la vía nevada.

El soldado apercibió atrás, en la cola del tren, un vagón vacío; pasó al otro lado corriendo a través de los rieles y subió al vagón providencial. Tras él vino el viejo del abrigo largo, el cual tiró, sin detenerse, su saco al interior. Finalmente, ayudaron a la campesina a montar con su hatillo. Del lado en que se hallaba la estación venía aún mucha gente; se oían gritos, juramentos, el rumor de muchos pies sobre la nieve rechinante; el llamar desesperado, en las paredes de los vagones, de los que se helaban fuera.

—¡Aquí tenemos bastante sitio!—exclamó el soldado.

—No grites así — dijo el viejo, empujándole —; si te oyen van a plantarse todos aquí—. En seguida corrió con trabajo la pesada puerta por que acababan de entrar. En el vagón reinaba ahora una obscuridad impenetrable. Tan sólo se percibía el correr apresurado de las personas que fuera buscaban sitio inútilmente.

—Gracias a Dios que aquí no vienen — dijo el soldado joven.

De repente se oyeron golpes en la puerta del vagón. Alguien trataba de abrirla desde afuera.

—Aquí no cabe nadie más, está lleno hasta los topes —berreó el viejo.

—Amigos, por el amor de Dios, hace tres días que no nos hemos podido sentar en ninguna parte; dejadnos, no somos más que dos y un niño pequeño.

—Aquí no hay sitio. ¿No entiendes el ruso? Esto era lo único que nos faltaba, abrir, para que luego se metan cincuenta y la madre.

—Y que nos echen por culpa vuestra.

Afuera enmudecieron las voces. El tren se puso de nuevo en marcha.

—¡Jesús sea alabado!—murmuró la campesina santiguándose en las tinieblas —. La Virgen Santísima nos ha socorrido; he rezado a la Madre de Dios.

El soldado aplicó su oreja contra la pared.

—Han subido al puesto del guardafreno. Van a tomar el fresco de veras.

—Socórreles, reina celestial; cuánta gente se va a helar hoy aquí fuera.

Detrás de la pared dominaba la calma. Sólo se oía llorar al niño débilmente. Luego volvió a oírse de nuevo llamar desde la garita del guardafreno.

—¡Por Cristo!, dejadnos entrar, que nos helamos aquí todos. Pronto antes de que el tren vuelva a pararse.

—Si el tren para viene luego un montón — gruñó el viejo a sus compañeros. Y hacia fuera gritó—: Ya te he dicho en ruso que aquí estamos apretados como sardinas.

—No más que un poco sitio debajo de cualquier banco...—Imploró desde fuera una voz de mujer.

—Pues no faltaba más... callaos, no contestéis siquiera...

—¡Oh!, Dios, han dicho que el tren va a detenerse otra vez —musitó la campesina—; todos van a venir en tropel; nos van a aplastar...

El tren se detuvo, pero no se notó que viniera gente. Los golpes del lado de la garita del guardafreno volvieron a resonar. La voz de fuera parecía completamente desarticulada por el frío.

—Por el amor de Dios, dejadnos entrar, nos helamos aquí, nuestro niño está ya tieso de frío.

—¡Quietos!—cuchicheó el hombre del abrigo largo—. No chistéis, así dejarán más pronto de llamar.

Silbó la máquina, y el tren reanudó su marcha.

—¡Diablos, bestias!—se oyó gritar de nuevo — ¡Así reventéis, malditos! ¡Nuestro niño se hiela!

La campesina estaba de rodillas en el interior del vagón.

—¡Socórreles, reina del cielo, Madre de Dios, socórreles, protégeles! ¡Qué van a hacer ahí fuera con el niñito...!

EL NIÑO

Por WSIEVOLOV IVANOV

I

¡La Mongolia! ¡Qué animal tan salvaje y tan triste! La piedra es allí un animal, el agua es allí un animal, hasta la mariposa no hace más que acechar una buena ocasión para... picar.

No se sabe qué clase de corazón tiene el mongol. Va vestido de pieles, se parece a los chinos y se ha instalado lejos de los rusos, allende el desierto de Koi-Noir. Se dice que aún va a continuar su vida nómada, dirigiéndose más allá de China, a la India, a países azules y desconocidos de la región de las siete orillas...

Además de rusos, hay kirguises, oriundos del Irtisch, que han huído a Mongolia ante la guerra rusa. Sabido es que tienen un corazón de mica, que no sirve para nada, pues se traluce. Han venido aquí sin prisa, con niños y ganado. Han traído incluso sus enfermos.

En cambio los rusos han sido arrojados aquí impiadosamente. Eran muchachos fuertes y sanos. Habían dejado a los enclenques y enfermizos entre las rocas de las montañas; los unos habían sucumbido, los otros habían sido acabados a golpes. Tuvieron que abandonar a los blancos, mujeres y niños, bienes y ganados; por esto, los hombres eran malcíosos como los lobos en primavera. Estaban echados en los carros y tiendas de campaña, pensando en la estepa, en el Irtisch...

Eran un medio ciento; Sergio Selivanov tenía el mando y la tropa se llamaba: "Sección de guerrilleros rojos del camarada Selivanov."

Sufrían de aburrimiento.

Mientras habían sido perseguidos por los blancos, a través de las montañas, las rocas sombrías e imponentes llenaron de temor su corazón. Pero en la estepa no bullían más que tedio y nostalgia. Pues la estepa de aquí se parece a la del Irtisch: hierba áspera, cielo du-

ramente forjado, y, sin embargo, no era como la casa; todo resultaba extraño, la tierra sin roturar, salvaje, y luego... era difícil vivir sin mujeres.

Por las noches se contaban unos a otros picantes historias de soldados y de mujeres, y, cuando no podían resistir más, ensillaban los caballos y salían a la estepa a cazar kirguisas.

Y las kirguisas se tumbaban sumisas tan pronto como veían a los rusos.

No era agradable, sino más bien repugnante, poseerlas cuando se hallaban tendidas así, inmóviles y con los ojos tenazmente cerrados. Se tenía la impresión de pecar con animales.

Mas los kirguises temían a los rusos y se internaban en la estepa adentro. Cuando apercibían a un ruso le amenazaban con sus arcos y carabinas, aullaban, pero no disparaban. Acaso no podían tirar en absoluto...

II

El tesorero de la partida, Afanassi Petrovitsch, era joven como un niño de teta. Hasta su cara parecía la de un nene pequeño: diminuta, imberbe y rosada. Tan sólo las piernas eran largas y fuertes como las de un camello.

Pero cuando montaba a caballo se tornaba serio. Su cara se ocultaba y allí estaba él: gris, huraño, siniestro.

Por Pentecostés se mandaron tres hombres, Selivanov, el tesorero Afanassi Petrovitsch y el secretario Dreto

...s llanuras arenosas humeaban bajo el sol.

De arriba, del cielo, venía viento. De la tierra subían vapores ígneos al cielo tembloroso. Los cuerpos de hombres y animales estaban tiesos y pesados como piedra. Nostalgia melancólica.

Selivanov dijo con voz ronca:

—¿Qué tal será la siega por allá...?

Todos sabían que hablaba de Irtisch. Pero las caras con las barbas ralas, permanecieron mudas, como si el sol hubiera chamuscado las voces cual chamuscaba la

hierba en la estepa. Los ojos se teñían de rojo como las heridas desgarradas por un gancho.— Canturia Sólo Afanassi Petrovitsch dijo lamentándose:

—¿No será fácil que también allí haya seguía, muchachos...?

La vocecita sonaba llorona, pero la cara no lloraba; y únicamente en los grandes y largos ojos del cansado caballo, que debajo de él respiraba con dificultad, se lamentaban lágrimas.

Así salieron los guerrilleros, uno tras otro, hacia la estepa, buscando o siguiendo las huellas de cabras salvajes.

Las superficies de arena centelleaban en forma angojante. El viento bochornoso se pegaba a hombros y cabeza. En el cuerpo brillaba el sudor, sin poder abrirse camino a través de la piel seca...

Al anochecer, cuando acababan de salir de un valle, Selivanov señaló hacia el Oeste y dijo:

—¡Por allí pasa gente!

Efectivamente; en el límite extremo del horizonte se elevaba sobre la arena una nube de polvo rosado.

—Kirguises, sin duda.

Comenzaron a disputar: Drevessini decía que los kirguises se mantenían muy alejados, no osando acercarse tanto al campamento de Selivanov; en cambio Afanassi Petrovitsch afirmaba:

—¡Apuesto algo bueno a que son kirguises: ese polvo tan espeso es polvo kirguis!

Pero en cuanto la nube de polvo se fué acercando más, todos llegaron a la conclusión siguiente:

—Forasteros...

En las voces de sus amos olfatearon los caballos que había algo extraño en el aire. Empinaron las orejas y en seguida se tumbaron, sin esperar a recibir la orden. Los cuerpos de los caballos, grises y amarillentos, yacían tendidos en el valle. Con sus patas flacas como huesos ofrecían un aspecto desmañado y ridículo. Como avergonzados, cerraban sus ojos grandes y asustados, y respiraban a sacudidas...

Selivanov y el tesorero Afanassi Petrovitsch se hallaban agazapados al borde del valle. El tesorero sorbía los mocos nariz arriba, y lloraba. Siempre tenía que poner-

se junto a Bellvanov para que no le entrara mucho miedo; su llanto infantil alegraba el grave corazón campesino de Bellvanov y le tornaba casi presuntuoso. El polvo del camino de la estepa se dividió. Con desigual compás chirriaban las ruedas, arremolinándose como polvo bajo la collera las melenas largas y negras de los caballos. Bellvanov dijo convencido:

—Rusos... Oficiales...

Y llamó a Drevedinin, que estaba algo más abajo en el valle.

En el carrito nuevo que se iba acercando iban sentados dos hombres con gorras ribeteadas de rojo. El polvo no permitía reconocer las caras. Como nadando en una nube de humo amarillo se aproximaron los ribeteados de rojo. De entre la nube de polvo sobresalía un arma—el cañón de un fusil —, y, de vez en cuando, se apercibía también una mano con una fusta.

Drevedinin reflexionó y dijo:

—Oficiales... probablemente de servicio. ¡Una "expedición", claro!

Enfático, frunció las cejas y apretó los labios:

—Vamos a darles una en las narices, mi pequeño Sellvanov.

El carrito iba trayendo a los dos cada vez más cerca. Los caballos corrían alegres, y detrás de ellos el carro borraba su huella con la nube de polvo mongol lo mismo que un zorro con su cola.

Afanasi Petrovitsch balbuceó lloroso:

—No es necesario, muchachos; mejor es cogerles prisioneros... ¡No los matéis tan pronto!

—Me parece que ya no no le tienes cariño a tu cabeza, ¿eh?

Bellvanov montó en cólera y, sin ruido, como quien desabrocha un botón, echó atrás el cerrojo del fusil.

—¡Aquí no hay lágrimas que valgan, tesorero!

Lo que más le irritaba era que los oficiales se hubieran aventurado a salir a la estepa sin escolta, cual si fuesen una fuerza militar gigantesca y mortífera para los guerrilleros.

Ahora se levanta uno de los oficiales y escruta la estepa, pero no ve bien: polvo rojo, viento vespertino sobre la hierba chamuscada y las dos piedras allá al bor-

de del valle, parecen dos cadáveres de caballos... ¿Piedras?... ¿O cadáveres?...

Tiros, alaridos. Otra vez tiros.

De un golpe volaron las dos gorras en el carro, chocando entre sí al caer.

Las riendas cedieron, como si estuvieran rotas.

Los caballos continuaron su marcha. Pero de repente sus bocas comenzaron a arrojar lácteo espuma. Sus fuertes músculos se estremecieron; luego dejaron caer las cabezas; permanecieron parados.

Afanassi Petrovitsch dijo:

—Los habéis matado...

Los hombres se acercaron al carro.

Los de las gorras rojas estaban muertos. Se hallaban sentados, hombro con hombro, las cabezas inclinadas, y uno de los muertos era... una mujer. Los cabellos se habían destrenzado y eran mitad negros, mitad amarillos, a causa del polvo; su blusa militar se abombaba sobre el pecho de mujer.

—¡Curioso! —exclamó Drevesinin—. ¡Tú misma tienes la culpa! ¡No haberte puesto una gorra militar! ¿Quién es capaz de matar a una mujer? Las hembras son necesarias para la colectividad.

Afanassi Petrovitsch escupió:

—¡Eres una inmundicia y un burrgués... ni siquiera tanto así tienes tú, cochino!

—¡Esperad!—interrumpió Selivanov —. Como no somos bandidos, es preciso hacer una lista de la propiedad nacional. ¡Dadme un papel!

Bajo el pescante, entre el resto de la "propiedad nacional", descubrieron un niñito de ojos azules y cabellos rubios, acostado en una cesta china. En su minúscula manita tenía una punta de la colcha de color canela. Era un nene de pecho, muy pequeñito, que piaba débilmente.

Afanassi Petrovitsch dijo compadecido:

—Mira, miralo... está contando cositas en su lengua...

Lamentaron una vez más la muerte de la mujer y no le quitaron la ropa. Pero el hombre fué enterrado desnudo en la arena.

Afanassi Petrovitsch regresó en el carro capturado.

llevaba al niño en brazos, meciéndole y cantando en voz baja:

Ruiseñor, ruiseñor, pajarito...
pequeño canarito...
cantas lleno de pena...

Pensaba en la aldea Letiashi, donde había nacido; en los rebaños de ganado, en los niñitos... y lloraba con voz atiplada.

También el niño lloraba.

Pasaron abrazadas superficies de arena movediza, que lloraban igualmente con voz atiplada. Los guerrilleros tenían caras abrazadas, almas abrazadas.

Junto a los senderos y roderas crecía bajo el sol enclenque ajenjo, semejante a la arena, bajo, apenas perceptible.

Y la superficie arenosa era ajenjo: llano y amargo.

—¡Oh, senderos, rastros de cabras! ¡Oh, llanuras arenosas, amargas llanuras arenosas! ¡Mongolia, animal salvaje y melancólico!

* * *

Examinaron la propiedad de los oficiales. Había libros, un maletín con tabaco, deslumbrantes instrumentos de acero. Uno de ellos, un objeto montado sobre tres patas, era una pequeña caja de metal con una escala.

Los guerrilleros se acercaron, contemplaron las cosas, las tocaron y tomaron a peso.

Olían a grasa de carnero; comían mucho para matar el aburrimiento y sus ropas estaban impregnadas de grasa. Los que tenían quijadas salientes y ojos blandos y delgados procedían de las aldeas de cosacos del Don; los de pelo negro y largo y caras morenas venían de las canteras de cal. Pero todos tenían piernas torcidas como madera corva y voces guturales de la estepa.

Afanassi Petrovitsch levantó en alto el trípode con la cabeza metálica y dijo:

—¡Un "tiliscopio"!— y entornó los párpados.— Un buen "tiliscopio" cuesta un par de millones, ya lo creo. Con un aparato así se ha examinado la luna, mucha-

chos. Y se han descubierto en ella minas de oro... ¡Y vaya minas! ¡No se necesita lavar el oro, pues sale limpio como harina, oro puro! No hace falta más que meterlos en sacos...

Un muchacho joven, procedente de la ciudad, exclamó riendo:

—¡Cómo exagera el socio; que le lleve el diablo!...

Afanassi Petrovitsch se enfadó:

—¿Que exagero yo, mocoso? Espera, y verás...

—¿Qué es eso de "espera"?

Afanassi Petrovitsch echó mano a su revólver.

—¡Chisst!—dijo Selivanov.

Se repartieron el tabaco entre todos; los instrumentos fueron entregados a Afanassi Petrovitsch. Quizá en su calidad de tesorero, podría cambiarlos por otras cosas en los poblados de los kirguises.

Este los colocó delante del niño.

—¡Toma! Juega con ellos...

Pero el nene no los miró siquiera; tan sólo daba vagidos. El tesorero trató de entretenerle de una manera y luego de otra (los esfuerzos le hicieron sudar), pero el niño lloraba y no jugaba.

Los cocineros trajeron la comida. Pesado olor a grasa, sémola y sopa de coles. Las anchas cucharas de madera fueron sacadas de las cañas de las botas.

La hierba del campamento está pisoteada. Arriba, sobre la roca, grita el centinela:

—¿Cuándo me toca a mí...? ¡Yo también quiero zampar...! ¡Relevo!

Comieron. Después de la comida se acordaron de que había que dar de comer al niño.

Este continuaba piando.

Afanassi Petrovitsch masticó un poco de pan. Luego le untó con la papilla la boquita húmeda y abierta y simuló que masticaba.

—¡Mau-mau... nenito...! ¡Zampa, tú, enanillo...! ¡Come...!

Pero el niño cerraba la boca y volvía la cabeza: ¡eso no lo tomaba! Lloraba a través de la nariz, de un modo chillón y penetrante.

Los demás se habían acercado y formaban corro a su

alrededor. Por encima de los hombros de los de delante miraban al niño.

Silencio.

Canícula. Labios y quijadas brillan untados por la grasa de carnero. Las camisas están desabrochadas; los pies, descalzos, son amarillos como la tierra mongola.

Alguien propuso:

—Deberíamos darle sopa de col...

Pusieron a enfriar un poco de sopa de col. Afanassi Petrovitsch hundió el dedo en ella y luego se lo metió al niño en la boca. La sopa grasa y sabrosa le corrió al nene por los diminutos labios y fué a gotear sobre la camisita rosa y la mantilla de franela.

El niño no quiere tragar nada, llora.

—Un perro pequeño es mucho más listo... come de los dedos...

—Perro es perro y hombre es hombre...

—¡Adivinado!

En el campamento no había leche de vaca. Pensaron en dar al niño leche de yegua. Pero esto no era prudente. Kumyss (leche de yegua fermentada) embriaga. El nene podía caer enfermo.

Se dispersaron entre los carros; preocupados, discutían en grupos. Afanassi Petrovitsch barría entretanto aquí y allá, con un pequeño y estropeado "beschmet" (chamarreta tártara) sobre los hombros. Sus ojos son también pequeños y están igualmente estropeados. Con voz fina, inquieta e infantil, como si el propio niño corriera por el campamento, gime:

—¿Cómo vamos a arreglárnoslas?... Ya veis que no come, muchachos... ¿No habría que...? ¡Preocuparse de él, granujas...!

Los fuertes y corpulentos mocetones miraban apurados.

—Cosa de mujeres.

—Naturalmente...

—Si fuera una mujer la que le diese de comer, sería capaz de zamparse un carnero...

—Sí; pero ahora nos toca a nosotros...

Selivanov convocó una asamblea y declaró:

—No es posible dejar reventar a un hijo de cristianos

como a un animal. Su padre era, por decirlo así, un burgués. ¿Pero el niño...? ¿Qué? El niño es inocente.

Los guerrilleros aprobaron.

—El niño no lo puede remediar, es inocente.

Drevessinin exclamó riendo:

—¡Crece, nenito! Entre nosotros te vas a hacer mayor para poder volar a la luna... a las minas de oro.

Nassi Petrovitsch blandió el puño y gritó:

—Eres un granuja incorregible. ¡El único de toda la partida que se burla ahora!

Cambió de pie, agitó los brazos y chilló de repente:

—¡Una vaca! ¡Le hace falta una vaca!

Todos respondieron unánimemente:

—¡Eso es, una vaca!

—Sin la vaca, la diña.

—Naturalmente, una vaca...

—Sin vaca se va a morir de sed.

Afanassi Petrovitsch dijo con tono resuelto:

—Voy a buscar vacas, muchachos...

Drevessinin le interrumpió burlón:

—¿Al Irtisch, a Lebiashi?

—No necesito ir hasta el Irtisch, cochino. Voy al poblado de los kirguises.

—¿A cambiar el "tiliscopio" por una vaca? ¡Anda, anda, bienhéchor!

Afanasi se lanzó sobre él aullando de ira.

—¡Tú, maldito! ¿Quieres que te dé una en los morros?

Cuando los dos se injuriaban de lo lindo, mezclando contra las ordenanzas, la memoria de sus madres, intervino Selivanov, el presidente de la asamblea:

—¡Basta...!

Luego se pasó a la votación: Drevessinin, Afanassi Petrovitsch y otros tres más debían dirigirse a caballo estepa adentro hasta los poblados de kirguises y capturar una vaca. Y, si era posible, debían traer mejor dos o tres, pues a los cocineros se les estaban acabando las reservas de carne.

Los designados colgaron sus carabinas de las sillas y se pusieron sus gorros kirguises de piel de zorro, a fin de que se les tomara desde lejos por kirguises.

—¡Con Dios...!

El niño fué envuelto en su mantilla y colocado a la sombra de un carro. Junto a él se tendió un muchacho, que, de vez en cuando, para distraerse y distraer al niño, disparaba su revólver contra una mata de sieuio

IV

—¡Ah, tristes desiertos arenosos de Mongolia! ¡Ah, piedras, rocas azules y malignas, brazos que salís de las profundidades de la tierra!

Los rusos trotan por el desierto de arena. Noche.

Las llanuras arenosas exhalan aliento ardiente y aroma de ajenjo.

En la aldea kirguisa ladran los perros a los lobos y a la obscuridad.

En la obscuridad los lobos aúllan al hambre y a la muerte.

Los kirguises habían huido ante la muerte.

Pero, ¿se pueden conducir en seguida los rebaños lejos de la muerte?

* * *

De la aldea kirguisa viene un olor a estiércol de vaca seco y a "airan", leche agria. Junto a las hogueras hay sentados niños kirguises, flacos y hambrientos. Al lado de los chicos se ven perros de puntiagudo hocico con las costillas salientes. Las cabañas parecen montones de heno. Detrás de las cabañas un lago, juncos. Y, de repente, parten tiros de las junqueras, produciendo un estampido formidable: ¡O-o-at!

En seguida salieron los kirguises de sus chozas de fieltro. Aterrados gritaban:

—¡Ui-boi!... ¡Ui-boi, ak-kysyl urus!... ¡Ui-boi!...

Saltaron sobre los caballos, como si éstos hubieran estado ensillados día y noche. Retumbaban las cabañas. Retumbaba la estepa. Entre los juncos se oían gritos como de ánades silvestres:

—Ai-ai, vosotros, rusos rojos y blancos, ai-ai...

Tan sólo un kirguis de barba blanca se cayó del caballo, golpeando y derribando con la cabeza una gran

caldera. Escaldado por el agua, profería alaridos lastimeros. Junto a él, un perro velludo metía tímido su sonriente hocico en la leche caliente.

Las yeguas relinchaban sordamente. Las ovejas se apelotonaban en el aprisco, asustadas como si se trajera de un ataque de los lobos. Las vacas resoplaban jadeantes, cual si se les cortara la respiración.

Y las humildes kirguisas se tendieron sobre las mantas de fieltro tan pronto como divisaron a los rusos...

Dreveissinin se echó a reir lascivamente:

—¿Pero es que somos sarafones?... No podemos siempre...

A toda prisa llenó de leche su cantimplora austriaca y, restallando la fusta, arreó algunas vacas y terneras hacia la choza. Las terneras sueltas buscaron rápidamente las blandas ubres, agarrando alegres los pezones con sus grandes belfos.

—Mira, mira cuánta hambre tienen los animales...

Y Dreveissinin continuó arreando las vacas.

Afanassi Petrovitsch dió una vuelta al poblado y se disponía ya a trotar detrás de Dreveissinin, cuando se le ocurrió:

—Necesitamos un chupete. Esos diablos han olvidado el chupete...

Se lanzó a la cabaña en busca de un chupete. Las hogueras habían sido apagadas. Afanassi Petrovitsch cogió un leño y, esparciendo chispas y tosiendo sofocado por el humo, se puso a buscar un chupete. En una mano chisporroteaba el leño, en la otra llevaba el revólver. No había modo de encontrar un chupete. Sobre las mantas yacían esparrancadas, cubiertas con capotes, las humildes kirguisas. Los niños lloraban.

Afanassi Petrovitsch montó en cólera y gritó en una cabaña a una joven kirguisa

—¡Un chupete; tú, mala perra, dame un chupete!

La kirguisa rompió a llorar y empezó a desabrocharse atropelladamente su caftán y a quitarse luego la camisa.

¡Ni kirek... Al... Al... aquí, toma!

Junto a ella, en la manta de fieltro, lloraba un niño envuelto en andrajos. La kirguisa levantaba ya las rodillas,

—¡Al... Al... ¡toma!

Pero entonces Afanassi Petrovitsch la echó mano al pecho, apretó y sibó alegremente a través de los dientes:

—¡Ah!... ¡Aquí tenemos el chupete! ¡Ah! ¡Quieta!

—Ni kirek... ni... ¿qué?

—¡Bueno, bueno! ¡Deja de gruñar! Adelante! ¡Derecha!...

Y cogió del brazo a la kirguisa dirigiéndose a la salida. Fuera la colocó en la silla en medio de la obscuridad y partió al galope hacia el campamento de Selivanov. De vez en cuando la pellizcaba en el pecho.

—Ya he dado con lo que nos hace falta, muchachos —dijo lleno de alegría; lágrimas le asomaban a los ojos—. ¡Yo sé encontrar lo necesario, hermanitos, aunque tenga que sacarlo de las entrañas de la tierra!

V

En el campamento resultó que la kirguisa había traído a su niño consigo; Afanassi Petrovitsch no lo había notado en la obscuridad.

—¡Está bien que le crie!—dijeron los guerrilleros.—¡Su leche va a dar de sí para los dos! Tenemos vacas y además es una mujer robusta.

La kirguisa era severa y callada, y daba de mamar a los niños sin que nadie lo viera. Ambos estaban echados junto a ella sobre la manta de fieltro en la tienda de campaña y, el uno blanco, el otro amarillento, pialaban por una misma boca.

Al cabo de una semana, Afanassi Petrovitsch se quejó en una asamblea general:

—Aquí hay trampa, camaradas: esa kirguisa engaña la muy perra, al dar de mamar a su granuja, le da la teta llena y para el nuestro no queda más que los residuos. Lo he observado, amiguitos. ¡Podéis convenceros de ello...!

Los hombres fueron a mirar: los niños tenían el aspecto de todos los niños, el uno blanco y el otro amarillo como un melón maduro. Pero parecía que el niño ruso estaba más delgado que el kirguis.

Afanassi Petrovitsch extendió los brazos:

—Le he puesto un nombre... Vasska... ¡y ahora me viene con éstas! ¡Puro engaño!

Drevessinin dijo seriamente:

—¡Pero, Vasska, te vas a morir!

Luego trajeron un palo y lo colocaron sobre la lanza de uno de los carros, de manera que ambos extremos pesaran lo mismo y guardaran el equilibrio.

A cada extremo colgaron a un niño, a fin de comprobar cuál de ellos pesaba más.

Los niños berreaban mientras se hallaban así colgados de los lazos de cerdas de caballos. Las mantillas en que estaban empañados despedían un ligero olor infantil. La kirguisa se encontraba cerca de la balanza, no comprendía nada de lo que pasaba, y lloraba.

Los hombres asistían en silencio a la operación.

—¡Listo!—dijo Sellvanov—. ¡Suelta la balanza!

Afanassi Petrovitsch apartó las manos del palo, e inmediatamente el chiquillo ruso subió como una pluma.

—¡Mira, mira ese granuja de hocico amarillo—dijo enfadado Afanassi Petrovitsch—, está hinchado de tanto tamper!

Luego cogió un cráneo de carnero que había allí cerca y lo puso al lado del niño ruso. Ahora tenían ambos igual peso.

Los guerrilleros gritaron ruidosamente:

—¡Le ha dado de mamar mucho más, toda una cabeza más, mira, mira!

—¿Cómo se la podría vigilar?...

—¡Vaya bicho... y cómo le ha cebado!

—¿Cómo es que nadie ha puesto ojo?..

—¿Acaso no tenemos otra cosa que hacer que atender al mocoso?

Algunos sensatos reforzaron:

—¿Cómo es posible vigilar?

—¡Y además... es su madre!

Entonces Afanassi Petrovitsch comenzó a patalear y chilló:

—Vamos, que si por vosotros fuera reventaría una criatura rusa por culpa de algún granuja sin bautizar.

¿Va a reventar Vasska, mi Vasska?

Todos contemplaron a Vasska; allí estaba tendido,

blanco y flaneho.

La cosa les irritó.

Entonces Beliyanov dijo a Afanassi Petrovitsch:

—Mira... cógele y... que Dios sea con él. Que se muera ese bicho de kirguis. Hemos matado ya tantos de esa especie, que uno más o menos...

Los guerrilleros contemplaron una vez más a Vasska y se marcharon silenciosamente.

Afanassi Petrovitsch cogió al pequeño kirguis y le envolvió en un saco desgarrado.

La madre se echó a llorar. Afanassi Petrovitsch le dió un ligero golpe en los dientes y salió del campamento, internándose en la estepa.

VI

Dos días después se hallaban los hombres delante de la tienda de campaña, y, de puntillas, unos por encima de los hombros de otros, miraban al interior, donde la kirguisa, echada sobre la manta de fieltro, daba de mamar al niño blanco.

Tenía una cara sumisa, y sus ojos eran estrechos como granos de avena; su caftán era de moaré violeta y sus zapatos de cordobán.

El niño hundía la carita en su pecho, escarbaba con las diminutas manos sobre el caftán, y sus piernas se agitaban de una manera cómica y torpe, como si quisiera saltar.

Los hombres lo contemplaban riendo ruidosamente. Afanassi Petrovitsch, más cariñoso que todos los demás, jadeaba y decía en tono lloriqueante:

—¡Mira, mira cómo se agarra!

Pero detrás de la tienda de vasta loma corrían hacia la lejanía —no se sabe a dónde— desfiladeros, rocas, la estepa, toda la Mongolia extraña.

No se sabe a dónde corría la Mongolia, el animal salvaje y melancólico.

LOS CUATREROS

Por OVADI SAVITSCH

Hacía ya tres días que estaba lloviendo. Sobre la aldea de Korenevo se apelotonaban, malignas y amenazadoras, las nubes. El río se hinchaba, el agua se encrespaba, y en la superficie nadaban pompas. Los abedules dejaban colgar sus ramas, el humo bajaba a ras de tierra, donde volvía a atraparlo y desgarrarlo un viento húmedo y fuerte. La ropa húmeda tendida en cuerdas y barandillas había sido recogida, la madera de las nuevas construcciones brillaba con obscuros matices, y los pies resbalaban en el barro pegajoso. Los campesinos estaban recluidos en sus casas; en la aldea olía a humedad y pan caliente.

Por la mañana se presentó al jefe de la milicia comunal, Semion Kuzin, un campesino demudado y andrajoso de la aldea vecina, y le contó de manera incoherente que durante la noche le habían robado su único caballo; y al concluir sus amargas palabras, se apoyó desesperado contra la pared y empezó a llorar como alguien que no está acostumbrado a derramar lágrimas.

Hurto de caballos y robo en plena calle había sido la ocupación favorita de los campesinos korenevanos. Pero en los últimos tiempos enmudecieron los rumores de robos de caballos —no porque los hombres se hubieran vuelto mejores, sino porque el oficio resultaba mucho más peligroso—, y no sin motivo atribuía Semion Kuzin a su propia persona el temor de los cuatreros; sin embargo, la denuncia del campesino no le sorprendió grandemente; con sentimiento comprobó que los ladrones de caballos habían cometido su fechoría a favor de la lluvia, que alteraba las huellas o las absorbía por completo. Levantó acta y ordenó a su funcionario de servicio que mandara al embarcadero un pequeño destacamento de la milicia. Luego reflexionó un instante y dijo al campesino que fuera a buscarle más tarde a casa de su padre. Acto seguido se marchó.

El viejo Kusin era tratante en caballos. Vivía con dos hijos a la salida del pueblo, en una casa de dos pisos, con gran patio y cuadras.

Semion no visitaba nunca a su familia, pero este día se arriesgó a ir. No le cabía duda que los cuatreros, en caso de que vinieran a Korneyo, lo primero que harían sería llevar el caballo a casa de su padre.

Cuando Semion entró en el cuarto, el padre y el hermano mayor estaban sentados a la mesa. El segundo hermano se hallaba ausente. Semion torció la boca e intentó sonreír al ver que su saludo quedaba sin respuesta. El viejo le preguntó con sequedad y enfado cuál era el objeto de su visita. Semion relató brevemente el caso. Padre y hermano callaron. El padre le miraba venenosamente; el hermano desviaba la vista. Luego el padre lanzó una carcajada, se levantó y se inclinó profundamente ante el hijo, casi hasta tocar el suelo:

—Has venido a enseñarme. Gracias por la lección. Soy demasiado viejo para eso. Haz tú mismo hijos, y entonces podrás enseñar a tus propios perros.

Semion se encogió de hombros y se volvió silenciosamente. Pero el viejo le interceptó el camino y dijo jadeante:

—Te conozco a fondo y veo lo que pasa en ti. Veo un metro detrás de ti. Sé muy bien lo que te hace temblar. ¡Jefe de la Milicia, bah! El padre ha comprado un caballo robado; ¡qué vergüenza para el señorito! Que el padre no tenga nada que llevarse a la boca, eso le importa un ardite. ¡Qué dirán los camaradas, los malditos; eso es! Pues bien, ahora precisamente voy a comprar el caballo, ¡aunque lo tenga que pagar el triple!

Lento y huraño le interrumpió el hermano mayor:

—Deja, deja, padre, que todo es ya inútil.

Pero ya no había modo de parar al viejo; éste agitaba las manos y prosiguió echando baba:

—A ti te toca callar la boca; no tienes por qué enseñarme lo que debo hacer. Ahora compro el caballo por tozón, y lo pasearé por todo el pueblo gritando: ¡mirad, yo —el padre de Siomka—, he comprado un caballo robado! ¡Yo soy un ladrón y Siomka es mi hijo! ¡Aquí tenéis el nuevo Estado, queridos labradorcitos! Y

si me detienen, entonces me echaré a los pies del juez: "Perdonadme, por el amor de Cristo, pero también mi hijo Slomka el maldito, el jefe de vuestra milicia, ha puesto las manos en este negocio. Mi corazón sangra por él; yo le ayudo y él me ayuda. Y no hemos reñido más que por cubrir las apariencias."

Al concluir se deshizo en grandes carcajadas. Semion alargó la mano para apartar al padre de la puerta. Al mismo tiempo entró del patio por otra puerta el segundo hermano, y, sin fijarse en Semion, dijo con lentitud y prudencia:

—¿Cuándo vamos a teñir el caballo? Ya es hora de que lo hagamos.

Pero en seguida notó la presencia de Semion; lanzó una exclamación y se quedó cortado. Semion se volvió, dirigiéndose en actitud amenazadora a su hermano:

—¿Qué caballo? ¡A ver, pronto!

El hermano le esquivó silencioso. Entonces se echó a reir el viejo y dijo en tono blando y halagador:

—Sí, hombre...; mira, es un caballo que compré anteayer... Quería venderlo, pero, sabes, el color no era apropiado...

Semion frunció las cejas y dijo implacable, sin mirar al padre:

—¡Enséñamelo!

El padre miró a los hermanos suplicando ayuda: éstos se hallaban mudos y hoscos como lobos. Ahora se acerca el padre a Semion, le sacude la manga y se vuelve más insinuante, más cariñoso, como si hablase con un niño pequeño:

—¿Qué es lo que tiene de interesante? Un miserable caballo que no vale un ochavo, un matalón. Mira, Siomuschka, si encontrase algo a propósito para ti o para vuestra milicia, ya os lo diré. Sé de sobra lo que os hace falta...

Semion se sacudió violentamente del hombro la mano paternal y dijo con voz ronca:

—¡Enséñamelo inmediatamente!

Los dos hermanos se movieron. El padre, que acababa de sonreir con risa forzada y humilde, adoptó de pronto una actitud resuelta, irguió la cabeza, echó las manos adelante y gritó:

—¿Que vienes tú a mandar aquí? ¿Has venido para burlarte de mí? ¡Un ladrón soy para ti, un ladrón de caballos! ¡Eso es lo que llamas a tu padre! ¡Fuera de aquí, granuja!

Entonces Semion agarra del hombro al padre—los hermanos avanzan dispuestos a saltar—, le zarandea y amenaza sordamente, medio ahogado:

—¡Entiéndelo... o de lo contrario...!

Al volverse, Semion ve a los hermanos en posición de lucha, salta hacia la puerta y se arranca la pipa de la boca:

—Ahora vamos a ver...

El padre se agarra asustado a las manos de Semion, se agacha y, cariñoso, rápido, cerrando los ojos, atragantándose, comienza a susurrar roncamente:

—Pero no seas bobo, no he querido ofenderte... Te lo enseñaré... Claro que te lo enseñaré... No era más que una broma... Cuidado que te enfureces pronto... Aparta la pipa, apártala... ¿A qué viene todo esto?... No merece la pena, ese es el caso... Por esto yo...

Sin escucharle, dirigióse Semion resueltamente a la puerta que daba al patio. A sus espaldas cambiaron los hermanos tres miradas significativas y salieron tras él. Semion conocía muy bien la casa; fué directamente a la cuadra grande. Allí estaba el caballo robado al pobre campesino. Semion vió que coincidía exactamente con las señas que aquél le había dado. Vaciló, y, sin ruido, sin esperar a padre y hermanos, salió del patio, se sentó sobre una piedra y, ensimismado, clavó los ojos en el suelo. El viejo carraspeó, murmurando luego:

—Lo esencial es que el jamelgo es una basura, no vale nada, absolutamente nada.

Semion permaneció silencioso, sin levantar la cabeza. El padre se inclinó apresuradamente al oído de Semion y musitó:

—¡Siom, escucha, Siom! No es este caballo. Dios me valga, no es éste. Este caballo se lo compré anteayer yo mismo a un marchante; el buen hombre quiso continuar el viaje en tren. Será parecido a aquél, pero no es el mismo. Le tendremos y nadie podrá reconocerlo. ¿Oyes, Siom?

Semion sacudió la cabeza y suspiró profundamente

padre e hijos se miraron apurados. El viejo se rascó en el cogote y dijo en tono de reproche:

—Una niñería. Dios me valga, ¡no más que una niñería!

Y seguidamente, dirigiéndose a los hijos:

—El diablo sabe cómo ha venido esto.

De nuevo volvió a inclinarse al hijo, y esta vez fué en murmullo desesperado:

—¿Oyes, Siom, me entiendes? Esta vez lo hacemos... Tú te marchas en seguida, haces como que te interesas por el caso, mandas gente a buscarlo para cubrir las apariencias... y nosotros soltamos el caballo esta noche, arreamos al maldito jamelgo hasta los límites del otro pueblo.

Calló un momento y luego volvió a hablar con sentimiento y profunda sinceridad:

—Y el caso es que el matalón no vale una perra. Vamos, dame la mano. Convenido, ¿eh? ¡Nadie se enterará de ello!

Semion se incorporó sentado, miró detenidamente al padre, como si ahora le conociera, se levantó y llevóse poco a poco la pipa a los labios.

Ansioso, con la boca abierta, seguía el padre cada uno de sus movimientos; apenas volvió a ver la pipa, hizo un signo a los dos hijos y pronto se colgaron ambos de los brazos del hermano. Semión no opuso apenas resistencia. Dejó caer la pipa, inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció así, ensimismado e inerme, entre sus dos hermanos.

El padre se acercó y dijo severamente, sin sonreír:

—Semion, no juegues. Deja eso, te digo. Vamos a tratar de arreglarnos por las buenas. Ya te lo hemos dicho, te devolveremos el caballo. Concluído, ¿no?

Como no obtuviera respuesta, el padre agregó irritado, levantando la voz:

—A quién querías denunciar? ¿Lo has comprendido bien? ¿Soy tu padre, o no?

Semión miró directamente al viejo en los ojos y le dijo de un modo simple y grosero, como si todo lo que hasta aquí ocurrido no hubiera sido más que un juego de niños:

—Déjame salir. No tengo verdaderamente tiempo para entretenerme aquí con vosotros.

Los hermanos continuaron sujetando a Semion, sin perder de vista al padre. La cara del viejo se iluminó de nuevo, y, medio tranquilo, medio desconfiado, trató de persuadir a su hijo:

—Ese matalón... nadie se enterará jamás de nada... Vamos a tefirlo y a venderlo; en alguna aldea apartada, o quizá incluso en otro distrito. Trato hecho, ¿no?

Semion miró al padre fijamente, sonrió y siguió inmóvil. Tragó saliva y dijo despacio, con trabajo:

—¡Trato hecho!

El viejo, vacilante aún, miró indeciso a sus hijos y éstos soltaron a su hermano con la misma indecisión. Semion respiró profundamente, estiró sus miembros, cual si estuvieran adormecidos, miró a todos y, rápido y ágil, con todas sus fuerzas, dió al viejo un puñetazo en el pecho. El viejo cayó rodando.

Luego echó a correr y, mientras corría, desabrochó el bolsillo de la pistola; pero los hermanos le alcanzaron en la puerta, le agarraron, le derribaron y se volvieron interrogativamente hacia el padre. Este se levantó lentamente, tosiendo y escupiendo; se acercó al grupo, dió una patada a Semion en el costado y silbó lleno de cólera:

—Conque eres así?... ¿Quieres denunciar a tu propio padre? ¡Habla...! Te pregunto por última vez: ¿Tienes el propósito de traicionarme?

Por toda respuesta Semion irguió el cuello, respiró profundamente y comenzó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones. Sus gritos cesaron en seguida, pués los hermanos le amordazaron con las manos. El rostro del viejo se cubrió de manchitas rojas. Babeando, palideando, temblando de pies a cabeza, exclamó rabioso:

—¡¡Pegadle! ¡Pisoteadle! ¡Matadle!

Inmediatamente se hincó de rodillas y, con mano ligera, asestó al hijo el primer golpe.

Cuando el campesino robado vino a buscar al jefe de la milicia, llamó largo tiempo a la puerta de la casa de Kuzin. Como nadie respondía, entró en el cuarto vacío, abrió la puerta que daba al patio y retrocedió espantado. Con el rostro demudado por el terror, se acurrucó junto a la barandilla de la escalera, y comenzó a gritar como las mujeres, profiriendo chillidos estridentes y desesperados.

EL POLIPO

Por FIODOR GLADKOV

Hay entre nosotros una especie de ciudadanos que podrían ser llamados sacacorchos. Yo, personalmente, en mi calidad de trabajador responsable, he topado con ellos muy a menudo. Son personas que se incrustan en la vida con profundidad de raíces, y aunque fuerais más astutos que el diablo, no conseguiríais arrancarlos de vuestra existencia. Gritad cuanto queráis: no hay dinamita que valga en tales casos. Os asfixiáis, saltáis en pedazos en vuestras explosiones de honrada cólera, vais al manicomio, a la cárcel: ¡y el "sacacorchos" os mira con ojos inocentes, animados y alegres, sonríe desarmado y además siente lástima por vosotros, os da golpecitos en el hombro! Tratad solamente de tirar de él y veréis cómo se os lleva consigo todo lo interior de vuestro orden habitual. Quemadle, destrozadle, reducidle a polvo: todo en vano, él es como esa ave fénix, viva e invulnerable; se torna más agudo, más afilado y continúa sonriéndose afable y alegre. Durante la revolución tropecé con pocos de estos tipos. Vivían subterráneamente y quizá tiraban contra ellos de lo lindo allí donde asomaban. Pero ahora se han multiplicado como los roedores en los graneros. Sí. En fin, hoy quiero contar algo acerca de uno de estos sacacorchos y roedores...

Ahora trabajo en el Comité del Algodón (1), antes fui director de una fábrica textil. Distrito obrero. Gran centro proletario. Nuestra fábrica pasaba antes de la revolución, por una de las mejores instaladas y pertrechadas. En lo concerniente a la técnica, la última palabra del progreso en el extranjero. Hospitales, escuelas, comedores, jardines infantiles, habitaciones magníficas

(1) Sección del Consejo Superior de economía.— N. del T.

cas; incluso había un Instituto de segunda enseñanza. Los obreros trabajaban por familias enteras en la fábrica, de generación en generación. Unidos, también por familia enteras, tomaron parte en la guerra civil Muchachos excelentes. Buenos comuneros. En una palabra: pureza y ardor de la sangre proletaria en su más alto sentido. Yo mismo soy uno de los herederos proletarios de allí y he seguido todo el curso técnico.

Como todos, también nosotros tuvimos que atravesar una crisis grave. No había algodón. Las máquinas, destaladas. Un período de hambre. Penas y vejaciones con motivo del despido de obreros. Escándalos, conflictos. Los trabajadores excitados por el temor de ser echados a la calle. Uno se agotaba tratando de tranquilizarles, de contagiarles la propia confianza. Es tu propia gente; la conoces desde pequeño y con muchos de ellos has corrido junto sin calzoncillos. Ahí viene un Petrucha o un Vanka —en el frente hemos llevado a cato hazañas hombro con hombro—; te mira con ojos extraviados y sonríe pánicamente:

—Pero ¿qué es lo que pasa, Grischa? Tú, aunque director, eres uno de los nuestros. ¿No es posible acabar con todos esos abusos? La gente revienta...

En apariencia hace como si hablara por todos, pero se nota que, en realidad, no habla más que de sí mismo. El terror se ha apoderado de él y en su corazón reina una confusión violenta. Entonces uno habla como si se dirigiera a sí propio:

—No siembres pánico, Petruscha. Ya debes saber cual es la situación en el país. Hemos de sobrepasarla de una u otra manera.

Existía confianza mutua y amigable y un alto grado de conciencia.

En esta bella época se presentó una vez en mi oficina un hombre pequeño y ágil. Cartera grande y doblada a la manera de los abogados. Melena. Mal afeitado. Polainas de rollo. Botas rotas de piel de Rusia. Camisa sucia, engrasada de sudor. El pantalón abría una gran boca por encima de la rodilla, enseñando debajo la carne mugrienta. Me miró fijamente y estiró el pescuezo hacia adelante como suelen hacer los gansos.

—¿Parece ser que es usted el director de la fabrica, querido camarada?

—Sí, estimado camarada, lo soy. ¿Qué desea?

Con paso firme y nada tímido se acercó a la mesa, se apoyó en ella negligentemente y contempló el cuarto lo que ha quedado bien grabado en mi memoria fueron sus manos. Al apretar mis dedos, su mano se pegó, blanda, sudorosa, cual gutapercha, a mi carne, y me costó trabajo arrancarla de su palma. Algo aceitoso y dulcecil. Nuestro tipo sacó una cajetilla de cigarrillos, encendió uno, rodó entre las manos la cerilla humeante, jugó con ella, y, finalmente, la tiró.

—Estimado camarada, ahí tiene usted el cenicero, no se debe arrojar las cerillas al suelo. ¿En qué puedo servirle?

Mis palabras cayeron en el vacío. El camarada guiñó un ojo obligado por el humo, se alisó el cabello y escupió por entre los dientes.

—Camarada, le ruego no escupa en el suelo.

De nuevo volvió a no tomar en consideración mis palabras. Miró en torno suyo y rechinó malignamente los dientes.

—Tiene usted su gabinete amueblado en forma verdaderamente burguesa...

Se sentó en un sillón —no en una silla, sino en un sillon—, montó cómodamente una pierna sobre la otra y escupió otra vez por encima del hombro.

—Sí, sí; asientos blandos. Esto fomenta la despreocupación y el engorde.

Sin cumplidos escarbaba con ojos y manos en la mesa. Y de nuevo esas manos, inquietas, llenas de mugre, retorciéndose, arrastrándose. Había cogido una esquela que se hallaba plegada en cuadro y se la llevó a la nariz. Yo le miraba y sentía que perdía los estribos, que mi serenidad y mi dominio estaban a punto de quebrar. Luchaba con el deseo de agarrarle de la solapa y ponerle de patitas en la calle. Alargué la mano para arrancarle la esquela; él se apartó un poquito. Le arrebaté simplemente el papel de la mano, y él me miró inocentemente, con la extrañeza de un niño de teta. ¡Ni una

sombra de confusión o cortedad! Como si lo hubiera esperado. Pero lo que me dejaba perplejo era la inmensa fuerza de su confianza en sí mismo. Respiraba esta autoconfianza; estaba forjado enteramente de ella, como de metal. Había adoptado una actitud algo enfática e íntima, con un tono de arriba a abajo o incluso algo despectivo, como si yo fuera un muchachillo de tres al cuarto.

—Oiga usted, camarada —le dije—, ignoro quién es usted. Si tiene algo importante que decirme, hágalo lo más pronto posible: no dispongo de mucho tiempo. Es mejor que se marche. Todo lo que desee lo averiguará en la Administración de la fábrica.

Mi interlocutor no pestañeó siquiera.

—¿Por qué he de marcharme, estimado camarada? Es absurdo echar a un hombre sin haber escuchado lo que quiere.

—Bien. ¿Qué es lo que desea usted?

El pelma enseñó los dientes con una expresión maligna y desvió la vista de mí.

—Muchas cosas. Ahora, por ejemplo, vengo aquí para trabajar.

—¿Cómo para trabajar?

—Muy sencillamente: para trabajar.

—Pero si no tenemos trabajo para usted.

—¿Para quién, pues, tiene usted trabajo?

—Por el momento estamos despidiendo mucha gente. Es imposible darle trabajo.

—¿Cómo imposible?

—Precisamente imposible. ¿Usted entiende el ruso?

—En mi casa tengo a Puschkin y a Plejanov sobre la mesa, y leo a Lenin cada noche en la cama.

—¿A cuento de qué me dice usted eso?

—A cuento del idioma ruso. También mi nombre es puramente ruso: Kovaliov.

—Bien, camarada Kovaliov. Váyase a su casa. No tenemos trabajo adecuado para usted. Paro forzoso. Despidos...

Se levantó del sillón y, con paso lento e importante, como si se hubiera ya acostumbrado al cuarto, como un buen amigo, se acercó a mí por un lado, sonriendo intimo y me dió un golpecito en el hombro, entiende us-

ed, me dió un golpecito en el hombro, con aire amable
y protector.

—¿Y cómo sabe usted, director, qué trabajo es ade-
cuado o no para mí?

Yo me arrellané en la silla y le miré con el recelo de
se lobo. Debiera haberle echado con cajas destempla-
las y dado orden de que jamás le volvieran a dejar pa-
ar el umbral de la fábrica; pero, en vez de hacer esto,
e miré como un tonto a los ojos. En estos ojos se ocul-
taba un diablillo macizo, que investigaba curioso. "¿Qué
ase de persona tengo ante mí?". Y, esto es lo princi-
pal, tal orgánica seguridad de sí mismo y tanta calma
en talina desarmaban. Poco a poco volví a rehacerme,
y el simple pensamiento de arrojarle a la calle me pa-
reció insensato, estúpido, injustificable. Vamos a ver, pen-
sé, qué pajaro es éste. Para echarle siempre me queda-
rá tiempo. Le miré y sentí dudas acerca de cuál de sus
dos cualidades era predominante: su frescura o su en-
tendimiento.

—Esta es una fábrica textil, camarada Kovaliov.

—Naturalmente, una fábrica textil. Eso lo sé yo sin
necesidad de que usted me lo diga.

Se rió sarcásticamente y me miró obstinadamente a
los ojos. Se debía tomar por un tonto rematado (jen-
darme y montarme sobre ti es una pequeñez para
mí)...

—¿Qué entiende usted de cosas textiles?

—Absolutamente nada. Precisamente ahora quiero
meter la nariz en ese dominio.

—Pues si no ha metido usted nunca la nariz en el
ramo textil, no tiene usted nada que buscar aquí.

—¿Había usted metido ya la nariz en el sillón de
director cuando aún trabajaba en el telar?

—Es posible que no la hubiera metido.

—Es posible que tampoco yo haya olido nada de
textiles.

—¿Y qué quiere decir esto?

—¿Por qué no he de ocuparme yo un poco de cosas
textiles?

—¿Qué puede usted desempeñar?

—Todo.

—Por ejemplo

—El ejemplo es la acción. Aquí tiene usted la solicitud, escriba su decisión al pie y ahí tiene usted un ejemplo. Y aquí tiene usted el ejemplo número dos...

En seguida echó mano a la cartera, abrió el cierre automático y sacó un legajo de documentos.

—Ahí tiene usted un escrito de tal y tal y tal.

Y pronunció una serie de nombres importantes: entre ellos figuraba el Consejo Panruso de Sindicatos y el Consejo de Comisarios del Pueblo e incluso la Kominterna. Nuestro hombre había sabido deslizarse allí también y, probablemente, había procedido de un modo tan independiente, tan tranquilo y tan terriblemente seguro. Se notaba que estaba embargado por un espíritu fatalista: una fe gigantesca, insólita, en sí mismo y en su destino.

—Le digo que no, camarada Kovalov. Recoja usted su solicitud y retire de mi vista todos sus papeles. No acepto ninguna referencia.

—Bien. No admite usted ninguna: ya lo veo y no quiero negarlo. Pero yo puedo sostenerme sobre mis propias piernas, los caminos no me asustan y para mí no hay plazas ocupadas que valgan.

El tipo, me entiende usted, le desbordaba e inundaba a uno sencillamente. ¡Que el diablo le lleve!

—¿Cuál es su profesión?

Hundió sus manos en los bolsillos del pantalón y, por alguna razón, comenzó a apartarse de mi mesa, tomando ruidosamente. Y con un gesto desdeñoso dió un par de chupadas al cigarrillo que tenía en un ángulo de la boca:

—En nuestro país soviético todo individuo capaz tiene el deber de aceptar toda profesión sin pestañear.

—¿Cómo? ¿De manera que usted no pestañearía ni aun en caso de que se le confiara un cargo de químico, arquitecto o perito para el cultivo del algodón?

—Los que pestañean son los escrofulosos. Nietzsche lo ha dicho bien llanamente.

—¿Y probablemente ha oído usted también en el Ejército Rojo?

—Hoy los hombres conocen a los veinte años todos los olores de la vida. El Ejército Rojo no me cuadra

Allí hay que andar demasiado derecho, y no me agradan las líneas rectas.

—Y a mí no me gustan mucho las líneas sinuosas y complicadas. Por esto nuestros caminos son diferentes. Tengo que hacer, haga el favor de dejarme en paz. Y le ruego que no vuelva a presentarse por aquí...

Salió del cuarto con vivacidad, lleno de dignidad completa y la conciencia de una fuerza invencible. Hasta sus espaldas, con los amplios omoplatos, incluso su velludo pestorejo, estaban hinchados de esa confianza en sí mismo y del orgullo de no vivir en balde.

Pasaron dos días. Yo le olvidé en medio de la inquietud y la premura de los negocios. Los días eran agotadores, enervantes: los trabajadores, intranquilos y temerosos. A cada momento era necesario consolar, tranquilizar, convencer. Las mujeres lloraban. El aire estaba preñado de maldiciones. Obsesión, temor, desaliento, iras generales. En la Comisión de control, escándalos, equivocaciones. La fábrica rechinaba como una rueda sin engrasar. Los obreros le miraban a uno con ojos turbios y uno sentía con dolor que entre tú y ellos se rompía un íntimo lazo. Se estaba, por así decirlo, sobre una parrilla al rojo, y en cada antiguo amigo se veía a un enemigo herido.

Uno de esos días fui al consejo de fábrica. En el vestíbulo, una masa humana, como cucarachas. Apreturas, disputas y canturias. Otros están sentados y esperan taciturnos algo que ha de venir. Paso por el cuarto de la Comisión de cultura y, ¿qué veo? Detrás de la mesa, junto al presidente, un muchacho muy meditativo, pero no muy clarividente, está sentado aquel mismo sacacorchos y le explica algo con gran alarde de palabras. Los dedos juegan con los papeles y hacen ribetes con las uñas. El presidente de la Comisión de cultura está asombrado; le mira con ojos de pez y traga saliva en su perplejidad.

—Pero, ¿también se ha metido usted aquí, camarada Kovalíov? ¿Qué hace usted aquí?

El sonrío amable, como un antiguo amigo, y, alegre, con el encanto de un niño de pecho, me tendió la mano.

Aun no sabía si darle o no la mano, cuando ya él, inmóvil, casi negligente, se agarró a ella. Luego se arrellanó, seguro de sí mismo, montó con abandono una pierna sobre otra y encendió un cigarrillo.

—Camarada director: nosotros, yo y el presidente de la Comisión de cultura, estamos, precisamente, resolviendo algunos problemas difíciles de la labor cultural. Yo he conseguido algunas mejoras importantes y le he descubierto algunas Américas. El cree que no me faltan talento y energías. Y yo estoy completamente de acuerdo con él...

El presidente de la Comisión de cultura sonrió subyugado, golpeó sobre los papeles con todo el entusiasmo de que era capaz y masticó con placer las palabras:

—Lo confieso..., una serie de cosas valiosísimas... Es preciso utilizarlo, elaborarlo, ponerlo en práctica.

—Vamos, el pez ha mordido; ¿verdad, camarada Kovaliov?

—Ha mordido, camarada director.

—¡Es usted un muchacho tenaz!

—El hombre se mide por sus finalidades. A estas finalidades corresponde la grandeza de aquello que se consigue. El claro objetivo se muestra en la tenacidad.

No era tonto. Y uno se alegra siempre de ver gente lista.

El presidente del Consejo de fábrica era un hombre prudente, de percepción muy delicada en lo referente al espíritu de los trabajadores. Por haberse criado en su compañía, conocía las peculiaridades de cada uno. Éramos amigos desde nuestra juventud. Juntos nos sentimos inflamados por la llama revolucionaria. Juntos también volvimos a poner en marcha la fábrica. Un muchacho de excelente corazón, dispuesto a dar su última camisa y a sacrificar su vida por los camaradas. Como representante del sindicato, me ponía a veces en un aprieto. De aspecto sombrío, fuerte como un toro y huraño, podía parecer despiadado, rudo y, acaso, corto de alcances a un recién venido. El bigote tenía una buena parte de culpa en su exterior repelente: éste cubría sus labios casi hasta el final; la barba con pelos largos y rojizos. Tenía algo de araña, algo siniestro. Pero su alma era lo más tierno que se puede imaginar.

—Mira, hermano Andriuscha, no tropieces. No me parece prudente admitir a nuevas personas en este período de crisis y despidos.

—¡Qué diablos dices de gente nueva, cuando no podemos ni siquiera dar empleo a la antigua! ¿A qué te refieres?

—Ese roedor de allí me ha arañado ya. Yo le he mandado al diablo. Ahora hace y deshace en tu Comisión de cultura.

—¡Ah! ¿Hablas del camarada Kovalkov?

Y en sus ojos cabrilleaban luces infantiles; las puntas del bigote se movieron como patas de espina.

—Tú pareces no entender ni una palabra de personas, hermano. Ese muchacho es valiosísimo y un verdadero virtuoso en la labor cultural. Hace cosas maravillosas.

—Me parece que se te ha colado completamente en el alma. Procura que no haya disgustos. Crisis de trabajo, despidos. Va a haber escándalo si los obreros lo huelen...

Poco tiempo después hicieron irrupción en mi cuarto media docena de obreros —muchachos jóvenes— despedidos. Sudorosos, los ojos en blanco, jadeantes, atropellándose al hablar y agitando los brazos:

—¿Qué es esto, camarada Muchin? ¿Se nos lanza por la borda como si fuéramos basura, mientras que algunos forajidos y bandidos reciben tarifa elevada y son colocados en primera fila? No estamos dispuestos a soportar cosas semejantes. ¡No toleramos que se nos escupa a la cara!

—Pero, chicos, vamos a ver, ¿de qué se trata? Aquí no hay ningún forajido, ni nadie os escupe a la cara. Estáis diciendo tonterías.

Como si les hubiera dado un latigazo: como un solo hombre, las caras demudadas de rabia, se acercaron a la mesa. Vociferaban cada uno a su guisa:

—¡No permitimos que nadie se burle de nosotros. ¿Para qué se os ha puesto aquí? Estábamos hartos de los antiguos amos. ¡Los nuevos amos no piensan más que en la mejor manera de atar corto a los trabajadores!

Después de vocear un poco —tanto ellos como yo— al modo obrero nos suavizamos algo.

—Entiéndenos, camarada Muchin. Se nos echa a la calle como a perros sarnosos,* y el Consejo de fábrica admite a costa nuestra a alguna rata...

Al fin conseguí tranquilizarles. Se marcharon. En seguida entró, disparada, la secretaria de la célula del Partido, la descarada Aniuta Schustov, siempre dispuesta a replicar. Una de aquellas que, con el fusil en la mano, había realizado con nosotros el gran cambio de frente del Ural al Norte y del Norte al Cáucaso.

Toca con los nudillos sobre la mesa, y luego golpea como con un hacha:

—No dejo la cosa tal como está. Voy a menear el Partido. Vosotros, los jefes, destruís la confianza de las masas en el Partido y en el poder soviético.

Y otra vez lo mismo: el camarada Kovaliov.

Fui a ver al presidente del Consejo de fábrica.

—Vamos, Andriuscha, hermanito; tú te has migado la sopa. ¡Hazme ahora el favor de comértela!

Pero él sonríe, mueve las patitas de araña y me mira como un toro.

—Acaba de una vez de sembrar pánico, director. Todo está arreglado. No deseo prescindir del camarada Kovaliov. No hay razón para jugar con obreros hábiles y activos. Sería una negligencia criminal dada nuestra pobreza. Le he mandado a la sección de gobierno del Sindicato, con la condición de que nos le devolverán cuando lo queramos. Tan sólo dudo que se desprendan de él de buena gana.

Confieso que me alegré de perder de vista al sujeto. Apenas había transcurrido una semana cuando me encontré con Aniuta. Me cogió del brazo, y lo raro de esta ternura me extrañó:

—¿Cómo estás tan amable, Aniuta?

Tenía una debilidad: se lanzaba como una hambrienta sobre los buenos obreros y los mimaba como una madre.

—He cometido una falta enorme que no me perdono: he dejado partir a un activista excelente y capaz.

—¿No te refieres a Kovaliov?

—Al mismo. Hoy me ha visitado y hemos conversado sobre diversas cuestiones. ¡Un muchacho singular! Ha solicitado su admisión en el Partido. Y es preciso admitirle. Estoy decidida en absoluto a arrancarle de

la sección regional. Somos tontos, director, y no gente con olfato: no entendemos ni jota de buenos elementos de trabajo.

Me eché a reir y le dije que consideraba a Kovaliov como un aventurero refinado y un arribista. Gente de la calaña de Kovaliov se sienten en todas las circunstancias y en todos los órdenes como el pez en el agua. En todas las contrariedades del destino saben salir secos del agua. Son truhanes ambiciosos y astutos, a quienes deja frios el interés social y que juegan con todos los ideales y consignas como los jugadores tramposos con sus cartas marcadas. Atrapan altos puestos, aplastan personas con automóviles y escupen con la satisfaccion intima y el desprecio de impostores felices hacia el mundo.

¡Oh!, ¡cómo me apabulló Aniuta!

—¡Eres un burócrata, un obtuso bonzo! ¡Te has divorciado de las masas y del Partido! ¡Te has impregnado del antiguo espíritu burgués de gabinete!

También aquí había penetrado el sacacorchos hasta la médula...

Transcurrió quizá medio año. Fuí echando en olvido esta historia, aun cuando el nombre Kovaliov resono más de una vez en mis oidos. En la asambica regional de la federación topé de nuevo con él. No le reconocí en seguida: parecia haber crecido; estaba más lleno y afeitado apuradamente y daba una sensación de limpieza corporal. La melena lavada y de un gris paloma. Blusa azul. Botas de caña. Y lo que más me extrañaba: se incrustaba profunda y durablemente en la memoria. y tenia algo típico del militante sindical.

—¿Cómo le va, camarada Kovaliov? ¿Parece que ha marchado por una calle muy ancha? Sin duda posee usted botas de siete leguas.

Me rozó con una mirada lateral y marcó un gesto sarcástico, lleno de negligencia y distracción.

—Indudablemente, camarada director. Tenemos botas de siete leguas y una calle ancha bajo los pies.

—¿Y ha ingresado usted ya también en el Partido?

—No sólo estoy "ya" en el Partido, sino que me intereso a que se me reconozca de nuevo la antigua etapa que pasé en él

—¿Antigua etapa? ¿De qué etapa habla usted?

—De una de cuatro años, director. Por una equivocación fui expulsado del Partido. Los camaradas de la Comisión Central opinan también que se me ha "limpiado" sin ningún motivo.

Quisiera herirle, pincharle en lo vivo, darle a entender que le conozco muy bien y sé de sobra lo que vale.

—Sí, es usted un hombre listo y hábil, camarada Kovalov.

—¿Verdad que sí? Cierto que no un hombre hábil, sino activo, consciente de su valor, superior al tipo medio del obrero.

El tono de su voz era imperioso, aleccionador. El movimiento de su cabeza, toda su figura, los ojos, denotaban una inmensa confianza en sí mismo. Y yo me sentía a su lado como un chapucero, como un inepto peón.

El habló tanto en las discusiones de la fracción como en las del pleno. ¡Y había que oírle! Suave, juicioso, con escapadas a Lenin, Engels y Marx. En momento oportuno recordaba ciertas palabras cortantes de Plejanov e Illitsch. Se mantenía independiente con mesurado orgullo, y cada palabra suya respiraba profunda abnegación por el Partido y profundo conocimiento del movimiento sindical. Y, como siempre: invulnerable confianza en sí mismo y la convicción de que iba a ganar el juego.

La cara de Aniuta exultaba, y más de una vez me tiró de la manga:

—Vamos, ¿no te lo había dicho yo, zopenco? ¡Búscame un trabajador parecido y una cabeza tan inteligente!

Andriuscha no hacía más que mover las guías del bigote, graznaba y se daba golpes sobre la rodilla.

—¡Y que tenga que soportar esto! ¡Granuja! ¡Astuto, miserable!

Se le nombró miembro de la administración y secretario de la sección regional.

A partir de ese momento avanzó a grandes saltos en su carrera. Y desde entonces sentí también con toda crudeza que él y yo éramos enemigos para toda la vida.

Este hombre poseía una aptitud incomparable para entablar y afianzar relaciones con las más altas perso-

nalidades. Cuando se le encontraba, lanzaba nombres al retortero, sin darle importancia, indolente, con una sonrisa familiar y burlona en los labios:

—¡Ah! ¡Trotski!... Ya le he dicho una y otra vez que es absurdo en su lógica obtusa... Michail Pavlovitsch Tomski —un muchacho excelente, pero, a veces, un poco infantil... Nikolai Ivanovitsch Bujarin..., un camarada inteligente, aunque sus trabajos sobre cuestiones literarias son algo cómicos. Ya le he dicho que él no entiende nada de esas cosas...

Esto era dicho con tal talento y tal mesura, que todos le creían y estaban convencidos de que el compañero Kovalev era un hombre extraordinario y que Dios sabe! Quizá era verdad que este hombre tenía dotes excepcionales; que yo no le entendía y merecía un alto puesto directivo. ¿Me equivocaba yo quizá?

Con relación a mí se mantenía correcto, testimoniándome consideración; pero yo veía muy bien que a través de esa corrección y ese respeto, caían sobre mí ironía, desdén y algo así como odio. Sentía que este hombre aprovecharía la primera ocasión para jugarme una mala pasada e inutilizarme. Por mucho que me esforzaba en tratarle de una manera fría y formal, no podía de ningún modo acallar mi irritación. El se daba cuenta de esto—no *se* podía negar que tenía una mirada penetrante y conocía a los hombres. Me contemplaba con oculta burla en las pupilas; se comportaba como un vencedor, poseído de un sentimiento de superioridad, y trataba por todos los medios de hacer salir mi irritación a la superficie.

Una vez vino a mi oficina en auto, elástico, lamido, con una cartera nueva y brillante, pero vestido con acentuada sencillez proletaria. Se sentó frente a mí, empapado de espíritu activo, consciente de la alta misión que le había confiado la historia. Pero la conversación versó sobre las cosas más simples: la regulación de los salarios de los obreros mal pagados con arreglo al contrato colectivo. Aquí tuvo lugar entre nosotros el primer choque, que enredó la madeja de nuestras relaciones ulteriores y mezcló a toda una serie de personas en un vergonzoso juego de intrigas, que se ha prolongado hasta estos últimos tiempos. La cuestión había quedado re-

sucia en un par de minutos. El miró de lado, según su costumbre y masticó despacio e irritado:

—Lo veo, camarada Muchin; la cosa no vale un bueno huero y tú me has hecho venir especialmente en su tontería.

—Yo no lo comprendo, camarada Kovalov. Usted mismo se ha dignado traer aquí inútilmente su importante persona.

Me taneó insistentemente con sus ojos sabihondos, con el propósito de zaherirme lo más dolorosamente posible.

—No he venido aquí por tus bellos ojos. Los intereses de los trabajadores me importan mucho más.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Y a mí me son indiferentes los intereses de los trabajadores? ¿Es usted el único defensor de sus intereses?

—Claro. De lo contrario no hubiera venido aquí. No te las des de liberal, pues no eres más que un funcionario administrativo, un tonto de la economía. Lo mismo que todos, no conoces límites y eres únicamente apto para provocar conflictos.

La sangre se me subió disparada al rostro. Mi corazón saltaba hasta hacerme daño. En mi interior reventaron todos los diques. Esa criatura apestante, ese arribista y ambicioso se atrevía a calificarme de bribón, escupiéndome el insulto en plena cara. Me levanté rápidamente de la silla y grité a voz en cuello:

—¡Usted se olvida a sí mismo, ciudadano Kovalov! ¡Usted es un arribista y un demagogo! ¡Váyase al diablo!

El, muy tranquilo, muy disciplinado, sin una sombra de excitación, me midió de la cabeza a la mesa y de arriba abajo, y preguntó fríamente, con dignidad, preocupado:

—¿Cuando has estado la última vez en casa del médico? ¿A qué viene este ataque de nervios?

—¡Vete de aquí, aventurero!

Esto sí que sonó verdaderamente un poco tonto; pero me hallaba acalorado. Luego me avergoncé.

Al día siguiente vino Andrinscha a verme, me estrechó la mano y me examinó inquisitivo con su mirada de loro.

—¿Cómo te has comportado ayer tan neciamente, Grischa?

—¿Te refieres a Kovaliov, Andriuscha? Tan sólo siento no haberle tirado por la ventana. Ese estafador no merece otra cosa.

—Está cansado, hermano; me parece que debes cuidar tus nervios. ¿Es procedente que uno de nosotros tenga la cabeza destornillada? En la sección regional no se habla más que de tu salida.

—¿Cómo? ¿Aún se atreve a abrir la boca? ¡Ya le enseñaré yo cuántas son tres y dos!

—Acaba, pobre tonto. Con qué rapidez olvidamos que somos comunistas. Perdemos el suelo bajo los pies y tropezamos en toda clase de tonterías. No te reconozco, Grischa.

—Está bien. Se acabó. Me hallo verdaderamente irritado. Debiera uno haberse dominado y mantenido en actitud tranquila. Pero te aseguro una cosa: ¡ese estafador no volverá a pasar por el umbral de mi puerta!

—En primer lugar, Grischa él es secretario de la sección regional y no un estafador. Toma buena nota de esto. En segundo lugar, tienes que reconocer tu falta con relación a él.

Yo di un salto de sorpresa y de nuevo sentí lacerado mi corazón. De ninguna manera quería creer que el presidente del Consejo de fábrica, mi íntimo camarada Andriuscha, que era para mí alma y corazón, que me comprendía sin palabras, como yo a él, fuera capaz de semejante maldad.

Nos separamos, mirándonos silenciosamente, y en su mirada, bajo las velludas cejas, vi desvío y tenebrosa interrogación.

El mismo día se presentó Aniuta furiosa; lanzó su cartera sobre la mesa y se acercó a mí con estrépito y cólera. Sus labios estaban azules, los ojos irradiaban anegue.

—Dime, Muchin, ¿tienes la cabeza en su sitio o se te ha caído la médula cerebral en tu agujereada silla de director?

Resolví permanecer impasible, salir del paso con bromas y hacer como si la estúpida historia no hubiera dejado en mí la menor huella.

—No, Aniuta. Al verte ahora me acordé de cómo

sufrimos y luchamos llenos de entusiasmo en el frente. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Años inolvidables!

—Lo que fué ya pasó. Deja los sentimentalismos poéticos. Ahora vivimos en una época positiva, económica. Lo importante es no mostrar los sentimientos, sino ser un trabajador juicioso y de confianza. Vosotros, amigos, en vuestras alturas de mando os habéis transformado en generales, os petrificáis vergonzosamente. ¿A qué viene eso de recordar las jornadas del frente? ¡Una verdadera hipocresía!

—Bueno, mira, déjame de retahílas y desenmascaramientos, Aniuta. Tú misma sabes muy bien que eso no cuadra aquí. No nos conocemos ni vivimos juntos desde esta mañana. ¡No me calientes los cascos! ¡Diablesa!

—No he venido aquí para bromas, Muchin. Has procedido con Kovalkov de una manera sublevante, indigna de un camarada.

—¡Ay, Aniuta! ¿Otra vez con ese Kovalkov? ¿Os habéis conjurado, o qué?

—Tienes que acabar con eso, Muchin.

—¿A qué llamas acabar?

—Debes escribirle disculpándole y juzgando tu proceder como se merece.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces la cosa irá a la Comisión de Control y se te condenará.

—Mira, Aniuta; si no te conociera y estimara como camarada y amiga te habría tapado la boca a tiempo. ¡Permiteme que te diga que no permito que se me hable de esa manera; y ni una palabra más de ese estafador!

—Vamos, vamos. Ahora me convenzo de qué clase de persona eres. Te declaro abiertamente que voy a combatirte. Y contra ti no estoy sola; también me apoya el presidente del Consejo de fábrica. Y no hablemos de los camaradas de la sección regional.

—No me importa; ya sabes que no soy de los temerosos. Esto es una intriga, querida camarada. Como inspirador e impulsor principal de la misma considero a Kovalkov. Sé lo que fragua y sé que es capaz de cualquier infamia. Te lo advierto, Aniuta; reflexiona y examina las cosas de un modo objetivo y atento.

—Para mi está todo claro, Muchin. Pero ahora he visto bien lo que te has vuelto: la actitud de tu amo, prejuicios de propietario, altanería. Nosotros estábamos ciegos, y Kovaliov te ha olido hace ya tiempo.

Se marchó a toda prisa, como se había venido. Cuando la puerta se cerró tras ella sentí por primera vez que me hallaba solo; que los hombres con quienes había pasado toda mi vida se habían desviado de mí. Mis compañeros de lucha y amigos de sangre se habían vuelto adversarios míos, y el lazo que nos unía se rompía. Los días de amistad tan repentinamente desgarrados me hacían daño hasta llorar, me producían un dolor insoportable. Ni Aniuta ni Andriuscha volvieron a visitarme. Cuando nos encontrábamos en las reuniones de las células o en conferencias no nos mirábamos a la cara, y en las discusiones me atacaban en forma punzante y ofensiva, esforzándose por crear una atmósfera de desconfianza contra mí y calificar de malévolos actos de sabotaje esos prejuicios insignificantes que son inevitables en nuestros duros días de la reconstrucción industrial. Era necesario tanto un trabajo inmenso como un gran dominio de sí mismo para demostrarles con números la insensatez de sus inculpaciones y desarmar todo el arsenal de sus calumnias premeditadas.

También cambió la actitud de la masa obrera en sus relaciones conmigo. Siempre me había unido a los trabajadores la más cálida amistad. Solía ocurrir que en las horas libres, durante los días de reposo, nos encontrásemos en la calle, en el club, y, con arreglo a antigua costumbre, recordáramos el pasado, jugásemos al fútbol. Nos reuníamos a veces en casa de algún buen amigo una verdadera asamblea de antiguos camaradas de juegos y excursiones. Té, de vez en cuando también cerveza, animación, ruido, canciones... Y nunca hubo nadie que me reprochara prejuicios, altanería o endurecimiento. ¡Y de repente se había erguido entre ellos y yo una sombra negra y fría!

En el club, en la calle, en torno mío se hacía el vacío. Me saludaban reservados o sombríos, y el que le hacía se retiraba rápidamente. Había varios camaradas en corro charlando y riendo: me acercaba yo y en seguida cambiaba de un golpe la atmósfera, todos se

sentían abrumados, todos miraban a un lado, con temerosa desconfianza y turbación en los ojos.

Un día me encontré en el club con un antiguo amigo, un herrero del taller de herramientas. Le agarré de la solapa y le miré inquisitivo a los ojos. Su cara era rara, la raíz de la nariz abollada, como si le hubieran descargado un puñetazo entre los ojos dejándole esa hoya como recuerdo para toda su vida. Pero los ojos eran siempre listos, claros, transparentes. Sin embargo, ahora parecían oxidados.

—Dime, amigo Koptiaiev, ¿por qué han cambiado de repente para conmigo todos los antiguos camaradas? ¿Qué ha pasado?

Koptiaiev miró a su lado y sonrió algo confuso.

—No lo sé, camarada Muchin. Los muchachos me parecen estar bien encarrilados.

Este "camarada Muchin", en vez del "Grischa" de antes, me hirió en el corazón.

—Tú y yo, Koptiaiev, hemos sido amigos desde la infancia. ¿Es posible que no quieras ser franco conmigo?

—¿Por qué no he de serlo? Koptiaiev era y Koptiaiev soy. Ya ves que continúo teniendo los morros como un caldero abollado.

—No me refiero a esto, Koptiaiev. Tengo la impresión de que tus relaciones conmigo, tan cordiales antes, se han enfriado.

—Puede ser, camarada Muchin... Tú estás arriba, nosotros abajo. Nuestra posición es desigual, dígase lo que se quiera...

—¡Me entiendes, Koptiaiev, así no puede uno trabajar! Todos disimulan algo en su interior. ¿Qué pasa? Aquí se está fraguando alguna tontería. Dímelo, por nuestra vieja amistad...

—¿Cómo voy a saberlo yo, camarada Muchin? Tú eres director, una persona de copete. Y los muchachos son un poco tímidos...

Guiñó los ojos, arrugó confuso la cara, como alguien a quien se aprieta contra la pared, y volvió la cabeza de aquí para allá, como el que busca una puerta falsa y una ocasión favorable para escurrirse.

—Pero hasta ahora no había ocurrido esto. No soy di-

rector desde ayer. Aquí se trama algo sucio. Es necesario aclararlo.

—Mira, Grischa, el caso es que...

Y en sus ojos volvió a brillar la antigua claridad infantil. Como si le hubiera tocado en alguna parte sensible de su corazón.

—Mira, Grischa, el caso es que, Grischa... Te lo voy a decir francamente, como un obrero... Puedes ponerte furioso o no... Estás a punto de cometer tonterías. Has tomado las antiguas maneras de los amos. Como camarada debo decírtelo tal como es. Tanto Andrej como Aniuta te han llamado ya la atención y también los demás camaradas te lo han dado a entender. Ya recordarás que esto ocurrió en la asamblea general de la célula. Pero tú soltaste coces como un caballo terco. Te portaste de un modo provocativo, como un general. Claro que tu posición te obliga. Pues bien, los muchachos interpretan esto a su manera.

—¡Eso no es verdad! ¡Es una estupidez! ¿Acaso no lo ves tú mismo?

—Psch... ¿qué quieres que te diga?... Aniuta y Andrej son también de los nuestros y te han calentado de lo lindo.

Y se marchó sin volver siquiera una vez la cabeza.

Insoportable era esto en aquella hora. Por vez primera se apoderó de mí un temor verdadero ante la propia soledad. Me marché a casa. Noche obscura. Los edificios de la fábrica pesaban sobre mí con sus pétreas masas. Cientos de ventanas estaban llenas de luz deslumbrante; algo jugaba y hacía tornasoles chillones en ellas. Las chimeneas, puños erguidos, amenazaban. Si encontraba a personas en la calle me parecían gentes extrañas y pronosticadoras de males sin fin. Imposible hallar tranquilidad en casa. Salí a la calle. Negra soledad nocturna. En la lejanía sonaban canciones muy tristes y bellas. El acordeón sollozaba, y me pareció que eran las estrellas, que se fundían en tonos, y que la luna gemía [illegible] Esta colgaba a escasa altura en el horizonte, turbia y nebulosa en sus contornos. Esa noche [illegible] despierto hasta por la mañana.

Usted se pregunta si en las palabras de Koptiaiev no había un grano de verdad, ¿no? Hombres en lucha, por endurecidos que estén, calientan su alma hasta el

rojo vivo. Y en la lucha yo no me entrego nunca voluntariamente. En la guerra civil hubo momentos en que estuvimos al borde mismo de la perdición. Pero yo no huí, sino que seguí adelante, y este heroísmo de la desesperación me salvó en toda ocasión: triunfo o muerte. Pues bien, en la lucha contra la calumnia me enardecía también y no estaba dispuesto a retroceder. ¿Debía acaso arrojar el fusil?

Volvamos a Kovaliov. En ese período le vi quizá tres veces, y en cada una de ellas me encantó por sus dotes de excelente jugador. Jugaba sin perder y a nadie se le ocurría que era un truhán refinado, que para cada nuevo juego tenía a disposición cartas marcadas.

Se comportaba magníficamente. Esbelto, elástico, limpio, acentuadamente obrero en su indumentaria (incluso en su voz sonaba cierta rudeza sólida y proletaria), así se hallaba ante la mesa del presidente de la sección regional, con respetuosa dignidad, como un hombre consciente de su propio valer. Hablaba de un modo claro, enérgico, afinado, bello, sin palabras superfluas y, al mismo tiempo, miraba fijamente, sin pestañear, a los ojos del presidente. Este último era también de nuestra fábrica, Paklin, un hombre vanidoso que no gustaba de réplicas y que tenía el rostro de un gorrión. Adolecía de una debilidad: los halagos le hacían derretirse, le quitaban el sentido. Y sabido es que los halagos ciegan a los hombres y convierten a los héroes en blandengues.

—Con tu entendimiento y tu experiencia, camarada Paklin... con tu talento organizador... con tu inmensa autoridad entre las masas obreras...

O bien:

—Sabiendo que tú, camarada Paklin, aplicarás con firmeza y exactitud las directivas... pido con insistencia... ¿Quién podría hacer objeciones a tu admirable plan?...

O:

—Bajo tu dirección, camarada Paklin, me he desarrollado hasta desfigurarme. Unidos es indudable que pronto se nos confiaría una labor en el dominio de la federación...

Luego le oí pronunciar un informe en el pleno del Consejo regional de sindicatos. ¡Una maravilla! Nume-

ras a la medida. Chistes ingeniosos a la medida. Citas de Lenin a la medida. Y también a la medida eran los brillantes y hábiles halagos tributados a la asamblea y al presidente. Probablemente había hablado ya otras veces en el Consejo regional sindical, pues se le acogió con una selva de aplausos, con ansiosa atención y curiosidad. Allí fué también donde un camarada me hizo burlones reconvenciones:

—¿Cómo es posible, padrecito, que no hayas querido estimar las dotes de un camarada tan excelente? Ahí has metido la pata, hermano. Cuidado que es inteligente el muchacho. Va a hacer carrera. Vosotros, los hombres del aparato y la administración, no podéis tolerar cabezas despabiladas a vuestra vera. Queréis subir todo lo posible sin que nadie os estorbe. ¿Por qué te has enfadado con él? Se dice que huele a Comisión de control.

Una vez, estando en el Consejo Superior de Economía, le vi con el secretario de una alta personalidad. Hablaba con él como si se tratara de un amigo íntimo. Ambos estaban a un lado, fumaban, charlaban y reían. El secretario desapareció de pronto en la oficina y Kovaliov me miró displicente. Su mirada denotaba ironía y triunfo descarado. La puerta se abrió y el secretario le llamó en voz alta:

—¡Puedes pasar, Kovaliov!

La puerta quedó entornada y me fué posible percibir una conversación animada, risas, y luego la voz clara, gutural, acostumbrada de Kovaliov.

Sí; sí; aquel hombre iba camino de hacer carrera. Lo veía claramente. Pero también me daba cuenta no menos claramente de que yo tenía que sacarle a todo trance de su escondrijo y pisotearle como a una víbora.

Al tropezar ahora con él me quebré la cabeza por primera vez con las preguntas: ¿De dónde salen tales individuos? ¿Qué les atrae? ¿Por qué arraigan tan fuertemente en nuestra realidad? ¿Cómo es que yo, un viejo revolucionario, bolchevique, soldado de la guerra civil, soy preterido ante ellos? ¿Por qué me reviento de trabajar como un búfalo, me disgusto por cada bagatela en la producción, mientras que los Kovaliov viven magníficamente, hacen una carrera vertiginosa, se sienten en todas partes como en su casa y dan a entender en toda ocasión, adecuada o inadecuada, que yo a su

lado no soy más que un nada, un chapucero, una chinche?

Por primera vez me hormigueaba, sombría y pesadamente en el cerebro el pensamiento de que yo conocía algo semejante a este sujeto. Reflexioné largo tiempo, me atormenté casi todo el día y no pude dar con ello. Era incapaz de trabajar; cuando hablaba con los ingenieros les daba respuestas equivocadas; me olvidaba de comer, me retorcía en la impotencia, trataba convulsivamente de recordar aquel rostro que se hinchaba en alguna parte inmediatamente debajo del cráneo. Y sentí miedo: ¿no estaba en realidad enfermo? ¿No sufría el tormento de ideas fijas?

Tan sólo en la noche, cuando ya me hallaba acostado, apareció este rostro ante mis ojos como una alucinación chillona. Hay un molusco que me parece se llama calamar. De su cabeza parten largos tentáculos con ventosas. Son flexibles, elásticos, resbaladizos, se arrastran y escurren por encima de las piedras, penetran en grietas y cuevas como las culebras. Luchar con ellos es muy difícil, y son irresistibles de una manera que horroriza. ¡Este pólipo se fundió de repente en mi imaginación con la imagen de Kovalior! ¡Un pólipo humano! E inmediatamente me sentí aliviado, casi alegre, como si hubiera conseguido una importante victoria sobre él. Me adormecí con la certidumbre de saber cómo debía agarrarle y de tenerle a partir de ese momento en mis manos.

Se me llamó a comparecer ante el juez de instrucción de la Comisión de Control. Declaré honradamente, tal y como la cosa había ocurrido. El juez instructor era un hombre simpático, algo raro, un bolchevique de vieja cepa de la época clandestina. Después del interrogatorio oficial me cogió del brazo y preguntó con tono expresivo:

—Dime, hermano, ¿cómo ha podido ese hombrecillo hacer una carrera tan rápida?

Esta pregunta me inundó como una ola cálida. Me hizo sentirme aliviado y cobrar la impresión de que había encontrado un buen camarada y hermano. Me emocionó tanto esa cordialidad y franqueza que jamás olvidaré aquel minuto. Le estreché la mano, le miré mudo durante algunos segundos y sentí que apenas po-

da contener las lágrimas. Tan sólo dije con palabras confusas:

—Hemos luchado largos años, yendo a la cárcel, emigrando de aquí para allá, desafiando la muerte, y ahora nos esforzamos por construir una nueva vida con nuestra sangre, honradamente, tal como lo entendemos, renunciando a nuestro propio Yo. Y de pronto salen pólipos de obscuros agujeros y se enroscan a nuestro cuerpo con sus tentáculos. ¡Y nosotros los criamos, nos apoyamos en ellos, tomamos sus infamias por dotes preciosas!

El se echó a reir meneando la cabeza.

—Pólipos... es verdad... lo has dicho muy bien... Pero no importa, camarada, la cosa no tiene importancia. Ya le echaremos el guante. No te conozco de ayer. Procura informarte sobre él. Dice que ha vivido en Saratov. El diablo sabe... Tiene magníficas recomendaciones a montones. Esto precisamente es lo que me ha hecho desconfiar de él. Un pólipo... de veras. le has dado un nombre que le cuadra a maravilla.

En este período se animó la producción extraordinariamente. Esto fué a causa de que no volviera a pensar en el ciudadano Kovalior. Se borró de mi memoria con singular rapidez. Durante un año aproximadamente trabajamos a todo vapor. Muy pronto conseguimos elevar la producción al nivel de ante-guerra. Haciendo un gran esfuerzo renovamos la técnica: algunos elementos los recibimos del extranjero y otros los perfeccionamos por inventiva propia. La fábrica volvió a funcionar completamente y casi todos los obreros trabajaban de nuevo junto a las máquinas. Poco a poco fueron desarrugando el ceño, se tranquilizaron, y a uno se le aligeró el corazón de esta manera. La antigua amistad con Andriuscha comenzó a trabarse de nuevo, y también Aniuta pareció mostrarse menos dura. Pero en algún rincón de las profundidades de sus ojos no se habían derretido aún los turbios témpanos de hielo. De improviso sentía uno su helado frío; de improviso le arañaban a uno con una palabreja, y por un momento surgía de nuevo la negra sombra entre nosotros.

En la manifestación del 1.º de mayo en la casa simbólica, Kovalior estuvo patético —era severo y puntual—

y dijo en tono enérgico, mientras contemplaba embelesado a la masa:

—Mi finalidad es guiar a los hombres. Es un tonto el que no pasa de soldado raso pudiendo llegar a ser general en jefe. A cada hombre activo le guía el amor propio; talento es listeza y objetivo firme. Para conseguir sus fines son buenos todos los medios. Es preciso ser un bolchevique puro para no retroceder ante nada ni desdeñar ningún medio e instrumento de lucha.

Y de nuevo me llamaron la atención sus manos: eran largas, flexibles e inquietas. Permanecían pegajosas como si estuvieran cubiertas de ventosas.

Era un día soleado, primaveralmente cálido y azul, primaveralmente impregnado de aromas de la tierra joven, de las hojas jóvenes y de la hierba de las calles. El cielo estaba lavado, limpio y, cual globos blancos y festivos, pasaban las nubes. Hasta los tordos piaban embriagados en los árboles. Para no aguar mi estado de ánimo me retiré de la columna. Quería hallarme lo más lejos posible de Kovaliov. El, en cambio, avanzaba enfático, con la cabeza erguida, invencible en la seguridad de sí mismo y de su dominio sobre los hombres. Iba delante, junto a la bandera, con los dirigentes sindicales.

Continuemos. Una noche —en la dirección de la fábrica no se había quedado nadie más que yo, a fin de trabajar en el informe al trust textil— entra en mi cuarto Andriuscha, el presidente del Consejo de fábrica, y cierra cuidadosamente con llave la puerta tras de sí. Nunca le había visto como hoy.

—¿Eres tú, Andriuscha, el que se esconde como un beodo ante diablos verdes?

Vino hacia mí como un toro, moviendo confuso las guías del bigote. Sus ojos estaban demudados y flemosos.

—Diablos verdes son un elemento inorganizado e inofensivo. Pero aquí cada pulga tiene orejas. Para ti es esto algo nuevo, pero yo lo he notado ya de un modo contundente...

—¿Pero qué pasa? ¡Habla razonablemente!

Se sentó a la mesa, se quitó la gorra, que no se había quitado desde hacía cuatro años de la cabeza, la tiró al suelo, la volvió a recoger, se rascó y se apretó una y otra

vez en la frente. Este movimiento indicaba siempre en él una violenta excitación.

—Mira, Grischa, ocurre que... ¿Entre qué clase de imbéciles e idiotas crees tú que se nos debe catalogar a mí y a Aniuta?

Siento la necesidad de reir y me parece que le quiero como antes.

—Me colocas en un apuro, Andriuscha. Creo que entre la clase de aquellos que a veces se sientan en las ortigas. Pero que no están seguros de hallarse sentados a gusto.

—Te has expresado de una manera demasiado difusa, sin duda. A mi entender, somos sencillamente completos pollinos e idiotas rematados. Aniuta es imbécil ciento por ciento y aún más endurecida. Y yo he perdido hace un momento las ganas de seguir defendiéndolo. Basta. ¿Sabes que Aniuta está liada con el ciudadano Kovaliov?

—Una pareja envidiable. Ojalá sean fecundos y se multipliquen.

Andriuscha me miró como un oso bajo el toldo de sus cejas; noté que se ponía furioso. Las guías de su bigote se encabritaban y humedecían.

—No hagas el bobo, hermano director. No se trata de eso. ¿Qué dirías si te comunicara que en tu dirección y en mi Consejo de fábrica hay agentes y soplones de Kovaliov?

—¿Qué quiere decir eso de "agentes y soplones"? ¿Espías acaso?

—¡Eso es, espías! El sujeto me ha tomado el pelo de veras. ¡Cuántos años hemos sido nosotros dos alma y corazón, y ahora, de repente, te he traicionado por causa de ese gusano! ¡Nunca me lo perdonaré!

Yo me levanté y me lancé en sus brazos. El jadeaba como un toro y las puntas de su bigote me cosquilleaban en el cuello.

—¡En mi vida me lo perdonaré, Grischa!

En los primeros instantes olvidé incluso de qué habíamos hablado. También Andriuscha enmudeció, oprimido por la emoción. Vi que ponía una cara sombría y furia, las cejas y las guías del bigote.

—Director, no he venido aquí para deshacerme en sentimientos, sino para deliberar sobre cosas del servicio. No puedo soportar en ti tu sensibilidad inteligente! Es

hora ya de extirpar definitivamente esa plaga de la época clandestina. Esas caras pálidas y semipodridas han echado a perder a no pocos trabajadores.

—Habla, habla, al grano, Andriuscha, aunque no hagas más que fingir, tú, granuja. También te ha impresionado a ti...

Yo reía, a mis ojos subieron disparadas lágrimas de satisfacción y amor hacia él.

—Voy a hablarte, pues, de los espías de Kovaliov, hermano. Los ha animado lindamente, como un verdadero agente de la Ojrana. Les ha prometido toda clase de magnificencias: al uno, ascenso; al otro, inmovilidad; al tercero, toda suerte de garantías. Y así sucesivamente. A cambio de esto ellos le procuraban regularmente informes sobre cada pequeñez, defectos en tu aparato, omisiones insignificantes en su mayoría; le suministraban documentos. Al presentarme el otro día en la federación, me aturdió en seguida hablando así: "En vuestra fábrica el caos, la negligencia y la incapacidad más completa para resolver ni siquiera las más insignificantes bagatelas". Y luego sacó a relucir toda la basura de sus informes: "Yo —dijo—, como trabajador honrado y atento, como buen comunista, sé al dedillo todo lo que allí pasa. A trabajadores de la calaña de vosotros y vuestro director les voy a quemar yo con hierros candentes. Por lo demás, tú puedes serme útil. Creo que juntos podemos extirpar a ese cretino enfático". El se las daba de sincero y, bajo palabra de absoluto silencio, me inició en sus prácticas. Me aparté de él sudando como quien sale del baño de vapor. Durante todo el día estuve desolado, por la noche no pegué el ojo y a la mañana siguiente fui al Consejo de la fábrica como después de una fiebre. ¿Qué pasa entre nosotros? ¿En qué tiempos vivimos? ¿Cómo ha podido propagarse entre nosotros semejante suciedad? Y en seguida me di cuenta de lo idiota, malvado y traidor que yo había sido. ¿Cómo he podido ser tan ciego y, sobre todo, cómo he podido llegar a ser un miserable y un granuja voluntariamente, sin presentirlo y, por añadidura, con plena convicción? Ahora chamos Aniuta y yo. Todas las costuras revientan. ¡A dónde hemos llegado! ¡Lo que hemos sido y lo que somos!

Esa noche acordamos no meter ruido, sino observar a los empleados y esperar los acontecimientos.

Y nuestra historia no gusta de andar escasa en acontecimientos. La consigna de nuestros días es ésta: ¡Cada uno en su puesto y ojo avizor!

Yo recibí un telegrama de la dirección del trust reclamando mi presencia para una cuestión urgente. No sé por qué, pero este telegrama me intranquilizó; en el gran trozo de papel veía claramente el rostro altanero de Kolov con su melena, semejante a las antenas del calamar. Fuí a buscar a Andrej. El leyó el despacho y se ensombreció. Me miró con sus ojillos de oso, que chispeaban bajo las cejas. En su mirada había una especie de sombrío presentimiento.

—Ve, hermano. Si pasara algo, telegrafíame en seguida.

Tomé el tren y me personé en la capital. Moscú ha producido siempre en mi valor e inquietud. Amo Moscú. En su masa amontonada y ampliamente superpuesta, que corta el horizonte, en su desordenada acumulación y dispersión, en los parajes fabulosos del Kremlin y la Ciudad China, en la sinuosidad de callejas, callejuelas y rincones perdidos, en las calles empinadas y descendentes, en la prisa de las personas, en el estrépito de los tranvías, en la velocidad de los automóviles, en la inesperada consistencia de sus antigüedades, en todo ese enredo loco y abigarrado de la vida hay algo emocionante, cautivante, absorbente. Siempre volvía a casa embriagado de Moscú, y mi embriaguez duraba mucho tiempo, incluso en momentos de excesivo trabajo. Allí tenía amigos excelentes; allí había oído a Lenin —inolvidable tempestad en el alma— hablar en los congresos del partido y de los soviets; allí había pasado con el fusil al hombro en las filas nutridas del Ejército Rojo, por delante del propio Iliitsch; allí, en el torbellino obstinado y potente, habían hervido los mejores años de mi vida.

Pero esta vez me percaté en seguida de que acudía allí con una sensación de fastidio y malestar. Moscú me pareció antipático, hosco. Inmediatamente me fijé en la suciedad, la negligencia, la inquietud tormentosa de ese para mí extraño enjambre humano. El cielo estaba mohíno, podrido; dejaba caer una lluvia maloliente, y al ir y venir en las calles era pesado, húmedo, limoso, hostil.

Por primera vez me sentí allí solo y un poco enfermo.

El presidente del trust, eminente, formalista, con cabeza de plata y dientes de oro, muy frágil, con cara de color de madera, me recordaba algún fetiche. Severo, taciturno, casi mudo; así me recibió silenciosamente, con expresión de sombrío aburrimiento, mirando desde el fondo de sus ojos plomizos a un papel que había sobre la mesa. Sin levantar el rostro frágil, dijo con voz lánguida:

—Camarada Muchin, se le traslada a usted al trust. Va usted a trabajar en nuevas circunstancias y en un puesto de mayor responsabilidad. Su traslado ha sido convenido ya con el Comité Central.

Me pareció que tardaba en pronunciar esta frase no menos de un cuarto de hora. Y en mi pecho había dolor y aflicción.

—Debo poner en conocimiento de la dirección del trust que yo no puedo abandonar la fábrica y que no estoy conforme con el traslado.

El hombre levantó extrañado y severo una de las cejas plateadas, pero la cara continuó inmóvil enfocada hacia el papel.

—Sus réplicas son improcedentes, camarada Muchin. El interés del Estado no puede hallarse supeditado a intereses individuales. Tiene usted el deber de obedecer sin objeción. Haga el favor de entregar los negocios al nuevo director en el transcurso de esta semana.

De nuevo hablaba muy lentamente.

—¿A quién ordena usted que entregue los negocios?

—Al camarada Kovaliov.

Apenas podía dominarme.

—¿Ha sido convenido este nombramiento también con el Comité Central?

—Desde luego.

—¡No puedo entregarle la dirección de la fábrica!

—¿Por qué no?

—Hay bastantes razones. Voy a ver al Comité Central. No puedo permitir esto.

—Es necesario que explique usted de qué se trata.

Kovaliov es un arribista, un aventurero, un miserable. Los obreros no le van a dejar pasar el umbral de la fábrica.

—Mire, camarada, eso no es una razón. Aquí no cua-

dran las antipatías ni resentimientos personales. Usted es un antiguo miembro del partido, un economista experimentado, y habla cosas muy poco ponderadas. Es usted lo bastante disciplinado para someterse a las decisiones del partido y de los órganos estatales dirigentes.

Salí de la oficina con una tempestad en el alma. Fui corriendo al Comité Central. Allí se me recibió mal.

—Eso no es posible, camarada. Allí estás haciendo que salga musgo. No eres un verderón para estarte quietito en la jaula. Te han crecido bastante las alas. La jaula se ha vuelto demasiado pequeña para ti. ¡Ten la bondad de obedecer y callar, querido amigo!

Vi claramente que me ocultaban algo: lo que les incitaba a quitarme de mi puesto no era el que las alas me hubieran crecido, ni el que estuviese como un verderón en la jaula. Se lo dije abiertamente a la cara y recibí la siguiente respuesta:

—Es necesario enviar una escoba nueva. La vieja no hace más que revolver basura.

—No abandonaré la fábrica de ninguna manera. Y a ese aventurero voy a tirarle escaleras abajo.

—¡Lo ves, hermanito! En ese lugar te has erigido una satrapía. Es necesario que trabajes en otra atmósfera.

Aquel mismo día escribí una carta urgente a Saratov. Allí, en el Comité ejecutivo regional, había un compañero mío del frente. Le rogaba me informara inmediatamente sobre Kovalíov.

Llegué de noche a nuestra villa, y desde la estación me dirigí a casa de Andriuscha. Estuvimos juntos hasta por la mañana y no llegamos a ninguna decisión.

Pero al cabo de tres días ocurrió lo siguiente:

La puerta se abrió y, con su porte seguro, entró... Kovalíov. Traía en la mano una cartera grande y panzuda; en su rostro, un poco pálido, se reflejaba una arrogancia abnegada y la febril solicitud de un ministro.

Apenas le divisé no pude menos de dispararme como un fusil. Salté de la silla y grité hasta hacer temblar las paredes:

—¡Fuera de aquí!

¿Piensa usted que se marchó? ¡Que si quieres! Como si no hubiera oído mi berrido: ni un músculo se movió en su cara; sus ojos miraban a la pared. Con movimientos calculados y cadenciosos se aproximó a la mesa y

tomo asiento en un sillón. Luego colocó la cartera sobre sus rodillas. Y de nuevo se impusieron a mi vista las manos de caucho y los mechones de su melena como algo irresistible y siniestro.

—Camarada Muchin...

Comenzó con voz suave, segura, con pausas entre cada palabra. Y otra vez esa inmensa certidumbre de sí mismo, que llegaba hasta la desvergüenza.

—Camarada Muchin... tengo que requerirle... Haga el favor de entregarme los negocios...

No le escuché más. Recuerdo solamente que creí hasta el techo, que mi corazón se desgarró y llenó el pecho, que mis pasos fueron gigantescos y mis manos se cargaron de fuerza bruta. Recuerdo que le agarré del pescuezo y le llevé a la puerta como un perrillo, le arrastré a través del despacho, y, en medio de las empinadas, sobrecogidas de terror, le empujé hasta la escalera y le tiré por ella. El estrépito de la caída me dejó sordo y casi perdí el conocimiento.

Al volver a pasar por el despacho reinaba en todos los rincones un silencio sepulcral; la gente se hallaba acurrucada medio muerta de miedo y aturdida. Hasta las máquinas de escribir habían cesado de teclear. Las mecanógrafas se habían tornado invisibles, cual si se las hubiera tragado la tierra. En mi fuero interno parecían dar todos los diablos frenéticas volteretas. Me paré en el centro del cuarto, hundí las manos en los bolsillos del pantalón y ordené con una calma que barruntaba algo siniestro:

—¡Que se presenten todas las criaturas y confidentes de ese aventurero! ¡Presentaos por las buenas si no queréis que yo os busque por las malas!

Mis palabras se hundieron en el silencio mortal.

Me paseé largo tiempo por el cuarto sin lograr tranquilizarme de ninguna manera. Era evidente que castigando a ese individuo me había procurado plena satisfacción. Sin embargo, en alguna parte profunda me quemaba la sangre el arrepentimiento: no debiera haberlo hecho; debiera haberle rodeado de un medio hábil y diplomático, humillándole, tratándole como a un trabajador, recordándole su pasado dudoso. Claramente presentía una cosa: que después de este escándalo no podía continuar por más tiempo en la fábrica. Era evidente que sus

girían nuevas complicaciones en este sentido. Tendría que habérmelas de nuevo con la Comisión de Control. Y al mismo tiempo experimentaba la sensación de que todo era igual, de que así o de otra manera había que cortar el nudo enredado y vergonzoso. El golpe había sido demasiado violento y el polvo levantado había formado gruesas nubes. Después de esa explosión tendría que estornudar más de uno. Daba lo mismo; lo que importaba era no prolongar por más tiempo esta tortura.

Empezó una comedia repugnante. Temerosa, con la actitud de una gata culpable, se deslizó de puntillas fuera del despacho una de las taquígrafas, una mujer muy joven con una bella boquita, una señoritina pomposa y superficial. Lloraba castamente en su pañuelito y balbuceó:

—Le ruego me escuche, Gregori Ivanovitsch... Por Dios, permítame justificarme ante usted...

Silencioso y con las manos en los bolsillos me coloqué delante de ella.

—Gregori Ivanovitsch, no he podido por menos... Deme palabra de que no se lo dirá a mi marido... Todavía no he roto con él... Me ha asediado... Era superior a mis fuerzas... Colóquese en mi situación. Estoy completamente en sus manos. Ayúdeme...

—Escriba usted eso lo más detalladamente posible. Más hechos...

—¿Cómo voy a hacer eso, Gregori Ivanovitsch? ¿Qué piensa usted? Luego la calle se entera y estoy perdida.

—La calle no se enterará de nada.

—Y si escribo... de todos modos me va usted a echar de aquí... a dejar sin trabajo... terrible...

—Déjese de titubeos. Ya le he dicho...

—¡Gregori Ivanovitsch! ¿Qué va a ser de mí? ¡Oh, qué horrible! Usted mismo ha amado y me comprenderá, Gregori Ivanovitsch...

Este fué el primer cubo de enjuagadura que fué vaciado en mi cuarto. No quiero contar más al respecto. Era asfixiante y bajo hasta producir náuseas. De nuevo me torturaba el arrepentimiento: ¿por qué había revuelto ese estiércol? ¿Qué provecho iba a sacar yo de toda esa porquería?

¡Anfisa y esta damisela! Anfisa, camarada excelente, personalidad recia y mujer casta, chapoteaba inge-

nua e inocentemente en ese sumidero, sin presentir lo abominable de semejante cloaca. Aniuta me inspiraba una profunda lástima. Más pronto o más tarde se enteraría de todo y el golpe sería mortal.

Era ya hora avanzada de la noche cuando Andrej vino a verme en mi casa. Tomó asiento en una silla junto a la mesa. Traía una expresión sombría que parecía manifestarse fuertemente en cada pelo de sus cejas y en las guías de su bigote. No pudo resistirse más, me miró a los ojos y explotó como una bomba: la sangre le subió al rostro y se echó a reir hasta perder casi el sentido.

—¡Cómo le has tirado por la escalera... como un aeroplano... tá, bruto! ¡Ha rodado hasta abajo agitando las piernas! ¡Oh, ja, ja... no puedo más! ¡Me has hecho reir hasta ahogarme..... así revientes, condenado!

Su risa de toro me ablandó y yo también rompí a reír en convulsivas carcajadas.

—Bien, Orlucha, el negocio tiene sus horas y las bromas las suyas. Tus negocios me parecen ir mal. Te has arrancado de raiz de nuestra colectividad fabril. ¡Licencia! Pero también Kovalov va a ver este lugar tan poco como él puede verse las orejas. También esto es un triunfo. No hay mal que por bien no venga. Sólo que te van a zarandear, amigo, y eso es lo repugnante del caso...

—No importa, Andriuscha, no sucumbiremos por esto, y a esa víbora voy a pisotearla y eliminarla a pesar de todo. No es la primera vez que hemos tenido que habérnoslas con bichos más peligrosos.

—Tienes razón. Hemos salido con bien a través de la muerte y los horrores de toda clase. En nuestra tierra hay espacio para nosotros en todas partes. Lo que me preocupa es... Aniuta. Sería capaz de perder la razón de rabia. Es preciso arrancarla del yugo de cualquiera manera. En la tiene asediada a fondo, se ha pegado a ella de firme....

—Como buen pólipo que es.

—Es verdad, un pólipo ciento por ciento. Le has estigmatizado bien con ese apodo. ¡Su signo de Caín!

Le conté cómo los confidentes se habían echado arrepentidos a mis pies, y le enseñé el documento de la hembra guapa. El se alegró mucho, dió un golpe con la palma de la mano sobre el papel y sus ojos se iluminaron como los de un niño

—¡Con esto voy a volver razonable a Aniuta! ¡La voy a curar y a convertir en resorte principal! ¡La voy a dar cuerda ciento por ciento!

Yo enfrié su fuego. Cuando llegara la carta de Saratov atacaríamos abiertamente y sin consideración. Era inadmisible que este zorro no tuviera allí una biografía de aventurero.

Nos separamos animados, alegres y emprendedores.

¿Dice usted que yo no había procedido correctamente con la damisela? No lo niego. Pero a los ojos de mi sociedad continuaba siendo la inmaculada palomita de antes. Ella me importaba un ardite. No pensaba en ella, sino en Aniuta. También las piezas de convicción eran valiosas, no lo podía resistir, ¿qué iba a hacer? Cierto que era abominable, pero nosotros no éramos precisamente muñecos melindrosos.

¿Y cree usted que Kovalov utilizó esta magnífica oportunidad? Ni por asomo. Se hizo el enfermo y no salió de casa durante una semana. Algo más tarde me enteré de que había empleado ese tiempo en escribir cartas respetuosas e inteligentes a altas personalidades que él sabía sugestionar pegándose a ellas con sus ventosas. En dichas cartas me difamaba muy hábilmente, sin habladurías, de una manera tranquila y fría. La disposición del trust nombrándole director de la fábrica continuó en vigor. Por lo demás en el Comité regional sabía ya todo el mundo que yo le había tirado por la escalera. Andriucha debía habérselo contado. Aniuta se enfureció y exigió al secretario pasara comunicación de lo sucedido a la Comisión de Control. Paklin me visitó para aclarar el caso. Se mantuvo en una actitud inconciliable y provocativa. Pero yo le dije tranquilamente y remachando las palabras:

—Mira, Paklin, no pongas los dedos en esta puerca historia. Te los podrías quemar. Te digo que si ese miserable vuelve a poner los pies aquí, le trataré otra vez de la misma manera. Créeme una cosa: él es cobarde como todos los arribistas y no desea volver a tropezar conmigo.

Paklin tuvo que marcharse sin lograr nada.

No llegó ninguna carta de Saratov y yo comenzaba a inquietarme y ponerme nervioso. Envié un telegrama. El telegrama quedó igualmente sin respuesta.

Entonces se descargó un terrible golpe sobre mi cabeza.

Recibí una convocatoria del fiscal del Estado para que compareciera ante su presencia. Acudí. Era un hombre de un cutis rubio lechoso, muy cortés, suave, alegre, sonreía constantemente. Me preguntó por la fábrica, la marcha de la producción y la cosecha de algodón. Luego se me acercó más y preguntó intimamente:

—Dígame, camarada Muchin, ¿cómo es que usted un antiguo miembro del partido, un luchador del Ejército Rojo, ha podido tropezar tan de repente?

—¿Qué pasa? ¿Se refiere usted a ese Kovaliov que he tirado de cabeza por la escalera?

—¿Qué Kovaliov? ¡Ah, el secretario de la federación! Parece un hombre muy inteligente, activo y capaz. Se le profetiza un gran porvenir. No, no, camarada Muchin, precisamente porque aquí hace falta sinceridad he querido hablar antes con usted. Usted y yo, correligionarios los dos, no necesitamos ocultarnos nada mutuamente. Vea usted, hay dos denuncias de sus criadas, Riabov y Schilov, las cuales declaran haber sido violadas por usted.

—¿Cómo?

—Que han sido violadas por usted. ¿Cómo ha podido usted caer tan bajo?

Me sentí petrificado por golpe tan repentino. Mi interior se volvía hielo.

—No comprendo. ¿A qué viene ese monstruoso desatino?

—¡Qué sé yo! Las denuncias están detalladas. También hay algunos testigos. Las dos muchachas Riabov y Schilov están empleadas en su casa, ¿no es verdad?

—Empleadas, sí. Pero detrás de esto se oculta una intriga horrible. Creo que se trata de una mala pasada de Kovaliov.

—¿Qué tiene que ver Kovaliov con esto? Le conozco lo bastante para afirmar que ese hombre se halla por encima de toda sospecha.

—Y yo insistio en lo dicho: se trata de una provocación de Kovaliov.

—Eso ya lo veremos. La instrucción lo aclarará todo. Ya ve usted que trato el caso con prudencia. Podría

mandarle detener inmediatamente, pero creo que nos las arreglaremos sin esa medida.

—¡Es una monstruosa provocación! Es algo increíblemente estúpido e inesperado.

—Sí, sí, un lío desagradable, no cabe duda. Usted ha gozado siempre en todas partes de un aprecio inmerecido. Pero, por desagradable que sea, la cosa tiene que seguir su curso. Una cosa grave.

Como herido de muerte corrí a ver a Andriucha y, atragantándome, le puse al corriente de la novedad. Le faltó la lengua, se levantó como un muerto y me miró demudado y confuso. Destrozados y sin fuerzas nos retiramos a mi cuarto, donde permanecimos silenciosos largo tiempo. Al fin, acordamos llamar a Aniuta y a las dos muchachas. Ambas —la Schilov y la Riabov— eran jóvenes comunistas de diez y seis años. Waria Schilov, sobrina de Aniuta, era una muchacha mariposeante y ligera de cascos, con una cara atrevida en la que flotaba ya una embriagada sabiduría sobre pecados de amor. Una fumadora empedernida. Era muy coqueta, se rizaba el pelo, se maquillaba un poco y se contemplaba a cada momento en el espejo, retorciéndose como una culebrita. No se sabía cómo había llegado a adquirir de repente medias de gasa y botas francesas. Era muy inquieta en compañía de hombres. La Riabov era fea, y, como si quisiera justificar su nombre, tenía una cara horriblemente picada de viruelas. Pero también en ella se revelaba de un modo prematuro y descocado la hembra lasciva. Aquélla era ligera, desenfrenada, nerviosa y turbulenta. Esta descarada, mala, cruel y vengativa. Recuerdo que ambas habían solicitado el traslado a la fábrica. Pero recibieron una respuesta negativa. Tenían, pues, motivos para estar descontentas conmigo.

Aniuta compareció, ciega, extraña, hostil; se sentó a la mesa y preguntó fríamente:

—¿Qué desean, camaradas? En seguida, si es posible, pues tengo prisa.

Andriucha agarró inmediatamente al toro por los cuernos con gran dominio de sí mismo:

—Mira, Aniuta; es una cosa muy seria y plena de

responsabilidad. Ya sé que tú la tratarás de una manera franca, inteligente y delicada. Tan sólo desearía que esta vez te dominases y elevaras por encima de los momentos personales...

Ella le interrumpió severa, casi furiosa:

—¿Qué preámbulos son esos?

—No necesitas enfadarte. Te lo digo como camarada y comunista. Mira, permiteme comunicarte que Muchin está amenazado de perdición. No creas que es una palabra vana. Tu sobrina Waria y la Riavob le acusan de haberlas violado. Han presentado una denuncia al fiscal.

Jamás había visto a Anisia en un estado parecido. Se estiró de repente, enflaqueció y su cara se cubrió de polvo.

—Permite, permite. He combatido abiertamente a Muchin y seguiré combatiéndole. Pero le respeto como comunista y como hombre. Jamás toleraré ni siquiera el pensamiento de que Muchin fuera capaz de una bajeza semejante.

—Pero el asunto ha sido entregado al juez de instrucción. Las denuncias han sido hechas tanto por la Schilov como por la Riabov. E incluso hay miserables que se han declarado dispuestos a actuar de testigos.

—Eso es imposible. ¡Es una mentira!

—¿Qué es mentira, lo de las denuncias o el crimen imputado a Muchin?

—Muchin no ha podido hacer algo así. Lo sé y considero innecesario interrogarle sobre tal cuestión.

Yo estaba emocionado ante su rectitud y la miraba con embeleso y agradecimiento.

—¡Llamad a las muchachas! Pronto voy a saber lo que ha pasado.

Andriuscha la había tratado con gran delicadeza. Ni siquiera había dado a entender, indirectamente, que Kovaliov pudiera tener la mano en este juego.

Las muchachas aparecieron en la puerta, tímidas, aturdidas, empujándose mutuamente con los hombros, esforzándose con cada nervio por adoptar una actitud independiente y agresiva. Ambas llevaban las mismas blusas nuevas, medias de gasa de color carne y zapatos de última moda, con tacones increíblemente altos. Waria tenía bucles y media coquetamente la cabeza como

un pajaro, Miraba a un lado, y su temerosa perplejidad no borraba la astucia femenina de los negros ojillos. La Riabov estaba fulosa y refunfuñaba, preparada contra toda sorpresa eventual.

Aniuta miró a Waria inquisitiva y penetrante y le tendió la mano.

—Ven aqui, Waria.

Waria se aproximó, agitándose nerviosamente y mirando a su alrededor. Su rostro palideció y ella comenzó a temblar como si tuviera escalofrios.

—Vamos, Waria, habla: ¿cuándo te ha violado el camarada Muchin?

Waria se encorvó y no consiguió de ninguna manera librarse de la convulsión que le atenazaba la garganta. Quiso volver la vista hacia la Riabov, pero no pudo.

—¡Vamos, habla de una vez!

—No me acuerdo, me parece que fué hace quince dias...

La Riabov chilló como impulsada por un resorte:

—Pero, ¿qué es lo que estás diciendo, Wariuschka? ¡Fué la semana pasada! ¡Aquí, en el sofá! ¿No te acuerdas?

Aniuta vociferó:

—¡Cierra el pico! ¡Ya te llegará el turno!

Luego tomó la mano de Waria, casi con un gesto cariñoso:

—Dime la verdad, Waria. Dimela. Ya sabes que no me dejo engañar. Soy capaz de sacar la verdad de las entrañas de la tierra. ¿Qué ha pasado? ¡Habla!

—Sí, ha sido aquí... aquí....

Aniuta se ievantó temblando, como si estuviera enferma de fiebre. Su cara tenía una expresión casi horrible.

—¡Mientes, miserable! ¡Eso no es verdad! ¡No es verdad!

Y, llena de cólera, le dió un par de bofetadas.

Andriuscha la sujetó y la sentó en el sillón.

—Eso no ha ocurrido, ¡mala pécora, canalla! ¡No ha ocurrido! Aunque tenga que estrangularte, sacaré de ti la verdad. No te me escaparás. Habla: ¿ha sucedido lo de cuentas?

Waria, medio muerta, se ahogaba en sollozos.

—¡Tia, tia Aniuta!

La Riabov volvió a respingar:

—¿Por qué berreas así, Waria? Lo que ha ocurrido, ha ocurrido. Ya diré cómo se nos ha torturado aquí. ¡Ahora no está permitido maltratar!

—¡Calla!

Yo me acerqué a Waria y le acaricié el cabello.

—Dime, Waria; Korallov os ha prometido colocaros en la fábrica, daros un buen jornal, y os ha comprado zapatos, medias y blusas, ¿no es verdad?

A través de sus sollozos hizo un movimiento afirmativo y murmuró:

—Sí, el camarada Korallov nos ha inducido a esto. No teníamos más que escribir unas cosas... Hemos ido de noche a su casa... donde nos daba vino...

Aniuta, que parecía una loba alcanzada por un tiro, estaba a punto de sufrir un ataque de nervios.

—¡Mientes, pécora infame! ¡Te has enredado en una madeja de mentiras como una prostituta!

—¡No, tía Aniuta, no! ¡Te juro que es verdad..., tía Aniuta!

La Riabov empezó a amenazar exasperada:

—¡Te voy a moler los huesos, Waria! ¡Eres una mala perra! ¡Ya sé lo que hay que hacer contigo!

Waria se levantó de repente, se arrancó los zapatos de los pies y se los tiró a la Riabov a la cabeza; luego, igualmente llena de ira, se quitó las medias y las arrojó a la puerta.

—¡Toma, puerca, toma! ¡Trágatelo! ¿No has sido tú la que me has metido en el ajo, prometiéndome montes y morenas? ¡Trágate toda esa basura, miserable!

Se mandó retirar a las muchachas. Aniuta encerró a Waria en su cuarto.

Cuando volvió a sentarse a la mesa había recobrado ya la tranquilidad.

—¡Enséñale el papel, Grischa!

Aniuta recorrió largo tiempo con los ojos las hojas de papel escrito por la damisela y calló medio muerta, como si sufriera una tensión convulsiva.

Yo me senté junto a ella y la rodeé de tiernas caricias.

—¡Aniuta, mi buena amiga! ¿Cómo es posible que hayas llegado a ser mi enemiga? ¡Tú, mi querida Aniuta!

ella apartó prudentemente, como ensimismada en su pena; se levantó y dijo ciega, sombría, como si presidiera una reunión del Comité de la célula:

—Camaradas, mañana mismo enviaré al Comité del Distrito una declaración dimitiendo mi cargo de secretaria. No soy apta para dirigir una célula del Partido. Que se me envíe de nuevo al telar. Es cosa resuelta.

Y sin despedirse, sin mirarnos siquiera, abandonó el cuarto.

Waria retiró su denuncia y la reemplazó por otra nueva contra Kovalov. La Riabov insistió en su declaración. El asunto siguió su curso. Por disposición inmediata de las instancias superiores se me destituyó de mi cargo de director de la fábrica hasta que fallara el tribunal.

Por ese tiempo llegó inesperadamente una carta de Saratov. Contenía una serie de documentos y notas personales sobre Kovalov. El camarada escribía:

"No concibo cómo podéis tolerar a semejante sujeto entre vosotros. Nosotros le expulsamos aquí del Partido, por considerarle como un arribista despreciable. Hábil y escurridizo como una anguilla, se las ha arreglado siempre para salir seco del agua."

... ...

A esto se debe, pues, ese cansancio, esa desanimación entre nuestros camaradas. ¿Qué quiere usted? Estamos llamados a ser creadores de la vida, transformadores radicales de todo sistema de relaciones económicas y sociales. Somos jóvenes y estamos henchidos de energía y entusiasmo. Pero toda época revolucionaria—y muy especialmente la nuestra—está llena de contradicciones, disparates, sufrimientos y errores.

HERMANAS

Por ALEJANDRA KOLLONTAY

Vino a verme, como tantas otras, para pedirme consejo y apoyo espiritual.

La había conocido fugazmente en alguna asamblea de delegados. Tenía un rostro hermoso y expresivo, con ojos animados y algo tristes.

Este rostro estaba ahora más pálido que de costumbre; sus ojos eran más grandes y aún más tristes.

—Vengo a verla, porque no sé dónde refugiarme... Hace tres semanas que estoy sin albergue... No dispongo de dinero para vivir... ¡Déme trabajo! De lo contrario, no me queda más que un recurso: la prostitución.

—Si mal no recuerdo, ha tenido usted una colocación; ha trabajado usted. ¿La han despedido?

—Sí. He trabajado en la expedición. Perdí hace dos meses la colocación... A causa del niño, que había caído enfermo. No tuve más remedio que faltar al trabajo. Tres veces fué aplazado el despido a ruego mío; pero en agosto se me despidió definitivamente. Y dos semanas después se murió el nene. Mas no se me ha vuelto a admitir...

Agacha la cabeza. Las largas y abundantes pestañas ocultan los ojos. Quizá esconden alguna lágrima.

—Pero, ¿por qué se la ha despedido a usted? ¿Es que su trabajo no satisfacía?

—Al contrario, soy una buena obrera. Pero se opinaba que yo no necesitaba trabajar, ya que mi marido, que está ahora en el "combinado" (1), lo gana... Una personalidad importante... Funcionario de la economía...

—¿Y cómo me dice usted que se halla sin albergue y sin dinero? ¿Se ha divorciado usted de él?

—No, no nos hemos divorciado... Me he marchado sencillamente de casa. Y no he vuelto. Ni volveré..., suceda lo que quiera. ¡Todo menos volver!

---

(1) **Kombinat.** Empresa que pertenece en parte al Estado y en parte a propietarios particulares.

Las pestañas, tristemente entornadas, no pueden ya ocultar una gran lágrima...

—Perdone usted. No he llorado en todo el tiempo. No he podido... Pero ahora... Es más difícil contenerse cuando una halla simpatía. Si le relato todo, me comprenderá.

Su marido y ella se conocieron en el año 1917, cuando la revolución agitaba furiosamente su oleaje. El era entonces tipógrafo; ella estaba empleada en la expedición de una gran editorial. Ambos eran partidarios de los bolcheviques. En ambos ardía la misma fe, el mismo apasionado deseo de sacudir el yugo de la explotación" para edificar un mundo de justicia... Ambos sentían gran entusiasmo por los libros y eran apicados autodidactas. A ambos les había zarandeado el torbellino de la revolución, produciéndoles vértigo... Ambos habían estado en sus puestos durante las jornadas de octubre... En el fuego de la lucha, entre el castañeteo de las ametralladoras, se encontraron sus corazones. No tuvieron tiempo de consagrar legalmente su unión. Cada uno continuó viviendo su antigua vida, y ambos se reunían de vez en cuando en el trabajo. Pero estos encuentros eran luminosos y alegres... Entonces sí que eran "verdaderos camaradas"... Al cabo de un año, esperaba ella un niño. Su unión fué legalizada y vivieron juntos... La niña les arrancó por corto tiempo de la vía corriente. Por iniciativa suya, se fundó un comedor infantil en el distrito. El trabajo es mas importante que la familia. El hombre refunfuñaba algunas veces. Quizá tenía razón. Ella descuidaba un poco la labor del hogar. Pero él paraba muy poco en casa. Cuando se la eligió como delegada al Congreso, el marido se puso muy orgulloso.

—Ahora no pondrás mala cara si la comida está fría.

—¡Bah, la comida! ¡Con tal de que tú no te aburries! ¡Vas a topar allí con tantas personas! ¡Ten cuidado!

Ambos bromeaban. Parecía que nada iba a ser capaz de enturbiar su amor. Eran no solamente marido y mujer, sino camaradas. Marchaban a través de la vida cogidos de la mano. Los dos tenían la misma finalidad. No se preocupaban de sí mismos, sino únicamente de

la finalidad, del "gran" objetivo. También la niña les producía alegría. Era una nenita sana y rolliza.

¿Cómo y cuándo ha cambiado todo esto? Quizá desde que su marido había entrado en el Combinado. Al principio estuvieron los dos muy contentos de ello: habían atravesado por situaciones difíciles y pasado hambre. La ropa que tenían estaba raída. A esto venía a agregarse el temor de que se cerrara el comedor infantil. ¿A dónde iría luego con la niña? El marido se sentía orgulloso de poder atender ahora a su familia, como es menester. Propuso que ella dejara de trabajar. Pero ella no quería. Estaba acostumbrada al trato con los camaradas y familiarizada con el trabajo. Además, esto le daba una sensación de independencia, pues desde su juventud se había mantenido con su labor.

Al comienzo, la cosa marchó y hasta parecía que les iba mejor. Se mudaron a otra vivienda: dos cuartos y cocina. Tomaron una muchacha que cuidara de la nena... Pero ella misma se dedicó con mayor intensidad aún al trabajo del distrito... También su marido estaba muy ocupado. Sólo venía de noche a casa.

Luego le destinaron a viajar en asuntos del Combinado. Estuvo ausente tres meses en compañía de "nepmen" (negociantes particulares que surgieron al implantarse la **Nep:** Nueva política económica). Cuando regresó, sintió ella una punzada. Su marido no era el "mismo". Apenas la escuchaba cuando hablaba, apenas la miraba a la cara. Vestía elegantemente, incluso se perfumaba y no paraba en casa cinco minutos seguidos.

En seguida comenzaron a manifestarse los efectos del cambio... Antes no había bebido más que de vez en cuando, en días de fiesta señalados. Durante la revolución, el trabajo intenso y urgente no dejaba tiempo para pensar en alcohol... Pero ahora empezó a beber de firme. La primera vez que él volvió a casa algo chispado, ella se asustó más que se afligió. Pensó: con tal de que no le haga daño, con tal de que su prestigio no sufra a causa de ello. A la mañana siguiente le hizo reconvenciones, pero él permaneció inalterable, tomó de pie su té—pues tenía prisa—y no dijo una palabra.

Se marchó sin responder. Esto la molestó. Pero pensó que, sin duda, la cosa le resultaba enojosa y que por esto había callado. Apenas habían pasado tres días, cuando volvió de nuevo borracho a casa. Esto la produjo gran tristeza e inquietud... Por la noche tuvo sus apuros con él... Era desagradable. Aun cuando sea el hombre amado, no deja de ser repugnante... Al día siguiente quiso hablar con él, pero apenas había comenzado cuando él la miró de una manera tan airada y hostil que no se atrevió a pronunciar una palabra.

Luego volvió a casa embriagado con mayor frecuencia. Ella no lo podía resistir más. Una vez faltó intencionadamente al trabajo, esperó a que él se hallara sereno y comenzó entonces a hablar. Le dijo todo, absolutamente todo... Que era imposible continuar viviendo así, que ya no eran camaradas y que lo único que aún les unía era la "cama en común"... Le habló de su embriaguez, le advirtió, le avergonzó, se echó a llorar... El la escuchó. Primero trató de defenderse. Ella no comprendía que era necesario "salir" con los "nepmen", pues de lo contrario no se podía hacer negocio. Luego reflexionó y reconoció que eso no le agradaba tampoco a él... La rogó que no se entristeciera, y le dió la razón... Al despedirse, se acercó a ella, la tomó la cabeza entre las manos, la miró a los ojos como antes y la besó... Su corazón se sintió aliviado. Ese día acudió alegre al trabajo. Pero aún no había pasado una semana, y su marido volvió otra vez borracho. Como ella tratara de reconvenirle, él descargó un puñetazo sobre la mesa y exclamó: "¡Esto no te importa a ti!... Así viven todos... ¡Si no te agrada, nadie te retiene!"

El salió de estampida y ella vagó todo el día como abrumada por un gran peso. ¿Era verdad que él no la amaba ya? ¿Debía marcharse? Pero al anochecer regresó él inesperadamente, temprano. Venía sereno, sensible, consciente de su culpabilidad. Hablaron largo tiempo, y de nuevo experimentó un alivio cordial.

Ella lo comprendía. Era la compañía, de la cual resultaba difícil retirarse. El dinero es ganado fácilmente y es imposible quedarse atrás; esto sería penoso. Le contó muchas cosas de los "nepmen" y sus mujeres y las muchachas excitantes... Y de cómo se hacen ne-

gocios, y cuan difícil es para un proletario descubrir a esos "tiburones".

Todo esto la puso triste, tan triste como nunca había estado durante toda la revolución...

Uno de esos días se enteró de que la "disminución de presupuesto" la afectaba a ella también. Se asustó. Se le notificó a su marido, pero éste permaneció imperturbable. Estimó que así era mejor. Podría hallarse en casa con más frecuencia y atender bien a las labores de la misma.

—Pero, ¿qué trazas de casa son éstas?... No puede uno recibir a invitados decentes.

Ella se extrañó de su tono y trató de replicar.

—Eso es asunto de tu incumbencia. Yo no te lo impediré. Si quieres trabajar, allá tú. Y se marchó.

Le dolía que su marido no la comprendiera y se sentía ofendida. Sin embargo, resolvió no dejar la cosa de la mano. Fué a ver a los camaradas, trató de probar su derecho al trabajo, discutió con ellos, y al fin le dieron la razón: el despido fué aplazado. Pero un bien llega raramente solo. Apenas se había tranquilizado en lo concerniente a su trabajo, cuando su hijita cayó enferma.

"Estoy sentada por la noche junto a la cuna de mi niña enferma. Tengo una sensación de soledad, la inquietud me atormenta. Suena el timbre. Voy a abrir a mi marido, contenta de que vuelva ya. Pienso que le podré contar todo. ¡Ojalá esté sereno!... Abro la puerta, y casi no puedo concebirlo: ¿Quién viene con él? Una mujer joven, maquillada y bebida...

"—¡Déjanos pasar, mujer!—dice él.—He traído conmigo a una pequeña amiga... ¡Deja, déjanos!... ¡Yo no soy peor que los demás! ¡Queremos divertirnos!... ¡No nos molestes!..."

"¡Veo que está borracho, que apenas puede tenerse en pie! A mí me tiemblan las rodillas. Les dejé en el comedor, donde mi marido solía dormir, y corrí al lado de mi nena. Me encerré. Y allí estuve sin saber dónde tenía la cabeza. No sentía indignación contra él. ¿Qué puede pedirse a un borracho? ¡Y, sin embargo, era tan doloroso!... Al propio tiempo se oía todo lo que ocurría en el cuarto inmediato... Podría haberme tapado los

ados; pero tenía que atender a la niña... Por suerte, se tranquilizaron pronto. ¡Ambos estaban tan embriagados!... Muy de mañana, mi marido la abrió la puerta y volvió a echarse a dormir. Pero yo permanecí sentada.... y no hice más que pensar y pensar....

"Al anochecer volvió él otra vez temprano a casa. No nos habíamos visto durante todo el día... Yo le recibí fríamente y sin mirarle. El se puso a revolver en sus papeles. Ambos callábamos. Noté que me observaba. Y pensé: ¡Déjale! Probablemente va a reconocer ahora su culpa, a pedirme perdón y a comenzar de nuevo la antigua vida.... ¡Pero no lo toleraré! ¡Me marcharé de casa! ¡Y el corazón me hacía tanto daño al pensar en esto!.... Le he querido y le quiero todavía... ¿Por qué no decirlo? Le quiero aún, pero todo se ha encendido como si se hubiera muerto. Pero, ¿entonces?... Entonces mi sentimiento se hallaba vivo... Mi marido vió que cogía el abrigo para asistir a la asamblea del distrito, y, de repente, se enfureció... Me agarró del brazo hasta hacerme un cardenal, me quitó el abrigo de la mano y lo tiró al suelo.

"—¿Qué es eso de venirme con salidas histéricas? ¿A dónde vas?... ¿Qué quieres de mí?... ¡Puedes ir a buscar un hombre como yo! ¡Te doy de comer, te visto, atiendo todos tus deseos.... no tienes derecho a condenarme!... ¡Para hacer negocios hay que vivir así!

"Habló y habló interminablemente. Las palabras le salían a borbotones. No me dejó replicarle. Ora gritaba como si quisiera descargar sobre mí y sobre sí mismo toda su cólera, ora trataba de justificarse cual si disputara con alguien... Vi cómo se atormentaba. Su rostro estaba demudado... Y de nuevo me inspiró tanta lástima que lo olvidé todo. Intenté tranquilizarle y demostrarle que la cosa no era tan grave; que la culpa no era suya, sino de los "nepmen"...

"Por la noche nos reconciliamos otra vez. Lo único que me amargó dolorosamente fué el que me dijera que no debía disgustarme a causa de él. ¿Qué podía pedirse de un borracho? Entonces le rogué seriamente se abstuviera de beber. "No me molesta que hayas traído una prostituta a casa; lo que me molesta es que vinieras en

un estado tan bestial". Me prometió controlarse y evitar aquellas compañías.

"Pero, a pesar de nuestra reconciliación, había quedado un aguijón. Cierto, ¿qué puede pedirse de un borracho? Probablemente no podía acordarse de nada. Pero esto mordía y mordía en mi fuero interno... Siempre me obsesionaba este pensamiento: ¡Si verdaderamente me quisiera como antes, como en los años de la revolución, no habría ido a visitar otras mujeres!... Pensaba en el tiempo en que mi amiga, que era más linda que yo, se había esforzado por atraerle, sin que él se dignara ni mirarla siquiera... ¿Y si no me quiere por qué no me lo dice? Una vez traté de hablar con él sobre esto, pero él se enfadó y dijo que yo le alborotaba con tonterías femeninas mientras él se hallaba enfrascado hasta las orejas en los negocios, de tal modo que le importaban un ardite todas las mujeres, inclusive yo... Después de decir esto se marchó. La situación se agravó para mí. De nuevo se planteó la cuestión de mi despido. Rogué otra vez, traté de persuadir y se me concedió una nueva prórroga. Yo misma no sé lo que me esperaba, pero seguía dándole largas. Temía más que nunca la dependencia de mi marido. Nuestra vida en común se hizo más y más difícil; nos volvimos mutuamente extraños. Vivíamos en una misma casa sin saber nada el uno del otro. Apenas vió una vez a su niña. Ella era la causa de que yo descuidara mi trabajo en el distrito para cuidarla. Mi marido bebió menos en este período; volvía a casa sereno, pero hacía como si no me viera. Además, no dormíamos juntos: yo al lado de mi hijita, y él en el comedor, sobre el diván. Algunas veces venía a visitarme por la noche... ¡Pero esto no me causaba la menor alegría!... Tanto más difícil parecía luego la vida en común... Como si al antiguo dolor se hubiera agregado otro nuevo. Cierto que me besaba, pero no me preguntaba lo que pasaba en mí... Así vivíamos cada cual para sí. Callando. El tenía sus preocupaciones, sus cosas enojosas... Y yo las mías... Hasta que sufrí el gran dolor de que muriera mi niña. Y poco antes había sido despedida.

"Pensé: ahora tenemos él y yo un dolor común, acaso se acordará de mí... ¡No! Tampoco el dolor pudo

ñana. N. siquiera asistió al entierro de la niña. Le retuvo una reunión urgente. Así es que permanecí sola en casa... Sin trabajo. Sin ganar nada.

Trabajo podía hallar fácilmente, pues éste abundaba en el distrito. Pero lo difícil era ganar algo. Era penoso solicitarlo, habiendo tantos parados. Además, todos sabían que mi marido era empleado del ramo de economía. ¿Cómo iba yo a rogar? ¡Ahora es dificilísimo hallar ocupación! Me esforcé por encontrar algo, busqué aquí y allá... Me resultaba penoso vivir a costa de mi marido, ya que nos habíamos vuelto recíprocamente extraños, pero no me quedaba otro recurso. Tuve paciencia. Siempre esperaba, aguardaba algo... Las mujeres tenemos un corazón insensato. Veía claramente que los sentimientos de mi marido para conmigo no eran los de antes, y yo misma sentía por él más enojo y amargura que amor. ¡Y, sin embargo, una cree que todo eso puede pasar! Cuando su amor vuelva, todo quedará arreglado, como antes... Y una espera. Cada mañana despierta una con esta esperanza. Vuelve una apriesa del distrito a casa, pensando que acaso estará él ya allí, y solo. Y aunque él esté efectivamente allí, es como si no estuviera, pues no la ve a una, está ocupado consigo mismo o con los camaradas, o, también, con los "nepmen"... Y una espera, espera siempre... Hasta que al fin ocurrió lo que ha sido causa de que me marchara de una vez... para siempre, para no volver jamás.

Regresé de una asamblea a casa a eso de medianoche. Quise tomar una taza de té y coloqué el samovar. Mi marido no estaba aún allí. No le esperaba tampoco. De repente oigo cómo se abre la puerta de la antesala. Mi marido vuelve a casa. Posee llaves propias, a fin de no molestarme. Mientras estoy atendiendo el samovar caigo en la cuenta de que hoy ha llegado un paquete urgente para él. Este se halla en mi cuarto. Dejo el samovar, y le llevo el paquete. Apenas puedo concebir lo que veo. Igual que la otra vez: al lado de mi marido se encuentra una mujer alta y esbelta. Ambos se vuelven hacia mí... nuestras miradas se encuentran, veo que está sereno... Esto me hizo daño, tanto daño que habría podido gritar. También la mujer se quedó cortada.

"Y yo... Yo misma no sé cómo pude poner tan tranquilamente el paquete sobre la mesa, y decir:

"—Ahí tienes un paquete urgente para ti.

"Luego me retiré. Cuando estuve sola, temblaba como poseída de fiebre. Temía que pudieran oirme en el cuarto inmediato. Por esto me acosté tapándome la cabeza con la manta. No quería oír nada, saber nada, sentir nada... pero los pensamientos se sucedían sin cesar... torturaban...

"Les oigo cuchichear... No discuten... La voz de la mujer suena más alta, como si le hiciera reproches. ¿Es quizá su amiga, y la ha engañado diciéndole que no estaba casado? ¿Me está quizá regañando ahora? Todo lo he imaginado, lo he rumiado, lo he sufrido... Cuando la vez anterior, en su embriaguez, trajo consigo a una prostituta, no me atormenté tanto, aunque confieso que también fué amargo... ¡Ahora tenía la certidumbre de que ya no me amaba! Ni siquiera como camarada, como hermana... A una hermana la habría respetado, no habría traído mujeres a casa... ¡Y qué mujeres!... ¡Aiquiladas en la calle! ¡Seguramente ésta es también de esa calaña! Y de pronto sentí una rabia tan grande que habría sido capaz de correr al cuarto y arrojarla de casa a empellones con mis propias manos. Así me torturé hasta el amanecer. No había podido dormir ni un instante... De repente oí pasos en el corredor, pasos sigilosos como de alguien que quiere deslizarse. Noté que era ella. Oigo que abre la puerta de la cocina. ¿Qué busca allí? Espero; escucho. Silencio. Entonces me levanto, y voy a la cocina. La encuentro sentada en el banquito situado junto a la ventana. Tiene la cabeza hundida entre las manos y llora amargamente... Sus cabellos son de un hermoso rubio claro y la envuelven casi por completo... Levanta los ojos y en ellos hay tanto sufrimiento que yo mismo experimento dolor. Trato de acercarme, y ella se levantó y vino a mi encuentro.

"—Perdone usted—me dijo—que haya entrado en su casa... No sabía que él no vivía solo... Lo siento mucho, mucho...

"Al principio no comprendí bien; pensé únicamente que no se trataba de una prostituta, sino de su amiga, y no sé cómo me vino a los labios:

"—¿Le ama usted?

"Ella me miró sorprendida:

"—Nos hemos encontrado anoche por primera vez. Me prometió pagar bien, y a mí me es igual, sea quien sea, con tal de que pague.

"No recuerdo ya cómo fué, pero el caso es que me lo contó todo: que también ella había sido alcanzada, hacía tres meses, por la "disminución" del presupuesto; que había sufrido mucho por no poder enviar nada a su anciana madre, que moría de hambre. Hace dos semanas se echó a la calle y tuvo suerte, trabó buenas amistades, y ahora va bien vestida, come lo necesario y puede mandar algo a la madre... Mientras me relata esto, crispa las manos.

"—He estudiado el bachillerato. He aprendido bien... Y aún soy muy joven. No tengo más que diez y nueve años. ¿Debo dejarme morir?

"No me lo creerá usted, pero, al oirla, todo en mí se estremecía de lástima. Y, de pronto, vi claro. Si yo no hubiera tenido a mi marido, me habría encontrado ya en la misma situación. Sin albergue, sin trabajo... Cuando estaba en la cama, atormentada por mis pensamientos, había montado en cólera contra ella, pero ésta cambiaba ahora y se tornaba contra mi marido. ¿Cómo se atrevía a explotar así la desolada situación de una mujer? ¡El es un obrero juicioso, con sentido de la responsabilidad e investido de un cargo de confianza!... ¡En vez de ayudar a una camarada sin trabajo, la compra! ¡Compra su cuerpo para procurarse placer!... Esto me resultaba tan repugnante que inmediatamente me dije: "¡Con un hombre como ese no puedo continuar por más tiempo!"

"Me contó otras muchas cosas más. Juntas encendimos el fogón y preparamos café... Mi marido seguía durmiendo. Y, de repente, corrí hacia ella y la pregunté:

"—¿Le ha pagado ya?

"Ella se ruborizó y me aseguró que, después de todo lo que habíamos hablado, no tomaría un céntimo... Era imposible.

"Vi que quería marcharse antes de que despertase mi marido. No hice nada por retenerla. Usted se extrañará acaso, pero me era difícil separarme de ella. Como si

me uniera a ella algo indisoluble... Y es que era tan desdichada, tan joven, y se hallaba tan sola. Me vestí, y la acompañé. Anduvimos largo tiempo, nos sentamos en el parque y hablamos, hablamos. Le conté mis penas... Tenía aún en el bolsillo el dinero de la paga percibida cuando se me despidió... La persuadí de que debía aceptarlo. Al principio se negó a ello; pero, al fin, lo tomó bajo la condición de que yo me dirigiría a ella en caso de necesidad... Así nos separamos como hermanas...

"Todo había muerto en mí en lo concerniente a mi marido. De un modo repentino. No me sentía ofendida ni dañada. Era como si le hubiera enterrado.... Cuando volví a casa traté de justificarme. Pero yo no le respondí absolutamente nada; no lloré, no le hice ningún reproche. Al día siguiente me trasladé a casa de una amiga. En seguida comencé a buscar trabajo. Lo estoy buscando desde hace ya tres semanas, pero no veo ninguna probabilidad de hallarlo. Cuando, hace algunos días, me di cuenta de que no podía permanecer por más tiempo en casa de la amiga, busqué a la muchacha que mi marido había traído a casa la última vez. Pero ésta había ingresado el día anterior en el hospital.... Y así vago ahora: sin trabajo, sin dinero, sin albergue.... ¿Me espera a mí también el mismo destino?"

Los ojos tristes y desesperados de mi amiga dirigen esta pregunta a la vida. Toda la pena, todo el horror, todo el sufrimiento causado por el enemigo aún no vencido—el paro forzoso—se fundían en esta mirada: la mirada de la mujer sola que lucha contra el orden viejo y decadente de la vida...

Se había marchado, pero su mirada me persiguía. Esta mirada exige una respuesta, incita a la acción, a la labor constructiva, pero también a la lucha...

— F I N —